


FRANCISCO CAMBA
EL PECADO DE SAN JESUSITO
NOVELA PREMIADA POR EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES
RENACIMIENTO



HΣSPΣRIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA JOSE ANTONIO,10
ZARAGOZA

EL PECADO DE SAN JESUSITO

OBRAS DE

FRANCISCO CAMBA

El amigo Chirel, novela. (Segunda edición).

Los nietos de Icaro, ídem. (Segunda edición).

La revolución de Laiño, ídem. (Premiada por la Real Academia Española). (Sexta edición).

El pecado de San Jesusito, ídem. (Premiada por el Círculo de Bellas Artes). (Cuarta edición).

La Sirena rubia, ídem. (Segunda edición).

El vellocino de plata, ídem. (Sexta edición).

La noche mil y dos, ídem. (Cuarta edición).

Cárcel de seda, ídem. (Cuarta edición).

El tributo de las siete doncellas, ídem. (Tercera edición).

Una morena y una rubia, ídem. (Segunda edición).

Machicha Monroy, novela.

EN PRENSA

40 a la sombra, novela.

Piedra rodada, novelas.

FRANCISCO CAMBA

EL PECADO DE SAN JESUSITO

NOVELA

PREMIADA POR EL CIRCULO DE BELLA ARTES



COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO

Puerta del Sol, 15
MADRID

Ronda Universidad, 1
BARCELONA

Florida, 251
BUENOS AIRES



Compañía General de Artes Gráficas (S. A.)-Madrid

A EDUARDO GOMEZ DE BAQUERO, RAMON PEREZ DE AYALA Y ALFONSO HERNANDEZ-CATÁ

EL PECADO DE SAN JESUSITO

I

En la cocina de la casa rectoral, donde el cura daba de comer a los acompañantes del entierro, volvió a hablarse de la huérfana. ¡Pobre criatura, sin madre y sin arrimo, así desamparada y falta de guía en la flor peligrosa de sus años! ¿Qué sería de ella, tan garrida y con corazón tan enemigo de los pesares, obligada a servir en la ciudad?

Hija de aquella pobre Blasa de Armentón que ganaba el pan cotidiano asistiendo enfermos y pidiendo muchas veces limosna, no supo avenirse nunca con la humildad de su vida. Lloraba la madre por no poder ofrecerle cosas mejores, y Adelaida parecía contemplarla sorprendida, como si algo allá dentro le cambiase en un palacio la cho-

za triste y en manjar de reyes el mendrugo de la limosna. Los harapos que Blasa recogía para ella acertaba a transformarlos, con arte instintivo, en galas casi señoriles. Sus zapatos eran siempre de alto tacón, y en el fondo de la alhacena guardaba un pedazo de espejo en que mirarse, unas tenacillas con que rizar el sedoso pelo castaño y un frasquito de esencia y hasta una caja de polvos de olor.

Mozas de su edad, nacidas en casas de verdadera hartura, no se desdeñaban de labrar la tierra y descender hasta Iñán, a mariscar en la playa. Adelaida detestó siempre estos quehaceres. Desde muy pequeñita su gusto era todo ir a la ciudad, y, en la aldea, frecuentar los pazos, las casas de señores, asomándose a su vida con ojos atentos. ¿Qué la esperaba entonces, muerta la madre, vendida, por exigencias de la enfermedad, la choza en que había nacido, y temerosas las señoras con hijos mozos de su incitante lozanía de fruta

prometedora? Don Jesús, el párroco de la muchacha, aquel sacerdote a quien por candoroso y bueno llamaban en el país don Jesusito, y hasta San Jesusito, ya la noche antes, apenas Blasa de Armentón cerró los ojos, fué en busca de la señora de Aranga.

—Quien podía ofrecerle un acomodo era usted, doña Cristina. En esta casa nunca sobra un criado.

Doña Cristina no se indignó por respeto al cura, pero sonrió como a la tontería de un pequeñuelo.

—Usted es un santo y tal vez no vea peligro en lo que me propone. Pero yo conozco un poco mejor el mundo y no puedo arriesgarme a meter en casa semejante criatura. ¡Tengo un hijo mozo, don Jesusito! ¡Tengo criados que no siempre podría vigilar!

Calló, conteniéndose, amordazando la indignación en que interiormente vibraba; pero acabó por erguirse aleccionadora y grave.

—¡Y sobre todo, don Jesusito, tengo una vida de que dar cuenta y un alma que salvar!

Nada arguyó don Jesusito, convencido de que sus razones y sus ruegos habían de ser inútiles. Se avergonzó más bien del candor con que, no obstante conocer tanto a Enrique, el hijo de aquella señora, pensaba en su casa, la casa a donde todos los veranos venía, para asilo de la pobre criatura. En el fondo del corazón hasta agradeció la severidad de la noble dama. Y seguro de cuán igualmente inútiles habrían de ser sus esfuerzos en otros sitios, y viendo que por todas partes había criados y señoritos mozos, paseaba ahora por la cocina de la rectoral, a grandes zancadas, sin oír quizá la conversación de los pobres del entierro. Un momento se detuvo, sin embargo. Hablaba Generosa la de Gondrame, compañera muchas veces de la muerta por los caminos de la limosna. Hablaba para compadecer de nuevo a la pobre criatura y otra

vez afirmar gravemente que, si hubiese caridad en aquella tierra, la rapaza no se marchaba, no se perdía. Entonces, el viejo cantero de Gondar pidió licencia para decir su palabra. A él no le asustaba la ciudad. Lo que le daba miedo era la servidumbre.

—¡Si la rapaza fuese como yo voy, a pedir limosna honradamente, volviéndose luego a la aldea!... Yo bien se lo tengo dicho a su madre y bien le dije a ella ayer que se mirase en mi espejo. ¿Quién era yo hace tres años? Un pobre cantero, con el pico en la mano todo el día para ganar escasamente nueve reales de jornal. ¿Y quién soy ahora? Pues mismamente un señor, con mi diaria de cuatro pesetas. ¡Dios bendiga al tullido de la Arnoya, que, hace ahora tres años justos, viéndome sin trabajo, va y me dice: "No pases más penas, Artemio; mírate en mí y métete a mendigante. No hay vida más regalada para los pobres. Sólo que debes de pedir

en la ciudad. En la aldea nos conocen a todos, y hay más reparo para dar la limosna". ¡Dios lo bendiga! ¿Quién vive mejor que yo en Sigrás? Tal vez la señora de Aranga y don Miguel el de la casa de Rilo y don Angel de Iñán. Pero no hay otros. ¡Y todo esto tan descansadamente! ¡Un viaje que es más bien un paseo! ¡Y después, sentado todo el día, al sol en invierno, a la sombra en verano; y que llueva o haga sol, las perras chicas y los patacones cayendo sin descanso en el sombrero puesto a mis pies! No, no hay vida para los pobres como la de mendigante. La rapaza, con la gracia que tiene para las coplas, podería ser criada de ciego, que da como otra cosa ninguna; podería hacerse la impedida y con esa cara de virgen no habería corazón que no se ablandase... Pero no quiere, ¡inocente!, no le gusta pedir. Ha nacido para dar.

Don Jesusito volvió a reanudar su paseo. Desde que regresó del entierro, no le había dirigido

a nadie la palabra; no habló siquiera con el gato, con las gallinas, con el cerdo y la vaca, que, tan acostumbrados a su voz y a sus bondades, parecían entenderle y con los cuales la señora Andrea, la vieja ama del cura, sostenía todas las mañanas una batalla verdadera para que no le acompañasen a misa como perros entusiastas. Ni el perro siquiera, el *Capitán*, a quien don Jesusito tanto distinguía, le arrancó palabra alguna. Metidas las manos en los bolsillos de la sotana remendada y verdosa, se puso a pasear, levantada la noble cabeza, de frente amplia y cabellos donde ya se veían algunas hebras grises, como persiguiendo, con ojos obstinados, la luz fugitiva de una inspiración. Volvió a detenerse. Y de pronto todo el semblante todavía joven del cura, pero pálido, descolorido, más de místico recoleto que de sacerdote rural, se iluminó cual si algo muy brillante acabase de estallar allá dentro.

—Señora Andrea: donde Adelaida se queda es aquí.

La vieja ama se incorporó vivamente.

—¡Aquí, señor! ¿Pero usted sabe lo que dice?

—No hay refugio para la rapaza—añadió más grave y resuelto el sacerdote—. En la ciudad, todo son peligros; y en casa de doña Cristina de Aranga, como en todas las casas ricas del contorno, hay señoritos mozos, hay criados... Y yo no puedo consentir que Adelaida se pierda. Oveja de mi rebaño, ovejita tanto más codiciada cuanto más el Señor la ha favorecido con los dones de la hermosura y la inocencia, tiene necesidad de un redil seguro... Vaya preparándole ya el cuarto.

La señora Andrea se santiguaba, sin atreverse a insistir, pero desaprobando interiormente la determinación generosa. ¡Una boca más en la casa y un cuidado nuevo para el bendito de su señor, como si aún no tuviese bastantes! Y otra idea, de que le habló más tarde, aumentó su descontento.

—¿Pero lo ha meditado bien, don Jesusito?

¿Pero no teme entonces a las malas lenguas del mundo? ¿No sabe lo que es meter una rapaza de tal lozanía en la casa de un sacerdote? Aun cuando no desconozco cómo de usted se habla en el país entero, tampoco deja de alcanzárseme que no se debe dar ocasión para la calumnia. Usted es todavía mozo, señor. ¡Y yo me moriría si la fama de un santo como usted llegase a andar en lenguas!

El cura la atajó tranquilo.

—Yo no soy un santo, señora Andrea. Soy un pecador, pero tengo confianza en que Dios no me deje de su gracia. No me calumniarán, no lo espero. Y si lo hacen, venga la calumnia entonces. También al Señor lo calumniaron, y yo tendré una espina tan dolorosa como las de la suya, y tan injusta también, que llevarle en mi corona. No hablemos más de esto. Hoy mismo duerme aquí Adelaida.

Su voz, tan humilde siempre; su voluntad, siem-

pre tan dispuesta a someterse a todo, estaban llenas de una desusada y grande energía. La señora Andrea comprendió que la insistencia había de ser trabajo vano y don Jesusito comenzó a alejarse hacia Iñán, hacia la casa de don Angel, al través de la huerta frondosa. Libre de la preocupación que hasta entonces le había atormentado, derramó la bondad de sus miradas por la huerta sobre cuyos árboles se rompían en jirones las nieblas de aquel día triste; gustó, como siempre, la delicia del olor de la tierra húmeda; hundió el alma en los rumores de la sinfonía geórgica que el campo entonaba. Luego, con voz serena, llamó:

—¡Blanca, Blanquita!...

Un bulto blanco se destacó a lo lejos, entre las frondas; una mancha blanca corrió alegremente hacia el sacerdote, y una ovejita pequeña y clara, después de tenderse a sus pies, en espera de sus caricias, le acompañó, saltando, hasta el portal.

II

Ante la única ventana de la choza nativa, donde por caridad la dejaban que siguiese hasta encontrar acomodo, cosía Adelaida los trapitos de luto, mojándolos con lágrimas silenciosas y desconsoladas. No obstante su afición a la vida más amplia de la ciudad y el gusto con que imitaba las ciudadanas costumbres y el arte con que sabía dar una nota de señoril elegancia a sus vestidos francamente lugareños, sentía aumentada la pena de la orfandad con la idea atarazadora de marcharse. Pensando en dejar aquellos sitios, se daba cuenta de que no había sido allí tan pobre como hasta entonces creyó. En la aldea, con sólo las frondas habladoras, que tan gentiles cosas le de-

cían, y el conocer a todo el mundo y saber que de todos era algo, tenía verdaderamente un tesoro. ¡Y, como había perdido a su madre, el tesoro bendito iba también a perderlo!

Se levantó. Era una muchachita espigada, de movimientos elásticos, con un fuego muy vivo en cierta manera de mirar de sus ojos enormes, y, no obstante la tristeza, una gracia extraña iluminándole el rostro, aquel rostro de facciones finas, un poco descolorido, melado por el sol que también parecía haber tostado los cabellos nativamente rubios. Bajo la abundancia de ropas se insinuaban tímidamente formas ya de mujer.

Con lánguido andar, sollozando aún, fué en busca de otra prenda tendida sobre una silla, a los pies de la cama. Y apenas había vuelto a sentarse, cuando le pareció que la puerta de la calle se abría, y pronto vió entrar a Claudia, su tía Claudia, casada en el lugar de Amoedo con un triste serrador de pinos. Hermana de la difunta, y, de

todas las acompañantes, la que mayor planto hizo en el entierro, pasadas apenas unas horas, venía alegre, resplandeciente casi.

—Te traigo una gran noticia.

—¿Me ha encontrado alguna casa de la parroquia donde servir?

—La mejor de todas, Adelaida. ¿Sabes dónde te quedas? Pues en casa de don Jesusito.

—¿Del señor cura?

—Del señor cura... Ya ves si tienes suerte. Pero apróntate, anda. Hemos de estar allí antes de la noche.

Y Claudia de Amoedo, a quien por astuta y ladina llamaban en el contorno la Laberca, la miró mejor, posando en aquella finura de las facciones, en el brillo intenso de los ojos, en la blancura de la garganta y en las formas que, bajo la ropa, insinuaban su triunfo, esa especial mirada de los aldeanos para los campos prometedores.

Adelaida, entretanto, acababa de vestirse. Anu-

dó a la espalda, sobre la cintura, el mantoncillo negro ya pendiente de los hombros; cubrió con otro pañuelo la masa luminosa de sus cabellos castaños, arregló concienzudamente los pliegues de la falda, dándoles una caída más airosa. La Laberca, sin dejar de mirarla, tenía ya una vaga sonrisa a flor de labios. Pensaba en cosas que, no obstante su parentesco, le habían dicho francamente respecto a aquella criatura. Por lo visto, nadie como ella con tanta gracia para contestar a los requiebros de los mozos. Nadie, a pesar de sus cortos años, más solicitada en los bailes de las romerías. Los mismos señoritos de la ciudad, cuando por allí asomaba, solían quedarse mirándola con aprobación reverente. Y ella no se cortaba, no se cohibía. Miraba también al señorito desafiadora, segura de su belleza y de su gracia.

—¿Qué? ¿Le gusto?

Y como él aludiese a la inmensidad del placer estético que le producía, la moza agregaba la frase

con frecuencia oída en las casas hidalgas de su parroquia:

—Pues cómpreme dulces.

Alguno la invitó en el acto, y Adelaida le acompañó hasta la misma puerta de la inmediata confitería. De ser un mozo campesino, tal vez hubiera entrado; tal vez aceptado el convite, como era de ley aceptar las rosquillas en las fiestas aldeanas. Era un señorito y al llegar a los umbrales daba vuelta.

—Gracias por la intención, pero me dicen que ya soy dulce de más: un caramelo...

Como si aquellas palabras lo autorizasen a todo, el señorito trataba de sujetarla, y ella entonces se desasía violentamente.

—¡A ver si se está quieto! ¿Qué se ha creído?

Y ocurrió que alguien, testigo de la escena, sonreía, pasándose por los labios la lengua como en el paladeo de una cosa sabrosísima.

—¡De limón! ¡Caramelito de limón, que son por los que me muero!

Durante algún tiempo el porvenir de la inquietante criatura se vió claro. Aún era muy joven, muy "nueva" para ciertos menesteres, y aun su madre, que la quería tanto, prefería andar azacanada como una negra para no verse en el triste trance de ponerla a servir. Mas la madre no iba a durarle siempre. La salud para batanear los caminos no le duraría al menos, y Adelaida tendría que buscar una casa. ¿Y dónde? ¿En la aldea, con tanto como allí se desconfiaba de su desgarro ingenuo y lo mal que, esto aparte. se avenía ella a los duros trabajos de las casas aldeanas? No le quedaba otro recurso que marcharse a la capital de la provincia.

Y era sabido; más bonita aún por la buena vida, calzada aún mejor, ataviada con ropas ciudadanas, tendría miles de rondadores, alguno de los cuales, con su labia fina, tal vez consiguiese

llevarla, en tarde de asueto, a cualquiera de los merenderos de las afueras, tan llenos de frondas con sus rincones propicios. ¿Y después?... Tampoco había dudas. Adelaida verdaderamente no parecía nacida para aniquilarse por un suceso así. Esto, lejos de constituir su desgracia, quizás fuese la iniciación del verdadero triunfo. Menos que ella decían los viejos que valía, a su edad, aquella moza de una parroquia vecina, hija también de otra pobre de las puertas, perdida en la flor de sus años por un zapatero cuarentón a quien encontró en el monte, mujer de todos luego en la ciudad y por último estrella resplandeciente en París de Francia, amada de reyes, gastando en las galas de cada noche lo que acaso no valiese todo Sigrás...

Pero cuando la enfermedad de su madre no dejó a nadie esperanza ninguna y delante mismo de la muchacha se habló de su vida venidera, contra las presunciones de la gente, Adelaida

obstinóse en seguir allí. Abrazada a su tía suplicó ardientemente, con anhelo infinito:

—¡Búsqueme una casa de la parroquia! ¡Yo no quiero marcharme!

Sin haber tenido tiempo siquiera de iniciar sus gestiones, por un encuentro casual con la señora Andrea, Claudia se enteraba de la decisión de don Jesusito. Al principio no se alegró mucho; un sueño de bienandanzas que había acariciado largamente, venía de este modo al suelo. Persona, sin embargo, que sabía dar a cada cosa su verdadero valor, pronto sacó de la noticia abundantes satisfacciones para su esperanza. ¿Quién le aseguraba que la moza, trasladándose a la ciudad, fuese a repetir, paso por paso, la vida de su paisana ilustre? ¿Quién que, de repetirla, de triunfar del mismo modo, esto le sirviese de algo a ella? ¿Por qué Adelaida, abandonando de la aldea tan moza, había de acordarse de sus parientes toda la vida? La otra se

acordó, era verdad. Pero no había dejado, como dejaría ésta, una tía, unos primos... Dejó a su madre, pobre y desvalida y sin otro amparo...

El azar sabía disponer las cosas con mucho más acierto que la gente. Mejor era esto, sí; mejor que se quedase. El porvenir, con un poco de cuidado, podía ser igualmente triunfal para la moza y de ventajas positivas para ella. ¡Para ella, Claudia de Amoedo, que ya procuraría estar al tanto y apartarla de los peligros y guiarla con sabiduría por el sendero venturoso! Y todo daba comienzo admirablemente. La muchacha no iba a servir en ninguna de aquellas casas de viejas señoras que sólo tratarían de exprimirla como a un limón y donde, sin la menor ventaja, estaría tan expuesta al peligro del señor, del hijo mozo, de los criados... Iba a la rectoral, nada menos que a la rectoral...

Y la Laberca, con un resplandor más alegre todavía en el fondo de sus ojos, añadió como requebrándola:

—Ahora veremos si es verdad.

—¿El qué?

—Veremos si sabes aprovechar tu suerte y pensar, como es debido, en tu bien y en el bien de los tuyos.

—¿Tanta le parece mi fortuna, mi tía?

—No lo sabes aún. Con toda tu listeza, te considero demasiado inocente todavía. Pero ten presente una cosa, Adelaida. Mañana, al saber tu acomodo, no habrá moza en todo Sigrás que no te envidie... ¡Es mucha casa la casa de un cura!

Con los objetos de su uso, compuso Adelaida un hatillo. Y a pesar de cuanto no ignoraba que de ella se decía, y el miedo que parecía inspirar a ciertas gentes, y las esperanzas que infundía en otras, no acertaba a explicarse cómo pudiera ser envidiable su situación. Le agradaba quedarse allí; servir en una casa del contorno y no marcharse a tan lejos, era algo que

la consolaba en el fondo de su angustia. Pero no comprendía cómo esto pudiese ser motivo de envidia para mozas que también allí se quedaban y en casas de las cuales eran las dueñas.

III

Ya puesto el sol, don Jesusito salía del pazo de Iñán dirigiéndose hacia su casa. Había perdido seis pesetas al tresillo, y, como siempre que tal le ocurría, llevaba una sombra penosa en la conciencia. No obstante el aforismo tresillista de que, en partida constante al cabo del año nadie ha perdido, el sacerdote no conseguía alejar las dudas. ¿Y si se equivocaban? ¿Y si había una diferencia, aun cuando no fuese mayor que la de aquella tarde? ¿Tenía él derecho a gastar seis pesetas en una diversión, siendo tantos los pobres de su parroquia? Así y todo, reconoció que no podría sustraerse a perderlas otra vez. Sentía el vicio metido en su

sangre, dominándolo. Y comprendiendo como nunca las culpas a que las pasiones llevan, acabó por indignarse contra las opiniones recientemente oídas respecto a su decisión de recoger a la huérfana.

No se la censuraron por miedo a ofenderle; pero Angel de Iñán, que tanta confianza tenía con todo el clero comarcano, allá dió comienzo a sus bromas.

—Ya sabe éste lo que se hace, ya. No sería cura si no lo supiera.

Don Jesusito preguntó ingenuamente:

—¿Qué es lo que sé, si puede decírmelo?

—Que en la casa de un hombre solo, nunca está de más una moza.

—¡Piensa el ladrón!

También solo Angel de Iñán, soltero y con mozas en casa, pensaba por lo visto que todos los hombres eran iguales. Pero ni sabía don Jesusito cómo pudo atreverse a aquella frase que

le presentaba tan enterado de sus flaquezas. Apenas la hubo dicho cuando enrojeció, con un rubor exagerado de doncella que impremeditadamente se dió por advertida de un asunto escabroso. Angel, con aquella franqueza que tan simpático le hacía en todo el contorno, vino a abrazarlo, añadiendo todavía sonriente y sin renunciar por completo a sus chanzas:

—Hace bien, don Jesús. A decir verdad, la Andrea, hasta para un cura como usted, que se contenta con el peor cocido de la parroquia y una cama más dura y con más baches que la carretera de Bayón, es demasiado inútil. Dicen que tuvo sus verdores y supo hacer de las camas de sus amos la cosa más blanda y dulce del mundo... Pero de esas regalías se aprovecharon otros curas, y a usted llegó muy vieja, muy acabada, inútil para todo. Hace bien, repito. Hace bien en procurar completarla con una moza.

Don Jesusito, aún ruboroso, siguió protestando

contra aquellas frases. Entonces Angel de Iñán se indignó casi seriamente.

—¡Pero venga acá, criatura! ¿Usted se ha fijado en cómo va vestido? ¿Usted cree que eso que lleva es una sotana? Se puede ser todo lo caritativo que usted es, don Jesús, y tener de tiempo en tiempo para una sotana decente. Y si no, se la trae siquiera limpia y cosida y con verdadero aspecto de sotana. Esto es cualquier otra cosa. Es un mantón, son unos zorros... ¡Yo no sé siquiera cómo el obispo se lo consiente!

—¡El señor obispo tiene cosas más serias de qué ocuparse!

—¡Tendrá! Y hasta estará encantado de verle a usted de este modo, entregado completamente a una mujer como la Andrea, sin ojos para enterarse de las manchas ni enhebrar la aguja, y sin saber siquiera para librarle de los bandidos de su parroquia, que, como salteadores

verdaderos, cuando usted vuelve de algún entierro o de alguna misa cantada, le salen al camino a hablarle de sus miserias y sacarle los cuartos. Por eso digo que hace bien, don Jesús. Ya verá cómo Adelaida lo cuida y cómo, cuando tenga con usted más confianza, hasta sabe ahuyentar a esos pedigüeños de Sigrás, que se lo comen vivo...

Pareciéndole ya demasiada seriedad la suya, se había detenido intencionadamente, atusándose el largo bigote, en aquello de la confianza. Los otros tuvieron una tosecilla seca que a don Jesusito agradó muy poco, mucho menos que las palabras de Angel, al fin muy buena persona y verdadero amigo suyo. Pero no pudo protestar más que con sus rubores.

Se había levantado don Miguel de Rilo, político influyente y terrateniente poderoso, presentador de curatos y amigo del obispo. Y don Jesús, que tanto respetaba a este hombre imponen-

te, hubo de oír resignado la lección con la cual pretendía apartarle del peligro. Según don Miguel, un cura celoso de su buena fama no metía en el hogar a semejante criatura. Nada tan lejos de su ánimo como suponer que don Jesusito careciese de ese celo. Pero era demasiado cándido, se dejaba guiar excesivamente por su corazón bondadoso y acaso estuviese a punto de hacer una locura. Toda la familia de Adelaida siempre había dado que hablar, y respecto a la moza algo pudieran todavía decirle las corredoiras de Armentón.

—¿Qué pudieran decirme?

Respondió grave y severo el maestro de Cardalda:

—Como las corredoiras no hablan, pregúnteselo a ella.

—Pregúntele qué le ocurrió con Goros, el criado de Aranga—agregó don Miguel—. ¡Si no llega a pasar gente!

Acosado por don Jesusito, el señor de Rilo concedió, al cabo, que mala no era. El mismo la había visto quedarse en ayunas todo un día porque el niño de una gitana se le quejó de hambre. Era tan sólo alegre en exceso; demasiado sensible a las palabras que, cuando están aislados con una moza, les salen tan dulces a los hombres; virtud en constante riesgo de caída, como fruto que granó sin esperar a que el pezón se robusteciera... Y, sin embargo, don Jesusito no lograba comprender las culpas de aquella criatura. ¿Por qué no podía recogérsela en una casa cristiana? Si realmente era buena, y el pecado, desde los fondos recónditos de su ser, vivía acechándola, en espera del momento de abandono, ¿dónde había obra tan piadosa como ponerla al amparo de este peligro? Alejado ya de la casa de don Angel, a solas con la propia conciencia, resumió en una palabra su indignación:

—¡Fariseos!

La gente de los lugares por donde pasaba, conociendo tanto como aquellos señores a la moza, parecía darse cuenta, en cambio, de su caridad. A la puerta de los casales salían hombres y mujeres para decírselo.

—¡Vaya muy dichoso, don Jesusito! ¡Dios lo bendiga! ¡Dios le tenga en cuenta lo que hace con esa pobre desamparada!

Y don Jesusito se sintió tranquilo del todo. No eran los fariseos de la tertulia de Iñán quienes habían de sancionar su conducta. De importarle el juicio de alguien, sólo el de aquella gente humilde, limpia de corazón, desnuda de preocupaciones mezquinas, más cerca de Dios por su pobreza, y, en consecuencia, más cerca también de esa cosa divina que se llama la verdad. Y siguió alegre y satisfecho, cantándole en el corazón la conciencia de su buena obra. Un perro, reconociéndole, vino a lamerle las manos. Le cho-

có que otro, enorme y más egoísta, no le hiciese caso alguno. Estaba de pie, ocupadísimo, rascándose trabajosamente, con una de las patas traseras, la base de una oreja. El cura reparó en aquel trabajo, en aquel esfuerzo, y marchó sonriendo hacia él.

—Deja, hombre, que yo te rasco...

Apenas comenzada su obra, acudió una vieja, despavorida.

—¡Ay, Dios mío!... ¡Que es una fiera mismamente! ¡No le toque!...

Pero el perro pareció protestar contra aquel juicio. Humilde y agradecido, clavaba en el cura los ojos dulces, donde se enternecía una gratitud extrahumana. Después le fué siguiendo un rato, y la vieja comentó:

—¡Hasta los canes conocen su santidad y le estiman como a los santos de otro tiempo!

Por caminos que ya la luna blanqueaba pronto don Jesusito llegó a Sigrás. Le abrió la señora Andrea.

—¿Ha venido?

—Sí, señor. Ahí la tiene.

Pasó a la cocina, donde la huérfana sollozaba casi oculta en un rincón y se detuvo ante ella.

—Lo ocurrido ya no se remedia con lágrimas ni con cosa ninguna, Adelaida. Ahora hay que vivir, que vivir honradamente, sabiendo que tu madre te mira, y que, si fueras desgraciada, el cielo no sería cielo para ella...

Oyendo aquellas palabras tan dulces, tan bondadosas, Adelaida arreció en sus sollozos. El cura insistió en los consuelos, hablándole de la pena que le daba con verla así. Entonces ella procuró contenerse. Don Jesusito subió a hacer sus rezos. Subió acaso para no cohibirla con su presencia, comprendiendo que tal vez necesitase de los sollozos y de las lágrimas como del bien más grande de la vida.

A pesar de cuanto le gustaba tomar su humil-

de cena junto al fuego, no bajó en toda la noche. La señora Andrea se la llevó a la habitación del piso alto, que, inmediata al dormitorio, hacía de despacho y de sala. Terminada la cena y hechos los rezos, muy temprano aún, aún sintiendo el tropel de los mozos que iniciaban su ronda, marchó a acostarse. Pero no se dormía. Desde la cama escuchó mucho tiempo, por la casa adelante, un rumor de pasos vagos y el de un trajinar respetuoso con el sueño, que, de otro modo, tal vez turbasen. Era Adelaida, puesta, sin duda, a arreglar la casa, tan descuidada por la señora Andrea, que realmente apenas si podía la pobre con sus años.

Alargando la mano para beber un sorbo de agua, se dió cuenta de la mayor limpieza del vaso. Reparó luego en que la cama estaba mejor mullida y que hasta olía de otro modo. Una gratitud, una piedad inmensas, le llenaron el alma. Y, sintiendo a lo lejos el rumor de aquel trabajo

con que la huérfana, llorando aún, pretendía pagar su estancia en la casa, murmuró enternecido:

—¡Criaturita! ¡Pobrecilla!

IV

El carácter de Adelaida se avenía tan mal con la tristeza, que no habían pasado quince días cuando ya indignaba al ama del cura refiriéndole sus triunfos por las veredas de Sigrás y la carretera de Bayón. En la carretera, y en Bayón mismo, todo el mundo tenía algo que decirle a sus trenzas, a sus piernas, a su modo de andar... La señora Andrea, dejando de soplar el fuego, pretendía hacerla responsable de aquellos descaros.

—Tú tienes la culpa, que les das pie y bien te ríes...

Adelaida protestaba. ¡Ella!... Ella bien modosa, bien seriecita quería ir por todas partes; pe-

ro, naturalmente, tales cosas le decían que, ¡cómo iba a poder con la risa!

—¿Podería usted si se viera más moza? ¿Podía cuando lo era?

Y lo preguntaba tan seriamente, con tan picaresco mohín de su boca graciosa, que la señora Andrea acababa por reír y hasta el cura sonreía no lejos, pues por ir muy frío aquel final de invierno seguía cenando al amor de la lumbre, en la mesa de alzar de la cocina.

—¿Podía?—agregaba Adelaida descaradamente—. ¿Pudo cuando el señor Artemio, el cantero de Gondar, le hablaba de darle al señor cura de entonces el disgusto de robársela? ¿Usted cuida que no se saben las cosas, señora Andrea?

—¡Eres el mismo demonio!—protestaba la señora Andrea—. ¡A ver si te callas!

—Callaré ¡qué remedio me queda! Pero tan pronto encuentre al señor Artemio, he de preguntarle si usted ya era así por aquel entonces

y escuchaba también sus palabras con esa cara de palo..

Don Jesusito seguía sonriendo, más satisfecho cada vez del carácter de la muchacha y cada vez más contento de su buena obra. Lejos de realizarse los temores que quisieron hacerle concebir respecto a Adelaida, la pobre criatura, con todo su desgarro, parecía una infeliz en el fondo. Donde él pudiese oírla, sólo se permitía bromas así, ingenuas, tolerables. Si entraba en la cocina estando ella a lavar la loza, pronto se secaba los brazos para bajarse las mangas y subirse aún mejor el pañolillo de crespón negro. Sus mismas risas, delante de él, eran un poco más recatadas, como si, conocedora de cuanto acerca de su carácter se decía, las considerase tal vez un motivo de escándalo que no quería ofrecerle.

En cambio, no le regateaba atenciones y delicadezas. Cuidaba de su ropa, de sus comidas. Una noche le sorprendió con un plato descono-

do, absolutamente extraño hasta entonces en la vida de don Jesús.

—¿Quién te ha enseñado esto, Adelaida?

—Es que merqué un libro de cocina. ¡Le veía comer tan poco!

Desde el primer bocado, don Jesusito había decidido abandonar aquella cosa tan rara. Pero la muchacha le miró con tal interés, con tal deseo de vérsela comer toda, que alargó resignadamente el tenedor hacia el plato. Adelaida, satisfecha, entusiasmada de su obra, se le acercó con misterio.

—A ver si sabe lo que es.

Don Jesusito paladeó mejor. Y como por veces también se permitía alguna broma, contestó riéndose:

—¡El libro de cocina!

Pero la vió tan triste, tan empañados de lágrimas los ojos, que rectificó vivamente.

—¡Si está muy bien, tonta! ¡Si era una chanza!

Comió desde entonces cual si tuviese un apetito enorme y aquella cosa absurda fuese el manjar más sabroso del mundo. Agradecida la muchacha, comenzó, con espanto de don Jesusito, a leer su libro como para aprendérselo de memoria. Afortunadamente tanto era su interés en agradarle, en serle útil, que poco a poco las cosas fueron saliéndole mejor. A lo menos fué don Jesusito habituándose a ellas y cuando el ama le ofrecía uno de los platos en que había sido maestra y aún acertaba a confeccionar como entonces, cruzaba el tenedor y el cuchillo, diciendo con gesto mustio:

—Está de chuparse los dedos, señora Andrea, pero no tengo ganas.

Pronto notaron en Iñán que su sotana parecía remozarse. Ya no tenía rotos, ya no tenía manchas, y el color verde que seguía presentando se consideró una modestia fingida de sotana vieja y coqueta. Don Jesusito aparecía, a su vez, con

mejores colores, también como remozado y el dueño de la casa volvió a tener, entre dos jugadas, una alusión irreverente.

—Convendrá ahora conmigo, don Jesusito. Hombre del que no se cuide una moza, ni en el cielo que sea está bien.

Don Jesusito sonrió. Se sentía bien realmente, contento como nunca. La casa rectoral, casa de frailes en otro tiempo, inmensa, con vastos salones y corredores larguísimos, le pareció siempre temerosa, vacía, casi hostil. Más que al amparo de sus muros, gustaba una sensación de vida íntima, hogareña, en el refugio de la huerta, sobre todo en cierto rincón, abrigado como un nido entre las paredes altas y musgosas de la casa, donde los naranjos y los limoneros crecían hasta rozar los altos alares del tejado. Pero, desde la llegada de Adelaida, todo pareció cambiar. Con aquel corazón que la muchacha tenía, tan alegre y tan sin inquietudes, era como si hubiese en-

trado en la casa desmantelada, tan triste hasta entonces, un dulce y tibio rayo de sol.

Ya, después de la cena, no subía a acostarse como en épocas anteriores. Le gustaba seguir un rato en la cocina, leyendo algún libro, mientras las dos mujeres terminaban sus quehaceres. A veces, cuando esto ocurría, aún era muy temprano y don Jesús se aterraba a la idea de la larga noche, solo en su habitación. La señora Andrea y Adelaida, viéndole sin prisa, acercaban una cesta de mazorcas y sentándose sobre la piedra baja del hogar poníanse a desgranarlas, cuchicheando en voz leve. Por fin, sonreía don Jesusito, cerrando el libro, restregándose los ojos.

—¿De qué se habla?

Hablaban de cualquier asunto local, preferentemente de amores y de bodas. Que si había vuelto el mozo de ésta, que si el próximo domingo iban a decirse las primeras amonestaciones de la otra. Era Adelaida quien preguntaba, con un

ansia vivísima, como si en su corazón sólo cupiese interés por aquella clase de sentimientos. Y don Jesusito experimentó el temor egoísta de que alguien la enamorase y se le fuera, llevándose consigo el dulce y tibio rayo de sol que había venido a alegrar la casa hasta entonces tan triste.

A la verdad, él, apartado siempre de todas las cosas del mundo, viviendo entre la gente como en el yermo de mayor soledad, no era voto respecto a bellezas de mujer ni a ninguna otra suerte de mundanidades. Podía, pues, equivocarse, claro que podía; pero se le antojaba que tal vez ninguna moza del contorno igualase en belleza corporal y en honda y fragante frescura de alma a su recogida. ¿Cómo esperar que no advirtiesen todo esto los mozos que la veían en la fuente y el molino? ¿Cómo no advertirlo acaso otros hombres más capacitados para darse cuenta de tanta belleza y gracia tanta?

Habiendo vuelto a abrir el libro, levantaba

los ojos para mirarla un instante. Los granos del maíz, resplandeciendo a las luces del hogar con su tono nativo de topacio y transformados otras veces, por los reflejos que la lumbre les enviaba, en brillantes y en rubíes, deslizábanse por entre las pálidas manos de la linda criatura. Y a don Jesusito le parecía aquello el símbolo que condensaba su pensamiento todo. Los rudos trabajos de la casa aldeana, las mismas faenas brutales de la cocina, nada podían contra la finura de tales manos. Como si un milagro las preservase, salían del fuego suaves y blancas, con esa gracia de las manos que, en ciertos cuadros antiguos, parecen hacerse aún más finas en la actitud de hilar el lino, mientras da vueltas la rueca.

Y manos reales verdaderamente, manos de marfil y de sándalo, manos que no acertaba a comprender por cuáles maravillas de bondad podían avenirse a las rudas tareas de su casa, ofrecían, al paso de los granos trocados en joyas, un

cauce natural, como si verdaderamente fuesen las de una princesa. Entonces don Jesusito pensaba si lo maravilloso no había venido a anidarse en su hogar, y Blasa de Armentón, a quien enterró semanas antes, lejos de ser la madre, era apenas la mujer bondadosa que cuidaba de la princesita perdida, y ésta, tanto tiempo oculta en la forma humilde de abandonada al cuidado de una mendiga y de huérfana entregada a la caridad de un sacerdote, no estaría ya en vísperas de romper el encanto, dejándole tan sólo, del paso por su vida, como la sensación de un dulce sueño.

V

El invierno acababa templado y sin lluvias, y una de aquellas tardes asomó la Laberca por la rectoral de Sigrás. Habló un instante con la señora Andrea del estado del tiempo, de lo bien que parecían presentarse las sementeras y de la regalía de cosecha que iba a haber como todos los augurios se cumpliesen... Mientras tal decía, contemplaba descansadamente a Adelaida, quien con la buena vida estaba cambiando de manera prodigiosa. Muy demacrada cuando entró en la rectoral, con un aspecto de criatura espigada, prometedora, pero enfermiza y cuya belleza acaso no llegase a granar, había adquirido colores, y, sin que por ello el cuerpo grácil perdiese su esbeltez de junco, las formas, hasta entonces

promesa bonita, casi eran ya realidad maravillosa. La Laberca, así y todo, pareció sorprendida de ver a Adelaida atizando el fuego, lavando la loza, sumisa y obediente a la voz de la vieja ama. Y, ya a solas con ella, le preguntó clavándole una mirada como ansiosa de penetrar hasta lo más profundo del pensamiento:

—¿Y qué? ¿Qué me cuentas? ¿Qué tal te va?

—Muy bien, mi tía.

—¿Es bueno contigo el señor cura?

—Es un santo como todo el mundo sabe.

—Pero ¿y contigo?

—¿Por qué había de ser diferente a con los demás?

—¡Ay qué leria!

—Pues no puedo decirle otra cosa.

—Tú saberás como nadie lo que en esta casa ocurre; pero yo, si te veo lucida de colores y de carnes, no te encuentro como creí. ¡Y dices

que el señor cura es bueno no obstante! ¿De verdad? ¿De verdad que, a pesar de todo, es contigo bueno?

La miró mejor, se hizo más significativa, más astuta, la luz de aquellos ojos, todavía brillantes y bonitos en el rostro chupado. Y al escuchar de nuevo que don Jesusito era un santo, casi se indignó.

—¡Lo que tú eres, es una boba, por lo visto! ¡Un santo! No hay santos con una moza como tú bajo el mismo techo...

—Usted, mi tía, no conoce a don Jesusito.

La Laberca acabó por indignarse.

—Conozco a los hombres, vistan el hábito que vistan, y ya es bastante... ¿Tú que te crees, entonces? Si don Jesusito supiese que no serías capaz de ponerle mala cara, ¿iba a despreciar a una criatura como tú? Lo que pasa es que eres moza y no piensas en los años venideros. Y puede acaso que, con tu fantasía, don Jesusito hasta no te plazca. ¡Claro! No puede bailar contigo

una buena riveirana en las romerías, cuando se te pase el luto; no puede llevarte por la cintura, de vuelta al lugar; no puede rondarte la puerta ni disputarte a los otros. Pero en la casa, desprovisto de sus hábitos, ha de ser un mozo cual el más garrido. Y ten presente que no hay vida tan regalada como la de ama de cura. Pero ama, entiéndeme bien. ¡Cuántas se quisieran ver en tu pellejo! ¿Iban a seguir fregando platos y a cargar cántaras y a atizar la lumbre? Reinas, reinas de su casa sabrían serlo. Reinas con su buena corte de vecinas que viniesen a lavarle la loza y a cuidarle del fuego, librándole las manos de estos trabajos rudos, dejándoselas alisadas para acariciar a su rey. Pero la mocedad no sabe, no se da cuenta, no medita en los días venideros...

—Calle, mi tía, calle...

—Callaré si tú me lo ordenas, que en casa de otro estás y yo no tengo mando sobre ti. Pero cuida de no recordar esta conversa cuando ya

sea tarde. En la rueca de marfil de tus manos tienes la madeja de tu destino. Conforme la hiles, así serás una reina o una pobre de pedir.

Se alejó hacia la cocina, altanera y solemne. Adelaida, aunque pensaba no hacerles mucho caso, toda la tarde meditó inevitablemente en aquellas palabras. Y al regresar a casa el cura, le miró con ojos más atrevidos. Tenía razón su tía: buen mozo lo era como acaso no hubiese otro. ¡Qué arrogante su cuerpo! ¡Qué bonito, no obstante las canas prematuras y cada vez más abundantes, el anillado cabello! ¡Qué color el pálido color de aquella cara que, poco a poco, iba tiñéndose de un ligero tinte rosado! ¡Qué blancos los dientes en la boca fresca, fresca y encendida como la de una moza!

Llegó la primavera, y Adelaida, cual otra flor de aquel campo venturoso, acabó de desabrochar incitante y espléndida. Con la plena salud, sus co-

lores se hicieron más bonitos y sus formas más audaces. Había crecido también y de capullo en que puede repararse por fe de sus promesas, pasaba a ser flor lograda donde se cumplía maravillosamente todo cuanto hasta entonces prometió. Don Jesusito no dejó de advertirlo y pronto tuvo una pena, un desasosiego constante, comenzando a temer que se le avecinasen inquietudes superiores a sus fuerzas, a su conocimiento del mundo... Ya los mozos rondaban la casa rectoral, ya seguían a Adelaida en sus viajes a la fuente y al molino. Y ella, durante los meses de invierno tan modosita, abrumada por el peso de su desgracia, cohibida por su posición de recogida en casa de un sacerdote, parecía desentumecerse al sol que llegaba y comenzó a hacer las locuras temidas. Ya tardaba mucho cuando se la mandaba a algún recado; vino por veces de la fuente cerrada ya la noche...

Con el costal a la cabeza, se dirigía Adelaida

hacia el tranquilo molino de Bretoña, cuando unas mozas le animaron a acompañarlas hasta el molino tumultuoso de San Adrián.

—Anda y no seas tonta, que no se ha acabado para ti el mundo. Deja ese molino de viejas y verás qué bien lo pasas. Nosotras, siempre que vamos, ¡nos divertimos más!

El rostro de Adelaida se había llenado como de luz al anuncio de la fiesta campesina, a la promesa de aquel regalo incitante y temeroso como un vino grato y fuerte. ¡El molino de San Adrián! Por toda la comarca se hablaba de él como de un encantado lugar de delicias y de locura. Era uno de esos molinos en los cuales aún vive la amable tradición molinera. Porque los molinos no suelen ser lugares donde la pena encuentre ambiente propicio. No va a ellos la gente pobre y sin pan, por lo tanto, que moler. Van las mozas de las casas abastecidas, alegres en la seguridad de toda falta de inquietudes para el día venidero, las dispuestas

al canto y al baile y las que saben cuán hermano del de la gaita habladora es el "fol" erguido sobre sus cabezas.

¿Y qué importa que la gaita no cante? Canta alegremente el agua en el caz; canta bullanguero el chorro en la rueda; canta con quebrada cadencia de música para bailar la muela moliendo. ¿Qué importa realmente la ausencia de la gaita? ¿Qué importa el haber olvidado los panderos? De piel igualmente sonora son los costales del pan, y las mozas de la tierra saben tañerlos y batir las palmas y arrancar a sus gargantas sonidos bullangueros y armoniosos. ¿Cómo no han de acudir los mozos a estos molinos en los cuales perdura la clásica y alegre tradición? ¿Cómo negarse a bailar con ellos si todo en tales lugares parece preparado para la exaltación de la danza? ¿Cómo vencer su sugestión poderosa si las voces todas del molino son como un himno ardiente a la vida?

¡Molino de San Adrián! ¡Molinos geórgicos

que cantáis tan alegres al pie de vuestros riachuelos, en la hondura de las quebradas; molinos frescos en verano con vuestra agua tan límpida y templados en invierno por el tibio calor que la harina exhala; molinos discretos en toda ocasión como nidos recónditos, propicios como alcobas secretas, ¿quién con alma campesina podrá resistir vuestra atracción y vuestro encanto? ¿Cómo obstinarse en la condenación de vuestras virtudes? ¿Cómo olvidar que la danza típica de la región, poema ardiente de sus anhelos y de sus ansias, poema donde late todo el concepto regional de la vida y de cuanto la embellece, ha nacido en vuestro dulce refugio, al son de vuestras voces festivas y aún se llama la molinera?

Arrebolóse Adelaida al escuchar la invitación, pero tuvo fuerzas para negarse.

—Ya veis que no puedo.

—¿Porque lo sepa tu amo?

—Sí; un poco por el temor de que lo sepa, pero también por el luto.

No las convenció.

—¡Por el luto! Por el luto bien está que no vayas a las romerías ni a los salones de baile. Pero una molinada no es una fiesta. Al molino se va de obligación. ¿Que luego ocurre que vienen los mozos y hasta que traen gaita? ¡Con no bailar! Suponte que les ha dado esta tarde por ir al molino de Bretoña. ¿Qué haces al verlos? ¿Qué haces al oír la música? ¿Te vuelves para tu casa con el grano sin moler? No sería seguramente cosa que bien le pareciese a la señora Andrea, cuando al molino te manda. Pues si en Bretoña ibas a esperar la molienda mientras delante de ti se bailaba, puedes esperarla lo mismo en San Adrián...

Aún meditó la moza, indecisa, como agotando los últimos restos de su fortaleza. Y palideció, palideció visiblemente, con la emoción que la invadía.

—¡Si no fueseis a decir nada!

—¿Pero qué vamos a decir? ¿No estamos unas para callarnos a las otras?

Se decidió entonces, vencida ante todo por la curiosidad, ese sentimiento que suele tener tanta culpa en la perdición de las mujeres. Muchos molinos había visitado en su vida, pero siempre con solo el propósito de esperar la molienda. Hacia aquel, sin embargo, iba esperando confusamente no sabía qué...

VI

El molino de San Adrián erguía sus vetustas paredes en un paraje dulcemente poetizado por la luz del crepúsculo. Tanto debía haberse molido aquella tarde que el camino ante el umbral dijérase nevado. La molinera, que hacía intención de salir, no la rectificó al ver a las mozas.

—Supongo que todo traeredes menos prisa.

Como alguna pareciese indicarle que tal vez se equivocara, la molinera, vieja tan sólo por la harina que le empolvaba el cabello y alegre y picaresca como el aire de su molino, sonrió ladina y graciosa.

—¡Ah, la tenedes! ¿Y de qué, si puede saberse? No será de marcharvos.

—¡Qué señora Rosa esta!

—La señora Rosa, mis alhajas, ha sido moza y aún no es muy vieja, y para ella todos vuestros pechos son como urnas cristalinas. Pero bueno, pasade, y cuidado, cuidadito, que yo pronto torno.

Mucho antes del regreso de la molinera se sintió en el camino un rumor de voces, de risas y de zuecos. Eran los mozos, que no tardaron en irrumpir dentro del molino como una horda frenética. Las mozas, haciéndose las asustadas, corrieron a refugiarse en los rincones. ¡Qué más querían ellos! Aquella fuga daba pretexto para buscarlas, para perseguirlas, para hacerlas rodar por el suelo blando, alfombrado de harina. Adelaida, perseguida también, oía, aquí y allá, las voces de sus compañeras.

—¡Ay, qué demonio! ¡Mira que grito! ¡Mira que te muerdo!

Pero no mordían ni gritaban, ni casi aliento

tenían ya para defenderse. La risa, una risa cascabelera como aquella de que tiempo antes Adelaida hablaba a la señora Andrea, en la rectoral, pronto era, de no ser un suspiro, lo único que de aquellos pechos salía.

Afortunadamente, entró a tiempo la dueña del molino, santiguándose con exagerados aspavientos.

—¿Pero entonces no puede una arredrarse de su casa un instante siquiera? ¡Por algo estas condenadas decíanme hace poco que su prisa era tanta! Pues se acabó. No me opongo a que vos divertades, pero estos escándalos no los quiero.

Más que la arenga, la presencia de la molinera dió á la diversión otro carácter. Hubo vino calentado al rescoldo y perfumado de canela. Hubo cantares, desafíos de coplas.

Y don Jesusito se enteró. Se enteró de que Adelaida había estado allí hasta muy tarde, bebiendo el vino tibio y dulce, de inquietador y penetrante

perfume que nadie prepara como las molineras; cantando alborozada, en pleno olvido de su luto, de su orfandad, de su triste condición de recogida y prestándose atrevidamente a las luchas de cantares y abrazos, preliminar, con tanta frecuencia, de luchas más peligrosas.

La primavera, entretanto, enseñoreábase de la aldea cada vez más. Valladares de seto verde, aún ayer entumecidos por el invierno, despertaban cubiertos totalmente de flores; como flores vivas, las mariposas revoloteaban incansables de un lado a otro; un zumbar de abejas bordoneaba a toda hora sobre los campos; el viento llevaba en suspensión el polen acre de las flores abiertas y las palomas se arrullaban en el tejado del palomar con actitudes casi humanas, abriendo las alas como para abrazarse, restregándose por parejas los picos febriles.

Y todo aquello, el ansia amorosa de las aves inocentes, y el polvillo sutil y fecundo que el aire

llevaba en suspensión, y la vida triunfante de continuo bajo el dosel incitador del cielo ardiente, parecía rodear a Adelaida y acariciarla y metérsele hasta lo más hondo del ser. Ya todas las tardes los cohetes y las campanas anunciaban una fiesta en cualquier rincón del paisaje, y después venían, de un lado y de otro, alegres sones de música. Y la moza se encontraba sin fuerzas para quedarse entre las paredes de la rectoral. Como llamada por una voz misteriosa, salía a la puerta, se sentaba bajo el emparrado y estaba así horas y horas, con el alma prendida enteramente en aquellos remotos y atrayentes rumores.

Aunque de luto, cuidaba tanto del atavío, que las gentes de lejos, viéndola a la sombra de tan hidalga mansión, debían considerarla una hija de señores, apartada de la fiesta no tanto por la pena a la cual parecía aludir el color de las ropas como por respeto a su alta clase. Adelaida, en efecto, pudiendo ya disponer de algunos ahorros, vestía

de nuevo a diario y a diario calzaba zapatos tan finos de corte y tan audaces de forma como los de las señoras ciudadanas. Y un detalle entre todos era verdaderamente significativo: el de las medias, de seda, estiradísimas, dejando transparentar, al través de su tejido, la blancura señoril de la carne. La moza, esto aparte, debía de cuidar sus dientes. Blancos y limpios cualquiera otra los tenía. Pero aquella sensación de cosa pulimentada, aquella especie de oriente como lo tienen las perlas, sólo al arte podía ser debido. Y olía bien Adelaida. Olía a mujer que gusta del agua, y si no puede perfumarla con esencias costosas sabe darle olor serenándola con hierbas fragantes como en la noche de San Juan.

El día de la fiesta de Bretoña, lugar, aunque de otra parroquia, muy inmediato a Sigrás, se sentó temprano a la puerta, viendo pasar los grupos de gente alegre, oyendo los sones de la gaita que el viento traía y respirando todos los perfumes del

campo como en fiesta también. Llevaba allí una media hora, cuando cierto mozo que iba sin pareja hizo alto para saludarla.

—¿Hay mucha gente en la romería?

—Pasar, pasó medio mundo.

—Pues entonces maldita la falta que debo hacer yo. Si no te pareciese mal, escuchaba desde aquí la música.

—¿Por qué ha de parecerme mal?

El mozo, puesta al hombro la vara, de cuyos extremos pendían las manos, la miró un instante.

—¡Mujer! ¡Como eres casi el ama de un cura!

—¡Ay, eso!

—¿Qué eres entonces?

—Su criada más humilde. Ahí tienes tú lo que soy.

—¡Criada! ¡Criada que desprecia a los mozos de su igual! ¡Criada a quien sólo tira el señorío!...

La muchacha suspiró con extraña pena.

—Famas, famas que le echan a una...

Y, tras un silencio, volvió a suspirar más sentida, casi dolidamente:

—Famas que a una le echan y a saber con qué intención.

—Muéstrame entonces que no las mereces.

—¿Y de qué modo?

—No escorrentándome de tu lado. Dejándome estar aquí hasta que yo quiera.

—¡Asús, hombre! ¡Por mí!... Ya te he dicho que puedes quedarte y no creerás que me coma a la gente.

—No, por desgracia.

Pero después del breve diálogo que terminó en este fino cumplido, el mozo no supo qué decirle. Se había sentado cerca de ella, en el banco de junto al patín, y, a pesar de sus frases anteriores cohibido por el aspecto señoril de la muchacha,

por el delicado perfume que exhalaban sus ropas al moverse, por su gesto serio y su expresión como perdida en otras visiones, hundíase más y más en el silencio. Adelaida pensaba entretanto que tal vez tenía razón. Tal vez la atrayese el señorío. Por lo menos no era aquel, ni era ninguno de los mozos del contorno, que nada sabían decirle, quienes pudieran enseñorearse un día de su alma...

Le miró un segundo, sin darse cuenta acaso de lo que hacía, y el mozo, entendiendo que le invitaba a hablarle, hizo un esfuerzo de amabilidad y de finura.

—¿Dasme un beso?

Se acercó a ella, pero no pasó a mayores atrevimientos. Insistió tan sólo:

—¿Me lo das?

Adelaida pudo desasirse, sin violencia, sin acritud.

—¿Por qué te lo voy a dar? ¿Se dan besos entonces así como así?

—¡Mujer! ¡Ya que estamos tan solos! ¡Ya que no se te ha subido a la cabeza el señorío y piensas en ser para un pobre!

Y si no osó siquiera robarle el beso, tuvo audacia para rodearle el cuello con uno de sus brazos, para acariciarle la cara con una mano y pretender adormecerla a poco bajo el pañolillo de crespón. Entonces Adelaida quiso indignarse.

—¡Arrenegado!

Pero una dulce languidez, una delicia honda la iba invadiendo, y las frases de protesta, como la tarde del molino, le salían ya entre risas. El mozo, por su parte, otra vez callaba, limitándose a acercar más su cuerpo al de ella y a mirarla con ojos todavía más fijos. No hablaba el mozo; pero los sones de la gaita invitando al abrazo del baile y los de la tarde que moría en susurros de hojas como suspiros, creyérase que eran su voz. Los árboles y la gaita decían lo que él acaso no supiese. El sentimiento confuso que hacía temblar aquellos la-

bios y la lumbre que ardía en aquellos ojos, tenían su expresión en las notas acariciadoras y lánguidas de la música, en los suspiros sensuales del viento.

Hasta la caída de la tarde, pegadito a ella, estuvo allí aquel hombre, separándose tan sólo cuando sentía acercarse gente, pero recogiendo con agrado las toses exageradas y las felicitaciones de algún amigo y las frases con que las viejas, más osadas, comentaban cuanto estaban viendo.

—¡Que sea para bien!

—¡Y que sea pronto!

—Pronto sobre todo, que las liebres no aguardan, mi rapaz...

Mas cuando, llamada por la señora Andrea, se alejó Adelaida sin siquiera despedirse del mozo, casi no comprendía cómo pudo haber estado con él tanto tiempo y tan a gusto. Notaba ahora que olía a tierra, a ropa muy llevada, a sudor agrio. En el rostro mal afeitado quedaban islotes hirsutos y sus ojos tenían un extravismo feo. Hizo en-

tonces un gesto de protesta, casi de repugnancia. Cuando llegó a la cocina, estaba allí Generosa la de Gondrame, que había entrado por la puerta del huerto. Aquella mujer, tantas veces compañera de su madre por los caminos de la limosna, llevándola aparte le preguntó sonriente, alegre con la alegría que esperaba dar:

—¿Sabes quién está en la aldea, Adelaida?

—¿Quién?

—Don Enrique de Aranga.

Y Adelaida, a quien el señorito de Aranga, al encontrarla en las veredas, siempre decía algo bonito, lamentó que no hubiese sido don Enrique el mozo de la tarde.

VII

La tertulia de la casa grande de Iñán se había aumentado, en efecto, con aquel nuevo personaje a quien don Jesusito veía siempre por su parroquia invadido de un miedo hondo. El señorito de Aranga estudiaba el doctorado de Leyes en Madrid; pero con tan poca prisa, que parecía ser muy otro y mucho más placentero el doctorado objeto de sus estudios. Don Jesusito, en cuya alma la palabra Madrid sugería la visión de aquella terrible Babilonia cuyo conocimiento le habían mostrado los santos libros, temblaba al verlo por la parroquia, como si algo del aire impuro de la ciudad maldita viniese, con semejante hombre, a infectar el tranquilo rinconcito de la tierra donde

ejercía su sagrado ministerio. Cuando el verano pasaba, al despedir a Enrique en la carretera, al verlo marcharse hacia la estación y hacia la corte, lanzaba al aire el suspiro más amplio del año entero.

Pero nunca tembló tanto por la proximidad del señorito como aquella tarde al llegar a casa de don Angel y oír, desde el arranque de las escaleras de piedra, la voz insolente de Enrique de Aranga, complaciéndose, sin duda, cual de costumbre, en el relato de sus habituales horrores respecto a la corte, horrores tales y de tal magnitud, que, no obstante su profundo conocimiento de la vida babilónica, don Jesusito difícilmente podía creer en ellos. ¡Que si había casinos con mujeres de espalda escotada hasta la cintura! ¡Que si estas mujeres se atrevían a pedir dinero a los hombres para jugar! ¡Que si algunas, sentadas en una butaca, parecían gatitas arreglándose la cara y hasta llegaban a pintarse los vértices del pecho a la vis-

ta de todo el mundo! ¿De qué estaría hablando ahora? Subió con piernas vacilantes; sin prisa dejó el sombrero y el bastón en la percha, y lentamente marchó hacia el comedor, de donde venían las voces. El señorito se interrumpió para correr a abrazarlo.

—Hola, don Jesús.

—Hola, Enrique...

Enrique de Aranga era un mozo alto, esbelto, de un moreno ardiente y unos pérfidos ojos grandes, llenos de languidez y de negrura. Vestía no como los señoritos de la aldea, sino como las gentes de la ciudad. Usaba a diario corbata, ropa nueva, calzado elegante y fino. Sonriendo, golpeándole cariñosamente en los hombros, dijo al sacerdote que no le preguntaba nada:

—Ya me lo han contado todo y a la vista está que hay novedades. Verdaderamente, parece usted otro, don Jesusito.

Angel de Iñán, con su voz ruda, reclamó que

pusiese término a la efusión, a la escena, y que continuase los informes interrumpidos.

Enrique vacilaba, como indicando al cura. Angel se impacientó.

—Don Jesusito es un santo.

—Pues por lo mismo.

—Pero es santo de confianza. Sigue.

—Y tan santo además—añadió don Miguel de Rilo, por excepción alegre, perdonador y jovial—, que te absuelve desde ahora. ¿Cómo se visten este año esas mujeres?

—Pues, con perdón de don Jesusito, les diré entonces que ya casi no se visten. Antes aún había que adivinarles muchas cosas. Ahora, para evitar cavilaciones a quien las contempla, el traje que siguen poniéndose por no romper del todo con la costumbre, es apenas una camisa.

—¡Hombre, una camisa!—se atrevió a protestar don Jesusito.

—Sí, don Jesús. Pero no la camisa que us-

ted seguramente se figura. Eso no tendría importancia, sería un abrigo. Una camisa, una verdadera camisa. Camisa de color, pero leve, transparente, que deja adivinarlo todo.

—¿Todo, Enrique? ¿No mientes?—preguntó don Angel con voz trabajosa.

—Todo—afirmó Enrique casi ofendido—. Y como a veces pudiera haber dudas, han acabado por rasgarle la falda y abrirle los costados.

Don Jesusito enrojeció hasta las orejas. Angel de Iñán, con un brillo húmedo en los ojos, comentó entusiasmado:

—¡Eso sí que son pueblos! ¡Esa sí que es vida!

Luego alargó la cabeza hacia Enrique de Aranga.

—Y fáciles tales mujeres, ¿verdad? Cual aquí las cerezas seguramente. Bastará, ya me lo figuro, alargar la mano...

El señorito tuvo un gesto como dando a enten

der que la cosa no era tan sencilla. Angel de Iñán sonríó.

—Sí, entendido. Habrá que alargarla con cuartos...

Otra vez movió Enrique la enterada cabeza. Angel se apresuró a explicar:

—Quien dice cuartos, dice una alhaja, dice flores, que allí, por lo visto, cuestan tanto como las alhajas...

—No.

—¿Entonces?

—Fíjate en que estamos hablando de las mujeres de los salones, y esas no son tan fáciles ni mucho menos. Facilidad, en estas tierras, si acaso... Desgraciadamente, lo que aquí no hay son mujeres.

Angel de Iñán consideró la afirmación exagerada. ¡Que no había mujeres en tales sitios! Y sagacísimo aquella tarde, añadió:

—Ya sé lo que quieres decirme. Pero ¡quién me diese todas las que hay!

Enrique de Aranga, apurando la copa de vino rancio, en que Angel de Iñán era pródigo, defendió gravemente su aserto. No había mujeres, no. Había, si acaso, la materia prima. Había los bellos ojos y las bocas frescas y las carnes turgentes. Faltaba en cambio la mujer, la mujer hecha, la verdadera mujer que sabe jugar los ojos y hacer que la boca ría prometiendo cosas y que las carnes verdaderamente hablen. Faltaba el complemento de los vestidos y los perfumes, y faltaba, sobre todo, la coquetería.

—No, aquí hay mozas, que buenas son a falta de mujeres. Pero mujeres, verdaderas mujeres, únicamente algunas de esas que vienen a veranear en los balnearios del país y pasan a veces por la carretera dentro de sus automóviles...

—¿Nada más?

Y preocupado don Angel por el terrible radicalismo de Enrique, que despojaba tan completamente a aquellos queridos parajes del más bello

ornamento de la humanidad, quiso hacerle devolver algo.

—Antes de que don Jesusito viniese no hablabas así, no las despreciabas a todas...

Enrique entonces casi lanzó un grito, como ante la sorpresa de un feliz hallazgo. Don Jesusito, por su parte, se dió cuenta de que palidecía.

—En efecto—murmuró el señorito de Aranga—; acaso haya otra... Acaso haya, por lo menos, una gran esperanza de mujer. Si don Jesusito me lo perdona y si con su santidad ya no ha conseguido estropearnos a la criatura, Adelaida de Armentón puede ser pronto una mujer verdadera, perfecta, irreprochable...

Sonreía el señorito, sonreía como alejados los ojos del comedor de Angel de Iñán, vueltos sin duda hacia los parajes donde otras veces había visto a la moza y al recuerdo acaso de las frases que entonces le dijo y el agrado con el cual ella las acogía. Y don Jesusito salió del pazo llevando

una pena angustiosa en el fondo del corazón. Estaba seguro de que Enrique menudearía las visitas a su casa para inquietarle a la pobre criatura. Era el peligro, el peligro más grave de cuantos entrevió hasta aquel momento.

VIII

Dichosamente, ni al otro día ni al otro apareció Enrique por Sigrás y don Jesusito comenzó a tranquiilzarse. Pero no había acabado la semana cuando al recogerse, de vuelta de unas vísperas, en el banco del arranque del patín distinguió los bultos de dos personas, muy juntas y como olvidadas de todo. No tuvo duda de quiénes fuesen. Eran la infeliz Adelaida y el señorito Enrique, que, para no comprometerse, ni siquiera hacía por verla en casa de su amo, teniendo tan franca, tan fácil la entrada, sino que la atraía hacia el camino, hacia la sombra, ocultándose, envolviéndose en ella como un malhechor.

Siguió hacia dentro sin decirles nada, con ver-

güenza de darse por advertido. La muchacha tardó poco en recogerse, y don Jesusito, mirándola a los ojos, no pudo dejar de preguntarle:

—¿Con quién hablabas?

Adelaida calló ruborosa.

—Con don Enrique, ¿verdad? Pues no vuelvas a hacerlo. Es una amistad que no te conviene.

Aquella noche, acaso por primera vez en su vida, durmió mal, desasosegado, nervioso. Veía al señorito de Aranga, con su labia fina y su prestigio de hombre de carrera y de fortuna, meterse poco a poco en el corazón de la huérfana infeliz y de este modo llevarla hasta los abismos adonde se le antojase y perder a aquella criatura que tanta pena le daba y de quien, no obstante su inclinación al pecado, podía hacerse quizá una santa. Una santa, sí. Días antes, los hermanos Cores, enriquecidos en la emigración y que no se olvidaban de su pueblo, le habían escrito desde Cal-

das de Rendoy, donde estaban pasando el verano, prometiéndole una imagen de la Virgen para la iglesia. Y, por la noche, don Jesusito tuvo un sueño dulce. Le pareció que la Virgen ya estaba en los altares y que tenía una gran semejanza con su recogida.

Eran los mismos aquellos ojos castaños y grandes, la misma aquella sonrisa de celestial candor, los mismos aquellos colores de capullo fresco del rostro. ¿Cómo podían ocurrírsele tales imaginaciones si la propia Virgen no se las sugería, para decirle, tal vez, cuán merecedora era Adelaida de su amparo? Pecadoras no por tendencia, sino por la realidad de la culpa, había conocido bastantes la Virgen, y, sin embargo, su nombre figuraba, con alto elogio, en las páginas del Santoral. Podía citar muchas; pero sólo citaba a María Magdalena. A María Magdalena le bastó, para salvarse, haberse acercado a su Divino Hijo, y ciertamente que él, pobre cura de aldea,

no irradiaba de sí una gracia capaz de tanto. ¿Pero podía consentir que un depravado de las ciudades viniese y destruyera la obra que, con el auxilio de Dios y de la Virgen, esperaba llevar a término dichoso? Don Jesusito, recordando cuánto Adelaida parecía haber amado la reclusión en que la tuvo el duro invierno, soñó un instante con la dicha de verla amar una reclusión más duradera. ¡Oh, si pudiese ofrecérsela a Dios! ¡Qué triunfo, qué gloria la suya!

Y se propuso llevarla una tarde al convento de Serantes, hacer que se quedase una temporada entre aquellas dulces monjitas y esperar el milagro con cuya sola ilusión ya el alma se le henchía de una dulzura inefable.

Desgraciadamente, supo por la señora Andrea que el señorito había vuelto en busca de Adelaida, y reprendió a la moza con palabras casi duras.

—¡Esto, no! ¡Esto, de ninguna manera! Te

prohibo terminantemente que vuelva a ocurrir.

Adelaida calló, sobrecogida. Al día siguiente se acercó con cobarde andar a servirle el almuerzo, pero del rostro del sacerdote había desaparecido todo el enojo de la víspera. Lejos de inculparla, le habló con su dulzura habitual, y luego todavía esta dulzura pareció hacerse más grande.

—¿Me perdonas, Adelaida? Yo no he querido ofenderte, yo no trato de imponerte mi voluntad por capricho. Es que no te conviene la amistad con ese hombre ¡Tú no sabes, criaturita de Dios, cuánto me interesas y el amor que te tengo y la pena que me das!

Le había clavado los ojos, y Adelaida juraría que algo los empañó de repente. ¡No sabes cuánto me interesas y el amor que te tengo y la pena que me das! Toda la noche, todo el día que siguió, aquellas palabras estuvieron cantándole en el pensamiento. En el acento con que don

Jesusito se las decía, en la mirada que las acentuó, creía distinguir algo de la emoción tan frecuente en los hombres cuando le hablaban a solas junto a las umbrías de los caminos.

Por respeto al cura, por no exponerse a oír de sus labios nuevos reproches, por no verle disgustado otra vez, negó las entrevistas que de ella solicitaba el señorito Enrique, y, para no encontrárselo por las veredas apenas salía de la rectoral. Aunque todas aquellas tardes, celebrando una fiesta, cantaba la música en algún rinconcito del paisaje, ya no acudía a la puerta buscando el deleite de sus sones. Le gustaba más quedarse en la casa, consciente de la alegría que daba a don Jesús, casi siempre también allí recluído. El calor le hacía andar en mangas de camisa, y Adelaida pareció mirarle sin el respeto tan hondo que hasta entonces le había inspirado. La sotana lo alejaba de ella, se lo ponía muy alto, en

cimas inasequibles. Sin la sotana, comenzó a inspirarle los sentimientos y las curiosidades de cualquier otro hombre.

Como otro cualquiera, era un mozo su amo. ¡Y qué mozo bonito, con aquel cabello anillado y aquellos ojos tan azules! ¡Y qué blancos aquellos brazos, una tarde entrevistos por la abertura de la manga! De noche, ante el huerto que, lleno de repente por la luna, parecía ofrecer a las ansias recónditas de su corazón refugios encantados donde tal vez fuesen posibles, aún la obsesionaba la idea de tal blancura. En su alma sensual y sincera hacía un efecto parecido al que debe de hacer, en el alma del sediento, una sugestión de agua corriente, serena y clara.

A nada más se atrevía sin embargo, llena de recelos hacia el carácter de aquel hombre. No hubiera tenido gozo mayor que el de reclinar la cabeza sobre el hombro de don Jesusito, acercarle

la cara a la suya, oprimirle con brazos ardientes sobre su corazón. ¡Pero a pesar del cambio de ropa estaba todavía tan alejado de ella! ¡Le tenía tanto respeto aún a su seriedad, a su condición de amo que la había recogido, a su fama de sacerdote ejemplar!

Claudia la Laberca de nuevo apareció entonces por la casa del cura y la llamó aparte.

—¡Pero tú, rapaza, eres mucho más tola de lo que yo podía presumirme! ¡Hablando con un mozo una tarde entera, delante de todo el mundo! ¡Y con qué mozo! Con el hijo de unos caseros que el día de mañana ni donde caerse muerto tenderá. ¡Hablando después con un señorito que sólo querrerá seírse de ti! Pensaba de ti otro cosa, muchacha; pensaba que saberías tenerte en más estima. ¡Miráy a quienes ella va a dar creto, desanimando, tal vez, al que verdad le conviene, y despreciando un porvenir de señora que hasta muchas señoras envidiarían!

Y suspiró profunda, sentidamente:

—¡Ay, quién me diera en tus años!

Pero sus iras no tardaron en aplacarse ante la actitud inesperada de la moza, que sonreía oyéndola, y al fin se animó.

—Mi tía...

—¿Qué?

—¿Entonces usted cree que don Jesusito...?

—¡Paloma! ¡Palomiña cándida — murmuró la Laberca súbitamente enternecida—. No hay santo con santidad que resista a las miradas de unos ojos tan dulces y a la promesa de unos brazos tan amantes. ¿Sabes cuánto emborracha el vino? ¿Sabes cuánto el vino hace perder la cabeza a los hombres? Pues no hay vino de tanta fortaleza como la mocedad de una mujer garrida...

Se acercó, le pasó las manos por la cara, más insinuante, más convencedora.

—Aconséjate de mí, que bien te irá. ¿Qué eres

hoy en esta casa? La criada de Andrea, la criada que todos mandan. Y puedes ser la reina que mande a todos. Ya ves que soy de tu sangre y no voy a querer tu mal. Pero yo sé que la mocedad se pasa pronto y luego sólo hay lágrimas para quien no supo aprovecharla. Pues aprovéchala. Don Jesusito será un santo, yo no digo que no; pero a ver cómo se porta después que hagas cuanto yo te mande. Mira, paloma: vas a dejar de parrafear con los señoritos y con los mozos, y vas a mirar a don Jesusito como al mozo más placentero; y en vez de bajarte la ropa de los brazos cuando él esté delante, vas a subírtela, y con el achaque del calor, entreabres el pañolillo, enseñando esas carnes que yo sé cuánto se merecen, y, como quien no quiere la cosa, vas a arrimarte a él siempre que te pida algo...

Volvió a interrumpirse, contempló con descanso a la moza y, por fin, murmuró decidida:

—Y si aun así nada consigues, escúchame aten-

ta, que sólo miro por tu bien y sé mucho del mundo.

Y las dos mujeres, hablando la una, escuchando la otra, se alejaron por la huerta adelante.

IX

Tampoco se atrevió la moza a poner en práctica todos los consejos de su tía. Lo más que hizo fué no esconder los brazos cuando don Jesusito entraba, y sonreírle cada vez más, hasta sin pretexto, con sonrisa lánguida, prometedora de mil cosas divinas. Pero no obstante espiar escrupulosamente los movimientos y las actitudes del sacerdote, el santo varón parecía no darse por advertido de cosa alguna. Ni siquiera la miraba detenidamente como algunas veces le pareció. Sin hacerle caso, allá marchaba hacia la solana del patín, fresca y perfumada entre sus madreselvas y sus zarzas floridas, que desde los comienzos del verano había convertido en comedor.

La muchacha acabó por convencerse de que don Jesusito era un santo verdadero, y con sólo juzgarle, no ya como a los demás hombres, sino como a los otros sacerdotes de la comarca, se cometía un pecado. Poco importó que apareciese ante él subida hasta cerca de los hombros la ropa de los brazos, entreabierto el pañolillo que le desnudaba la garganta enteramente, en chambra muchas veces y hasta, con la disculpa de las ocupaciones caseras, anudado a la cabeza el pañuelo de colores que otro tiempo la agraciaba tanto. Aun buscando para tales osadías la solana tan recatada entre sus flores, don Jesusito ni se daba cuenta. Y volvió de este modo a huir de ella, a elevársele nuevamente a cimas inasequibles.

Si alguna vez se arriesgó todavía a sentarse en aquel sitio con el pretexto de repasar la ropa de la semana, mientras el sacerdote, terminada su comida, prolongaba la sobremesa en compañía de algún libro, como si estuviese solo parecía sumer-

girse por completo en la lectura. Adelaida llegó a sentir vergüenza de sus atrevimientos. El confiado gozo con que osó acercarse al santo hombre, desaparecía como consumido por un fuego purificador, dejándole únicamente, dentro del alma, las escorias del torpe acto y con ellas así como una frialdad y un gusto de ceniza.

Ya, si se sentaba a la sombra fresca, no lejos del cura, lo hacía únicamente por no romper de modo brusco la costumbre. Y tal era el silencio de don Jesusito y tan grave el ceño de su rostro, que la moza acababa por recoger, suspirando, el cesto de la costura. Un día, de pronto, sonó triste y lánguida la voz del sacerdote.

—¿Tienes que hacer?

—No, señor; pero temía estorbarle.

—¡Qué vas a estorbar, criatura! ¡Quédate, quédate si quieres!

Se quedó, pero don Jesusito ni tornó a mirarla ni a dirigirle la palabra. Había vuelto los ojos al

libro, encantado con su lectura, como si ninguna otra cosa le interesase en la vida. La señora Andrea, sin embargo, reparó en que aquello no lo había hecho nunca. Jamás fué tan amigo de los libros ni estaba tanto tiempo en casa. Advirtió además su tristeza, una tristeza extraña en hombre antes tan alegre, tan libre de cuidados e inquietudes. Esto aparte, don Jesusito volvía a no comer, y frecuentemente, cuando se le interpelaba sobre cualquier asunto, atendía con la expresión, como aún ajena a las cosas, de quien acaba de despertar de un sueño. Una noche, en la cocina, comentó la anciana señora:

—No anda bueno don Jesús; no sé qué tiene.

Desde entonces Adelaida espió mejor las actitudes del cura, y una alegría honda pareció correr bruscamente por sus venas, mezclada a su sangre. Leería don Jesús el libro que le acompañaba en la sobremesa, pero de tiempo en tiempo estaba se-

gura de que levantaba los ojos para mirarla como a hurto, y que de aquellos ojos algo muy vivo y muy dulce huía en tales momentos hacia ella. Alegre, radiante, pensó en darse por advertida y afrontar de pronto su mirada ardiente y sonreírle como la sombra florida al caminante fatigado. Pero cuando lo intentó, los ojos, antes tan alegres, parecieron apagarse, recogerse temerosos en lo profundo de sus cuencas. Y también se entristecieron los de Adelaida al comprender una vez más cómo era don Jesusito.

Tan diferente de los cínicos sacerdotes que creen poder dirigirse a todas las mujeres, sin exceptuar las más honradas, como hombres dueños completamente de su libertad, ¿qué conseguiría nunca de semejante hombre? ¿Qué con sonreírle y darle a entender lo que por su corazón pasaba? ¡Si incluso se atreviese a acercarse, a echarle los brazos al cuello, don Jesusito, su amo querido, interpretaría este acto como un arranque de ternura inocente,

y no habría logrado otra cosa que hacerle sufrir más!...

Siguió espiándole así y todo, siguió notando que cada vez la miraba con mayor anhelo. ¿Qué le ocurría realmente? ¿Por qué aquellas miradas tan fijas? ¿Por qué aquellos suspiros tan hondos? Tenía la conciencia íntima de ser la causa de la creciente tristeza de aquel hombre, y ahora no era como antes, ahora no le daba con sus devaneos motivo alguno de inquietud... ¿Qué le pasaba entonces? ¿Desearía de verdad los besos que tanto se le pedían en la fuente y en el molino? ¡Santo de Dios! ¿Por qué no se lo decía? ¿Pensaba acaso que iba a responderle mal? ¿No se daba cuenta de que sólo esperaba la ventura de corresponder a tanto bien como de él recibiera? Con la sangre de las propias venas, con la vida toda, estaba dispuesta a pagarle la dulzura de su trato, sus bondades infinitas... ¡Cómo no sacrificarle entonces cosas a las cuales, alma natural y sencilla, flor silvestre

de aquellos campos, apenas si acertaba a conceder la importancia que una flor verdadera daría a su perfume!

Pero los días pasaban y don Jesusito, no obstante seguir mirándola, en el aislamiento de la solana, con aquel anhelo infinito, nada se atrevió a decirle. Tal vez temiese ofenderla, quizá le horrorizaba entrever el ansia de su corazón ante quien, por caridad, sin otra idea, recogió un día. Y Adelaida se desesperaba viéndolo enflaquecer, perder los lozanos colores que ya había adquirido, consumirse todo en la fiebre de su anhelo.

La víspera de la fiesta de Brantoa, a donde no podía disculparse de ir, seguramente por apartarse de ella un día entero, dejándola sola y renunciando, durante tantas y tan largas horas, al consuelo de su contemplación, estaba tan triste, tenía los ojos tan hundidos en las cuencas mazadas, se movía por la casa con pasos tan lánguidos, tan lentos, que la señora Andrea clamó, indignada:

—¡Dios! ¡Parece que le han echado mal de ojo! ¡Que me lo embrujaron brujas malditas!

Adelaida marchó aquella noche a acostarse, resuelta.

—Yo le desembrujaré. Por mí, que no soy nada, no pena más el mejor hombre de la tierra.

X

Don Jesusito que, comprometido para la misa cantada de Brantoa no misaba en Sigrás, se levantó un poco tarde. Con prisa, porque el camino era largo, comenzó a vestirse. Ya se había lavado, se había echado hacia atrás los suaves cabellos y comenzó a ponerse la camisa limpia, que, como todos los domingos y días de fiesta desde la llegada de Adelaida, encontró, doblada y bien oliente, sobre una silla. Pero cuando quiso abrocharla, reparó en que el cuello no tenía botón. Movió la cabeza sin enfado, y desde la puerta de la sala llamó sonriente:

—¡Adelaida!

Sintió unos pasos leves, de paloma casera, en

el corredor. Sintió luego la voz dulce de su recogida.

—¿Se puede?

—Adelante.

La muchacha asomaba fresca y alegre y con un esplendor, en toda ella, de rosa matinal. El cura la reprendió, bondadoso.

—¡Pero, y este olvido, Adelaida! ¡Me das una camisa sin botón en el cuello!

Tan sorprendida, tan disgustada por su olvido pareció quedarse la muchacha, que don Jesusito sonrió.

—Bueno, tráeme otra.

—¡Otra! ¡Qué pronto se dice eso de tráeme otra! ¿Tiene tantas? ¡Si no fuesen los agujeros de esas manos, claro que podería tener el ajuar de un rey! ¡Pero como todo se lo da a los pobres! Afortunadamente, para todo también hay arreglo en este mundo. Aguarde.

—¿Me la quito?

Hacía ademán de dirigirse hacia la alcoba a quitarse la camisa, pero la muchacha se opuso terminantemente.

—¡No, señor, no! ¡Con la prisa que dice que tiene! Es un instantito.

Salió Adelaida. Volvió a sentir don Jesusito sus pasos de ave geórgica, de paloma feliz. Los sintió de nuevo acercarse y la vió entrar, prevenida de dedal y aguja.

—Venga acá.

Y no había podido recobrarse de su sorpresa cuando ya los dedos de la muchacha, mariposeando en torno de su cuello, comenzaban a prenderle el botón.

Don Jesusito experimentó una conmoción violenta. Nunca había tenido tan cerca a aquella criatura; nunca pudo apreciar cuánta era la belleza de aquellos ojos oscuros y húmedos, en cuyas profundidades de sima creyó un instante entrever la propia figura. Por temor de herirla en su ino-

cencia, no la rechazó. Deseó tan sólo que terminase, que acabase pronto aquel tormento, tanto más doloroso cuanto más dulce. Pero un botón debía ser cosa difícil de pegar. Los dedos de la muchacha le cosquilleaban a veces en la piel del cuello, y don Jesusito no pudo dejar de fijarse en algo más terrible todavía. Adelaida no llevaba pañuelo, y, mal cerrada la blusa, dejaba al alcance de sus ojos una blancura deslumbradora, que iba a perderse entre las ropas, iniciando turgencias, modelándose, bajo la tela fina, en dos armónicas mitades de un limón milagroso, suave, sin duda, como ninguna otra suavidad, dulce cual no lo sería ninguna otra dulzura.

Cual huyendo a una tentación, a una atracción de abismo, don Jesusito levantó los ojos, los guió hacia los campos, donde el día, apenas nacido, amenazaba con un calor horrible. Ya el sol, al través de las abiertas ventanas, rebrillaba sobre los sembrados, sobre las praderas, las aguas cen-

telleantes de Iñán, y las lejanas, casi remotas, desvanecidas en una niebla sutil, de Arealonga. En toda la tierra, en la naturaleza toda, bajo los besos de aquel fuerte sol, parecía palpitar un ansia ardiente y tumultuosa. En el verde aún tierno de la enredadera que llegaba hasta las ventanas, estremecíase la lujuria extraña y secreta de la vida vegetal; las mariposas se perseguían en el aire abrasado, y el sol seguía cayendo sobre la naturaleza entera. Caía visiblemente, caía estremeciéndose y danzando, caía en una lluvia encendida, sutil y cegadora.

Y una nube que el cielo no tenía pasó de pronto por los ojos del sacerdote. Sintió aquel hombre un dolor más grande al darse cuenta del efecto de las turgencias que no había conseguido dejar de ver sobre su pobre carne mortal, sujeta, por la culpa originaria, a la atracción del pecado. Con un esfuerzo costoso, casi heroico, pudo, no obstante, balbucir:

—¿Acabaste?

Los labios de la muchacha se entreabrieron en una sonrisa vaga y lenta.

—¿Tanta prisa tiene de verdad? Pues excusa de apurarse, que por usted bien esperan...

Con los dedos prendidos aún al cuello de la camisa, lo atrajo hasta el hueco mismo de la ventana, frente a la puerta franca de la alcoba, que dejaba ver el lecho del sacerdote apenas revuelto, guardando sólo la huella de su cuerpo casto y tranquilo. Ya allí, sin separarse de él, movió la cabeza como en busca de algo, las tijeras tal vez, voluntariamente olvidadas en el cesto de la costura. Y, entretanto, seguía hablándole. ¿Por qué aquella prisa? ¿La tendría el cura de Brantoa si viniese a oficiar en la fiesta de Sigrás? Don Jesusito era demasiado bueno, bueno de más mismamente. Ninguno de los otros curas del contorno se mataba tanto por cumplir. Ninguno se privaba, como él, de las regalías de la vida... ¡Ya sería otro

el que saliese con semejante mañana de sol, y a prisa, a prisa, para estar con tiempo de ayudar al cura de Brantoa en las honras a sus convidados! Lo que otro haría era considerarse un convidado merecedor de todas las atenciones, y llegar con calma, en el momento de dar comienzo la misa...

Volvió a hacerse la inquieta, volvió a buscar con la mirada en el bolsillo del delantal, dió bien la sensación de que las tijeras no las tenía. Y entonces, como decidiéndose a cortar de algún modo la hebra de hilo, acudió a un recurso habitual de las costureras: abrió los labios y la tronchó entre sus dientes. Mas para eso hubo de acercar su cara a la de don Jesusito, y don Jesusito le sintió el aliento cálido y florido, y sintió, en oleada mareante, el perfume íntimo que, al través del escote, de aquel cuerpo ascendía, y los rizos de aquel pelo sedoso cosquilleándole, y el pecho turgente de la muchacha alentar un instante sobre el suyo...

—Ya está.

Adelaida se había separado, mirándole con aquella sonrisa tan promotedora en los labios, y en los ojos una vaga ansiedad de espera. Pero todo, en el semblante de don Jesusito, era ya tristeza y nada más. Entonces dejó de reír la muchacha, temiendo que fuese a reñirle, arrepentida tal vez de su atrevimiento. Por fortuna, don Jesusito, candoroso como un niño, no podía imaginarse que aquello fuese un ardid aconsejado y premeditado. Lo consideraba tan sólo el acto espontáneo de un corazón que no prevé ciertos peligros, y, de preverlos, tal vez no los supiese esquivar. Y pensando que podía repetirlo en otro sitio, tuvo miedo a verla abandonarse así con quien no supiera cuántos respetos se deben a la inocencia. Lo tuvo a que el temblor que un instante le agitó las manos estremeciese las de otro, llevándolas hacia los tesoros de aquella carne tan sedienta de caricias, tan deseosa de arder en cualquier llama viva...

Salió, sin decirle nada, pensando en los peligros que la acechaban, sintiendo aumentarse su amor hacia la infeliz criatura, toda instintos, presa inconsciente del pecado. La amaba principalmente por esta tendencia de su ser, por esta debilidad de su carne, por la indefensión en que, entregada a sí propia, viviría. Y el corazón de don Jesusito, tan deseoso de aliviar las infinitas tristezas del mundo, al darse cuenta del poco poder que tenía para redimir a la pobre criatura, pareció ensanchársele en el pecho, acogiendo aquella pena que casi lo ahogaba.

Adelaida, entretanto, se asomó a la ventana, bajo la cual unos jornaleros, puestos desde momentos antes a descargar un carro de tojo, estaban inundando el corral de flores tan amarillas que daban la impresión de que durante la noche hubiese habido una nevada de oro. Fatigada de no sabía qué, se derrengó sobre el poyo, perdidos los ojos en el cielo resplandeciente, en la tierra don-

de seguía cayendo la nieve dorada. Recobrada al fin, pudo fijarse en los tumultuosos grupos de mozos que pasaban hacia la fiesta. Y de pronto, distinguiendo a lo lejos a don Jesusito, estuvo viéndolo alejarse, entristecida también, con cierto dolor de su fracaso.

¿Qué diría ahora la tía? ¿Diría aún que don Jesusito era como todos? ¡Como todos su amo! ¡Como aquellos curas del contorno que no reparaban en tener en casa a la moza, y hasta la llevaban a las fiestas, delante de ellos, casi en sus rodillas sobre la mula! ¡Como aquellos siquiera, hipócritas y taimados, que la guardaban bajo techo ajeno y tan admirablemente sabían disimular sus visitas! No, don Jesusito no era como los otros. Bien propicia, bien dispuesta la tuvo, bien claro se lo dió a entender. ¡Bien, con aquellas artes de que hizo gala, le dijo que acertaría a disimular cuanto entre ellos pasara como la mujer más avezada a estos menesteres! Ella no pudo hacer más,

y sin embargo... Se había equivocado, sí. Se había equivocado terriblemente cuando creyó inspirarle un interés de otra índole.

Pero una idea brusca vino de pronto a preocuparla. Capaz don Jesusito de amar a una moza, ¿era tan sólo que no gustaba de ella? No. Otra idea acudió pronto en su consuelo. ¡De darse cuenta, de advertir lo que por el pensamiento se le había pasado, bueno, sin duda alguna, se pondría! Entonces, ya casi tranquila, decidió, con una sonrisa naciéndole a flor de labios:

—No notó nada, seguramente. Es que es un santo de verdad. Un santiño de piedra...

Y la sonrisa se le hizo un poco irónica.

XI

Aquella misma tarde, buscando a Generosa la de Gondrame, mandó por ella un recado a Enrique. Y de noche, apenas acostada la señora Andrea y retirado a su cuarto don Jesusito, dejó los últimos trabajos sin hacer, desatrancó la puerta y salió al camino. Enrique estaba esperándola en el banco de piedra.

—¡Por fin!

Un rencor sordo, una ira largo tiempo sofocada en el pecho, le ahogaba la voz, y durante un gran rato le tuvo silencioso, sin dulzura siquiera en la expresión ni en el gesto. Adelaida, sentándose junto a él, explicó mimosa. Cierto que tenía razón para estar descontento. Pero no era suya la

culpa. De día, imposible verle, sabiendo cuánto a don Jesusito le disgustaba. De noche, no se atrevía.

—Es que no me quieres.

—¿Por qué no he de quererle? ¡Así usted me quisiera!...

Se quedó mirándole, a las luces imprecisas de la noche sin luna, sólo iluminada por las estrellas. Más que verle, le oía; aspiraba el olor de aquel cuerpo bien cuidado, de aquellos cabellos y aquel bigote como macerados en esencias. Cuando Enrique le acarició las manos con sus manos sedosas, Adelaida se oprimió contra él, insistiendo:

—¡Así usted me quisiera! Ya ve cómo, a pesar de mi miedo, me he atrevido

—¿Y va a acabarse el miedo para siempre? ¿Vas a salir a verme todas las noches?

—No, el miedo siempre lo tendré, no lo podré remediar. Ahora mismo estoy temblando y fría como una muerta. Mire...

De sumisa a las caricias del hombre, tomó la iniciativa, sujetándole las manos con las suyas, acercándoselas hasta las mejillas.

—Pero haré imposibles por salir. Usted ronde estos sitios, y, con tal que pueda, no le falto...

Enrique se sorprendió de la frialdad de mármol de aquella cara.

—¡Estás helada realmente!

Y le clavó los ojos en la sombra.

—¿Pero por qué? ¿Por qué este miedo? ¿Por qué esta sumisión a don Jesusito? ¿Qué eres verdaderamente de ese hombre?

No se ofendió Adelaida. Sonrió incluso, acariciándole nuevamente.

—No piense locuras. No sea malo, que no lo conoce aún.

Enrique, olvidado ya de todo, la atrajo hasta rozarle la cara con el sedeño bigote.

—Dame un beso, anda.

Adelaida se apartó un poco.

—¿Y va a quererme de verdad? ¿No es que viene tan sólo para reírse de una pobre?

—¡Yo reírme! ¡Yo reírme de ti! ¡No te conoces entonces! ¡No sabes entonces lo que vales!...

—Valdrán, si acaso, los ojos con que me mira.

Y ya, lejos de esquivarse, se apretaba contra él, y sus labios ardientes de no sabía qué sed muy honda, iban en busca de los labios de Enrique cual de la fuente divina donde aplacarla, cuando bruscamente se retiró, se echó hacia atrás, sobresaltada, como para esconderse. En la sala acababa de brillar una luz, y el camino y el banco se iluminaron intensamente. Si quien había encendido abría la ventana, era imposible que dejase de verlos. Adelaida explicó en voz baja, alterada:

—Debe de ser don Jesusito, que necesita algo. Me voy.

Enrique, un momento callado, rezongó furioso:

—Lo que necesita bien lo sé. ¡No había de ser cura!

Y viendo que la muchacha se levantaba, la sujetó casi rudamente.

—¡No te vas! Basta ya de miedos, basta de tiranías.

—¡Ay, voy, sí señor! No quiero que me vea, no quiero que mañana me pregunte.

—¿Pero, vuelvo a decirte, qué eres tú de don Jesusito?

Adelaida, dolida en el fondo del corazón del pensamiento calumnioso que respecto a aquel santo de hombre toda la noche sentía arder en el alma de Enrique, de Enrique de Aranga, acerca de cuyos deseos para con ella no podía engañarse, mientras don Jesusito era todo respeto y todo amor, verdadero amor, susurró grave y aleccionadora:

—Una infeliz que recogió en su casa cuando todos le cerraban las puertas y que no debe darle disgustos. Ya hice mal en salir, en desobedecerle...

Pero al mismo tiempo no le gustaba terminar así con Enrique, despedirse de él sin dejar una cita concertada, interrumpir indefinidamente y sin esperanzas de reanudarlo el coloquio gratísimo de la noche y la vaga y dulce emoción de aventura que aquello tenía.

—No puedo, de veras, estar aquí ni un momento más. Pero mire; mañana al serán pienso ir al molino, al molino de Bretoña. ¡Si me quiere aguardar! Y ahora déjeme, sea bueno.

Volvió a pasarle las manos por la cara, le acercó la suya como pidiéndole un beso, le besó ella misma rápidamente al ver que el enojo no cedía, y preguntó otra vez, con mimo:

—¿Me deja? ¿Queda contento?

—Enrique, encogiéndose rudamente de hombros, murmuró:

—Bueno. Mañana iré a Bretoña. Y a ver qué ocurre. A ver si don Jesusito va también allí a buscarte...

—Pues hasta mañana.

Y huyó, sin otra palabra ni volver la vista atrás. Ya dentro, cerró cautelosamente, y, con corazón agitado, llegó a la escalera. Escuchó. Allá arriba, al través del piso viejo, de castaño, sentía unas pisadas lentas, recorriendo lentamente la habitación. Procuró entonces hacer ruido, dar a entender que estaba en casa. Volvió a escuchar. Las pisadas ya no se oían. Sintió luego el rumor de un lecho que cruje, y palideció al no tener dudas de que era realmente don Jesús quien se había enterado de su desobediencia.

Temió a la reprimenda del día siguiente, esquivó el verle. A la hora de la comida le temblaba entre las manos la sopera. Pero don Jesusito nada le dijo, y se tranquilizó algo. Tal vez

no hubiera sido él quien encendió la luz de la sala. Tal vez, de serlo, no lo hiciese por haberla sentido. A la tarde, tranquila del todo, comenzó a prepararse para aquel viaje al molino, que la hacía feliz. Se lavó con agua fresca, de la que corría por el regato de la huerta, entre verdes cuchillos de espadaña y matas de menta, y era aromada como agua de San Juan; peinó, ahuecándolas, las crenchas color de cobre; se dió polvos, sonriendo de antemano a los requiebros de los mozos en el viaje de ida y a la mirada envidiosa de las mozas a la vuelta, cuando la viesen con tal galán compañero como el señorito de Aranga. Disponiendo ya el costal, llenándolo con impaciencia tal y tan alegre que el grano parecía cantar al deslizarse de sus dedos, se le acercó la señora Andrea, y le dijo en tono duro:

—Deja eso, que no vas tú al molino.

—¿Entonces?

—No vas. En esta casa no se quieren escándalos.

Adelaida sintió un tumulto de rebeldía en todo su ser.

—¿Porque usted lo manda?

Y se insolentó terriblemente.

—¡Miren quién me priva de ir al molino! ¡Miren la que viene a dar lecciones de buen comportamiento en las casas donde se está! ¿Pero usted, señora Andrea, cuida que si una calla es porque ignora la vida de los otros? Todo se sabe, y no es usted, porque sea vieja, quien puede privarle a una moza de divertirse honradamente. Antes de ser vieja fué moza también, y recordará que se divertía y no siempre como yo lo hago...

La señora Andrea se santiguaba escandalizada y temblorosa.

—¡Calla, mala lengua, calla! ¡Calla, mala ralea! ¿Qué tienes tú que decir de mí? ¿Qué tie-

nes que decir de mis mocedades? ¿Piensas que todas hemos sido de la misma conformidad? Pues has de saber que mi vida fué toda de trabajo y no me mimaban tanto como a ti te miman, ni disponía de tantos vagares y nada dentro de mi cuerpo trabajado me aguijoneaba para el mal... ¡Cedo te aguijonea a ti, criatura, y lástima me das, mira! Por eso no corro a decirle a don Jesusito cómo me estás tratando. Mas, para otra vez, si no estas canas, respeta a lo menos la casa donde comes el pan. Y de revolverte contra alguien, no te revuelvas contra mí, que yo en esta casa no mando nada. Quien ha dispuesto que no vayas tú al molino no he sido yo, sino quien manda en todos nosotros y no quiere escándalos mientras estés bajo su techo.

Adelaida, que había vuelto a seguir llenando el costal, se interrumpió palideciendo.

—¡Ah, fué don Jesús!...

Sinceramente entristecida unos momentos,

pronto aparentó resignarse. Bien, no iría al molino, ni saldría de noche tan temprano. Había, sin embargo, otras horas, cuando todos durmiesen. Enrique, al no verla en el sitio acordado, vendría seguramente después a rondarle la casa. Pero se encontró con que su cama estaba en el cuarto de la señora Andrea y no tardó en advertir, desesperada, la imposibilidad de burlar a guardiana de sueño tan ligero.

¿Qué pensaría de ella el señorito? ¿Sabría comprender que no era suya la culpa? ¡Si pudiese decírselo! Desgraciadamente, Generosa la de Gondrame, tan dispuesta siempre a complacerla en todo, a ningún momento aparecía ahora por la rectoral, y no tuvo por quién mandar a Enrique recado alguno. Entonces confió en el domingo, en verlo a la hora de misa. Era su esperanza única, su ilusión toda. Esperó el domingo con ansia ardiente, como la fiesta más grande y

más luminosa para su corazón. Y el domingo llegó al fin...

Pero la señora Andrea no se apartó en la iglesia de su lado, y, al salir detuvo al señorito, que, en efecto, allí estaba, con una mirada de hielo. Adelaida anduvo todo aquel día furiosa. Ni comer quiso, y, ya de noche, lloró de rabia, oyendo desde el lecho, hasta muy tarde, alegres cantos de mozos que volvían sin duda de hablar con sus mozas por aquellas aldeas dispersas.

XII

Bruscamente se animó la rectoral con un grupo de mozas y mozos que venían a tratar el asunto de una boda. Entre ellos descubrió Adelaida a Goros, el criado de la casa de Enrique, aquel bárbaro que, un día, encontrándola sola en el monte, tanto quiso abusar de su debilidad y su inocencia. Pero no le guardaba rencor. El recuerdo, sin serle grato, tampoco lo consideraba más desagradable que el de otro cualquier peligro sin responsabilidad para nadie y del cual la suerte la hubiese librado. Hasta bromeó con el mozo.

—¿Eres tú el que se casa?

Goros tuvo una amabilidad, una galantería.

—Yo aguardo por ti...

—Pues puedes sentarte para que te sea el aguardar más cómodo—indicó picaresca una de las mozas del acompañamiento.

Goros suspiró dolidamente.

—No deja de ser una pena.

Y una vieja que ayudaba en la cocina, sonrió aleccionadora:

—Sobre todo cuando se estuvo a punto de catarlo. No deben desaprovecharse las ocasiones, mi neno. Ahora bien ves que Adelaida no es la misma, y nada como el consejo que acaban de darte. Siempre ha sido triste trillar pan que no se ha de comer.

El mozo, por entre la fosca maraña de los cabellos ondeados y rubios, se rascó pensativamente la cabeza. Y a los ojos azules y a la faz entera asomó pronto como la lumbre de una inspiración.

—Bien se me alcanza, bien; que ya no es bo-

cado de pobre. Pudo haber sido para mí cuando era de mi igualdad. Pero ocurre lo que con el fruto apetitoso que no se cogió verde desde el camino. Al madurar, lo llevan al mercado, y es ya para los grandes señorones y los señores abades.

Mientras tal decía, miraba a Adelaida con una emoción llena tan sólo de respeto. La vieja, extendidas las manos mojadas por el agua de fregar, se acercó a darle un leve golpe, hombro contra hombro.

—¡O para algún señorito!

—O para algún señorito—aprobó ecléctico y convencido el mozo—. Ya sé por dónde va, señora Angustias. Los vi no hace mucho, sentados en el banco de ahí fuera. ¡Rayos con los señoritos, y qué suerte tienen!

La vieja volvió a reír, burlona.

—A veces no es tanta como ellos quisieran. Siempre hay inconvenientes en este pícaro mundo.

—¿Cuál es el inconveniente de Adelaida?

—Don Jesusito, que mira por ella como un padre y ya ni salir de casa la deja.

Y como Adelaida hiciese un mohín de enfado, se volvió a decirle que agradeciese a don Jesusito la amable bondad de defenderla incluso de sí misma. ¿Qué iba a ser de ella de otro modo? ¿Cómo no prenderse en las palabras engatusadoras de don Enrique? Pero Adelaida no desarrugaba el ceño y la vieja añadió:

—¿Es que ya lo estás? ¿Ya has comenzado a enredarte en las palabritas del señorito galán? Pues defiéndete todavía, criatura, que aún puede ser tiempo. A los milagros de Arealonga con el hechizo.

Adelaida, al oírla, levantó bruscamente la cabeza. ¡Los milagros de Arealonga! ¡La fiesta de más fama en el país y de la que, ya próxima, tanto estaba hablándose! En broma la invitaba la vieja a la romería ilustre. Pero una idea ful-

guró de pronto en su alma sagaz. ¿Quién, por la comarca adelante, en las grandes tribulaciones de su vida, dejaba de ofrecerse a la Virgen de aquel santuario? A la Virgen de Arealonga no se iba tan sólo para sacarse los demonios del cuerpo a la hora de misa, ni, en la noche anterior a la fiesta, defenderse de todo mal tomando al pie del templo, en la playa sagrada, las nueve ondas purificadoras. La Virgen de Arealonga tenía también otra clase de fieles. En busca de sus milagros, a ella acudían todos los que se vieron en peligro de muerte y todos los que estuvieron a punto de despedir para siempre a algún ser muy querido... ¿Y por qué no pudo ella ofrecerse cuando la enfermedad de su madre? ¿Qué importaba el no haber querido la santa salvarla para considerarse redimida de cumplir la ofrenda? ¿Cómo podía don Jesusito impedirle la realización del voto? Y no la detuvo el pensamiento de que la hiciese acompañar de la señora An-

drea. Ya encontraría la manera de burlar su vigilancia...

Mientras los demás hablaban ya de otros asuntos, del asunto de la boda que allí los traía, y de la fiesta de Sigrás, también cercana, Adelaida meditaba en las delicias de su peregrinación. A la Virgen de Arealonga, aun cuando las nueve ondas no se tomasen, había que ir de víspera para darle al ofrecimiento verdadera virtud. ¡Y qué cosas se contaban respecto a la noche en aquel sitio! Con tantos romeros y de tantas partes, no había tabernas ni pajares siquiera que bastasen a cobijarlos. No bastaban tampoco los cobertizos levantados, con tal misión, en torno al santuario. La enorme muchedumbre de gente sin albergue armaba zambra, divirtiendo de este modo primeramente la espera de la media noche y después la llegada del día. Hasta el día, por lo tanto, todo era bullicio y fiesta, todo risas y bailes y retozos de aquellos que su alma tanto apetecía,

sobre la playa suave y la templada arena de las dunas. ¡Oh, si pudiese avisar a Enrique! Y ya don Jesusito gritaba que subiese el grupo, y Adelaida, acompañándolo hasta la escalera, procuró detener un instante a Goros.

—Oye, Goriños, ¿Tú serías capaz de hacerme un favor?

—¡Si lo fueses tú tanto de hacérmelo a mí!

—Déjate de lerias. ¿Le llevarías un recado al señorito Enrique?

—Asegún. Asegún el recado fuese y lo que tú me dieras en pago...

—¿Yo? ¡Como no te dé una bofetada!

—¡Pues, por ser de tus manos, puede que me convenga! Dala a ver...

Le ofrecía el carrillo guiñando los ojos de tal manera, con tal lumbre ardiendo dentro, que Adelaida, más que darle la bofetada, le hizo una caricia, mientras decía suplicante:

—¡Anda, Goros! ¡Si vieras cuánto te iba a querer si se lo llevases.

El mozo, enrojeciendo hasta las sienes, le rodeó con un brazo la cintura. Adelaida se apartó bruscamente.

—¡Que pueden vernos, loco! ¡Que puede venir la señora Andrea!

Miró a un lado y otro, adelantó un instante el cuerpo hacia la puerta de la cocina y se volvió rápida.

—¡Te lo daré, te daré el beso, pero cuando no haya temor de que nos vea nadie, ¿quieres? ¿Le llevas el recado?...

—¡Condenadas! ¡Qué no conseguiréis de un hombre con esas artes! ¡A ver entonces! ¿Qué le digo?

—¿Pero se lo dices de veras?

—¡Así Dios me salve! ¡La palabra es palabra!

—Pues dile que no falte a las vísperas de Arealonga. Que yo, o poco he de poder, o allí acudo.

Y de tal manera lo afirmaba, con energía tal y tan honda, que el mozo, disponiéndose a subir las escaleras, comentó con voz envidiosa:

—Pues que pierda cuidado, que allí vas...

Adelaida pensó toda la noche en cómo realizar su plan. Y decidió que no tenía cara para hablarle del ofrecimiento a don Jesusito. Por el aire iba a conocerle la mentira. Pero, de no querer que se perdiese aquella ocasión insustituíble, era forzoso hacer algo y hacerlo cuanto antes. Entonces pensó en su tía Claudia. ¡Si la convenciese de que realmente se ofreció cuando la enfermedad de la madre! Don Jesús no podía negarse a dejarla ir con ella, y luego sólo faltaba por lograr el triunfo de que su tía se quedase. Y en tiempo de tantos quehaceres y con el camino tan largo hasta Arealonga, ¿sería muy difícil que la encomendase a alguna vecina? Tan pronto Claudia, de vuelta de uno de los frecuentes viajes que por entonces hacía a Iñán, pasó por el camino,

Adelaida la llamó y le dió cuenta de su ofrecimiento. Y era tan natural, cosa tan de buena hija, que no tuvo la menor duda. Habló, en efecto, con don Jesusito y consiguió la licencia. Pero lo que Adelaida no pudo lograr fué dejar a su tía en Amoedo. La Laberca, viendo al cura receloso de aquel viaje, de aquella romería con tanta fama por sus milagros como por su perdición, había prometido impetuosamente:

—¡No piense que va a ir sola, don Jesusito! No pase cuidado por lo que ocurrirle pueda. Va conmigo, que soy su tía.

Y aun añadió con mayor ímpetu y una vaga emoción de complicidad:

—Y le doy mi palabra de que va tan segura como con usted.

XIII

La gente con quien Adelaida había hecho el camino dió término a la jornada en una taberna de la aldea de Ramilde, a cuya parroquia pertenecía el santuario. Allí había aún lechos disponibles, y a nadie, ni siquiera a los que pensaban tomar de noche las ondas de la purificación, les vendrían mal unas horas de reposo.

Por el camino, apartándose de sus compañeros, la sobrina y la tía habían venido hablando.

—¿Y qué? ¿Qué me cuentas entonces?

Como la muchacha callase, la vieja prosiguió parlera y afable:

—Supongo que con tu tía no tendrás reparos,

y ya veo que al fin seguiste mis consejos, cuando don Jesusito tanto te cela y te guarda. Así y todo, considero mi deber de pariente, la más allegada que en el mundo te queda, aconsejarte todavía, criatura. Sé que has hablado de nuevo con el señorito, y no debes hacerlo más. Si un poco de celos siempre sazona estos asuntos, el insistir en darlos pudiera ser mala cosa. Fíjate en que don Jesusito, a pesar de sus finas prendas, no es un mozo propiamente. Es un señor sacerdote y has de saber que a estos señores no sólo convienen las mozas calladas, sino las mozas de recato. Celarlas pueden hacerlo un día, pero a la larga les asusta y es natural. Y yo he advertido que don Jesusito no tiene en ti la menor confianza. ¡Si vieras con qué cara dió el permiso para este viaje! Gracias a que yo venía contigo, si no, seguro que no lo consiente...

Adelaida siguió un rato silenciosa; pero de pronto levantó hacia la Laberca los ojos sinceros.

—Mi tía...

—¿Qué, paloma?

—¿Y si usted supiese que a don Jesusito le importo tanto como la primer camisa que vistió? Me cela y me guarda dice usted. Guardará, no lo niega, pero tan sólo por guardar el respeto de su casa.

—¿Qué dices, criatura?—preguntó la Laberca deteniéndose y casi sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Lo que usted oye. Don Jesusito, a pesar de cuanto usted se piensa, no es un cura como los demás. Mozas, mi tía, no las quiere...

Calló un instante, se turbó profundamente y murmuró en voz quejosa:

—¡A lo menos no me quiere a mí!...

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Cómo quiere que lo sepa, mi tía! Desde la tarde en que usted me habló dejé de parrafear con el señorito y con los mozos, y miré a

don Jesús como al mozo más de mi gusto. Y en vez de bajarme la ropa de los brazos, pues me la subía al verlo, y, como quien no quiere la cosa, le acercaba la cara y el cuerpo a cada instante. Y nada, mi tía, nada. Es un santo. Ya ve que no hago mal ninguno en hablar con quien tenga otros ojos para mí.

Segura de ver presentarse dentro de poco al señorito Enrique, a la vez que desengañaba a la Laberca, iba arrimando el ascua hacia su verdadero afán. Pero la Laberca, tan aturdida al comenzar la moza el informe, suspiró de pronto, como aliviada de un gran peso.

—¡Vamos! Ahora parece que comienzo a comprender. Hiciste todo eso que me cuentas, y don Jesús no quiso enterarse y tú, ofendida, volviste a hablar con don Enrique. ¡Ah, mocedad, mocedad, y cómo confundes los caminos y de qué modo a veces te apartas tú misma del de la venturanza! ¿Te he dado yo tan sólo esos consejos que por

lo visto supiste seguir acertadamente? ¿Es que piensas tú que don Jesusito iba a mostrarte todo su sentir tan pronto le parecieses propicia a escuchárselo? ¿Y si se engañaba? ¿Y si todo eso no era cariñiño ni ganas de agradarle, sino tan sólo inocencia tuya y luego salías gritando que quiso abusar de ti?... No, don Jesusito no es verdaderamente como los otros curas del contorno. Es de esa clase de sacerdotes con los cuales han de proceder las mujeres como suelen con ellas los hombres: venciendo, a fuerza de cariño y de artes, su natural rubor. Tienes que no desconfiar, Adelaida, y, aunque te cueste trabajo, acuérdate de todo lo que te aconsejé un día y pon en práctica todo ese plan.

—¿Y si le dijese que ya lo he puesto?

—¿Cómo?

—Sí, señora. Ya todo lo hice. Todo y acaso algo más de cuanto usted me aconsejó entonces.

—¿Procuraste presentarte a él con la chambra desabrochada?

—Sí, señora.

—¿Mismo cuando estabais solos?

—Sí, señora, sí.

—¿Mostrando bien la garganta al desnudo y el comienzo de los escondidos tesoros de tu carne?

—Sí, señora...

—¿Y de este modo te acercaste a él siempre que te llamaba?

—Y hasta sin llamarme muchas veces.

—¡Y no te hizo caso!

—Ninguno; no, señora.

—Pero no apelarías al gran recurso.

—Sí, señora, que apelé. Dejé la camisa sin el botón y corté la hebra con mis dientes poniéndole bien la cara a par de sus labios, y hasta tuve valor para decirle por qué tenía tanta prisa y por qué llevaba una vida tan triste, no faltán-

dole al alcance de su mano cuanto apeteciera para alegrarla un poco...

—¿Y no se quedó? ¡Y no te dijo nada!

—No, señora.

La Laberca, un instante en silencio, suspiró al cabo con suspirar profundo y sentido.

—¡Vaya por Dios, también! ¡Pero entonces don Jesusito es de veras un santo, más santo aún de todo lo que se dice!...

—Yo por tal lo tengo, mi tía...

Anduvo la Laberca otro trecho de camino pensativa y silenciosa, hasta que al fin levantó al viento la cabeza en un gesto como de rebeldía y desafío.

—Pues yo no creo en los santos con quienes se puede hablar por la calle. Fuera de las iglesias, fuera de los altares, no hay santos. ¡Y aunque los hubiese! Ya te dije un día que ninguna santidad resiste a la promesa de unos brazos tan dulces como los tuyos. Más que el vino, te dije

también, emborracha a los hombres la mocedad de una mujer amante... Y ocurre, por lo visto, que don Jesusito tiene la cabeza fuerte. Resiste, resiste el vino el condenado. ¡Pero ha de caer o pierdo el nombre que llevo! ¡Que al celarte cela el respeto de su casa! ¡No, paloma, no! Te cela a ti... Conozco a los hombres, y en la expresión de su cara y el temblor de su acento al tratarse de tu viaje a este sitio, comprendí que roncaban en aquel pecho verdaderos celos, celos de un hombre como todos los demás. Y tú hazme caso, sobre todo en una recomendación que te tengo hecha. No hables con ningún otro. Muéstrale bien que para ti fuera de él no hay nadie, y aguarda tranquila.

Ajustadas ya las camas en Ramilde, las dos mujeres se asomaron al portal para distraer la espera larga. Aún temprano, por todos los caminos seguían llegando romeros. Comprometidas ya todas las camas, alquilado el pajar y hasta el

piso, muchos seguían en dirección del santuario, a buscar los cobertizos generosos. Pero otros muchos, rendidos por la fatigosa caminata, preferían hacer alto en aquel lugar, donde había un soto con su blando césped y estaba cerca la taberna con su providente vino.

A veces, entre los grupos venía un ciego, uno de esos ciegos romanceadores que, puesta la mano en el hombro de su criada, aún garrida y moza, recorren las romerías. Y ya descansada la gente que llevaba allí algún tiempo y lejana aún la ceremonia de media noche, no tardaron en utilizarse panderos y violines para organizar un baile delante de la taberna, en el soto de robles venerables que el crepúsculo iluminaba con su dulce luz.

Era bello el paraje y bella la fiesta. Gemían los violines de los ciegos y cantaban las panderetas alegres de las mozas. El mar, aquel rudo mar de costa que bramaba a lo lejos, ponía en el concierto su fuerte voz, y, como presidiéndolo todo,

erguía hacia lo alto el santuario su silueta augusta.

Sentada a distancia, en uno de los bancos de piedra adosados a la fachada de la casa donde iba a dormir, Adelaida contemplaba todo aquello con expresión soñadora, expresión que cambiaba por otra de ansiedad al ver acercarse más grupos y sentir nuevos pasos en la lejanía. Advirtiéndolo la Laberca, murmuró de pronto con arisca alarma:

—¡Parece que esperas a alguien!

—¡A quién voy a esperar! Yo no diré que, de un momento a otro, no pueda aparecer algún conocido; pero esperar, a nadie espero.

—¡Uy, qué demonio! A ver si estuve hasta ahora predicándole a sordos y lo que tú consideras santidad de don Jesusito es tan sólo la prudencia de un hombre para quien todo lo tienes de cristal.

Y ya indignada, furiosa a la idea que acababa de ocurrírsele, clamó sibilíticamente:

—Pues si eso de estar ofrecida es un cuento y viniste tan sólo para lo que me magino, te vas a llevar chasco. ¡Abofé que te lo vas a llevar! Tal vez no lo merezcas, me lo voy temiendo; pero eres de mi sangre y yo, mientras pueda, he de defender tu felicidad con dientes y uñas.

Apenas había acabado de hablar, cuando un perro de perdices vino corriendo hasta Adelaida. La Laberca sonrió con sonrisa aviesa. Perro de casa rica sin duda, perro de sociedad, fino y habituado a las finuras, no cometería la falta de mundo de saludar tan atentamente a una desconocida. Era, por lo tanto, de Sigrás. Era, al menos, de las inmediaciones de Sigrás. Y, en efecto, no tardó en asomar, por entre los robles del soto, un cazador en cuyo porte ya descubrió la Laberca al señorito de Aranga. Entonces su sonrisa se hizo más aviesa, más torva.

—¡Ah, vamos! ¡Aquí está ya el santo a quien

venías ofrecida! ¡Hasta con su can, como el divino San Roque! Pues mi pobre santiño, ¡como no tenga esta tarde otras devotas que le recen!

XIV

El señorito, que creía conocer perfectamente a la Laberca, adelantó lleno de optimismo y confianza. Pero la Laberca apenas si contestó a su saludo, y al cabo de un instante ya estaba levantándose y diciendo a Adelaida:

—Vamos a ver si nos acostamos, que es preciso madrugar mucho.

Afortunadamente para Enrique, la presencia del cantero de Gondar, que se acercaba trabajosamente sobre sus muletas, las detuvo un rato.

—¡Salud a la buena gente!

—¡Hola, señor Artemio! ¡También por aquí!...

—También. Este año, por lo visto, Arealonga es casi para los de Sigrás.

—Sí—murmuró sordamente la Laberca—; unos por la fiesta, otros por la caza... Pero los cazadores me parece que perdieron el viaje. Andan las perdices muy espantadas en este tiempo...

Segura de que el dardo no habría errado la dirección, se apresuró a ponerse a salvo de la respuesta, dirigiéndose afectuosamente al tullido:

—¿Y usted, señor Artemio? ¡A hacer, naturalmente, por la vida! Tiene razón. Pocas fiestas sin duda como la de Arealonga para las caridades.

El tullido tuvo un desdén señoril hacia las caridades que en semejante sitio se pudieran cosechar. No era que despreciase la caridad de los romeros de Arealonga. ¡Bendita la caridad fuese donde quiera que ella se encontrara! Pero, venturosamente, el señor Artemio no estaba en necesidad de pedir por las romerías y por las ferias como

los mendigantes desgraciados. El era un mendigante de la ciudad, donde tenía su buena y segura parroquia. Si allí lo encontraban, la cosa obedecía a muy diferente motivo que al de venir buscando trabajo.

—¿Viene ofrecido entonces?

Y la Laberca, ya demasiado seria para lo que su carácter consentía, rompió a reír.

—¿Es que a su edad todavía lo tientan los demonios, señor Artemio?

El señor Artemio movió la cabeza melancólicamente. No, por desgracia. Lo veían tan viejo ya, tan acabado, que ni esa atención tenían siquiera.

Pero avanzó sus muletas hasta dar un leve empellón a la Laberca.

—Ya que eres vecina y amiga y aun algo parienta, no te lo quiero negar. Vengo realmente por los verdaderos demonios de Arealonga, por las mozas que toman las nueve ondas a media noche...

—¿Y qué puede esperar de ellas un velloucán como usted?

—Nada, desgraciadamente. Pero es cosa que nunca he visto y no quería morirme sin verla. Vosotras, como no leedes papeles, no saberéis lo que el de la ciudad contaba recientemente. Yo sí los leo en los descansos de mi trabajo de pedir, y el otro día he leído que ninguna fiesta tan digna de ser visitada por el turista como esta de Arealonga. Ahí está la razón de mi viaje. Ahora que ni saberedes siquiera lo que es un turista. Sólo lo sabrá, si acaso, don Enrique.

¡Pero bueno estaba don Enrique para prestar atención a los dichos del cantero! Mientras éste entretenía a la Laberca, pudo cruzar la palabra con Adelaida y al instante vió deshecha aquella esperanza tan grande y luminosa que todo el día lo trajo alegre, cantando por los campos. ¡Deshecha, aventada completamente! La moza, mirándole con ojos llenos de una tristeza desesperada, había podido decirle:

—Siento la molestia que le he hecho tomar, pero ya ve. Mi tía se ha maliciado que venía por verlo, ¡y cómo se puso! ¡Virgen de Arealonga, cómo se puso! Y ya la ha oído. Dentro de nada estaremos acostándonos, y sé que no me deja un instante sola antes de llegar a Sigrás. Todos son contra nosotros, señorito...

El señorito se mordió fuertemente el labio inferior.

—¿Y cuándo vuelvo a verte?

—¡Yo qué sé!

—¡Pues esto ya es demás! ¡Y van a acabar por conseguir que yo haga cualquier locura! ¿Tú no quieres hablar conmigo?

—¡Qué más puedo querer! Pero ya ve lo vigilada que ando.

Mirándola severamente estaba a lo lejos su tía, y se despidió casi con lágrimas.

—¡Adiós, señorito!

En aquel instante un ciego y su criada plantá-

ronse ante Adelaida y Enrique y pronto dió comienzo la copla. Era la criada quien la cernía al través de sus labios sonrientes, habituados a las malicias y los donaires. Pero cuando el ciego recadó el violín para secundarla, el señorito, arrojando unas monedas al pandero de la moza, dijo que no estaba para canciones y se dirigió gravemente a la Laberca:

—¿Por qué no dejas a Adelaida hablar un instante conmigo? ¿Qué mal te he hecho yo?

—Ninguno. Mas por la misma razón me perdonará que no lo sirva en esto. No quiero ponerlo en el trance de que me lo haga...

—¿Tan mala idea tienes de mi?

—¡Mala idea! ¡Ay, no, señor; Dios me libre! ¡La mejor del mundo! Y ahí está, señorito. Por juzgarle de ese modo, no quiero que mi sobrina frecuente su trato. Puede llegar a tener de usted la misma idea que su tía, y es moza, y con la falta de reflexión de los pocos años puede olvi-

darse de que usted es mucho para ella. De modo que, sin verdaderamente proponérselo, como haría una persona mala, ya ve que puede causarme mal. Y espero de su gran sabiduría el perdón para esto de querer evitarlo...

—¡Sabiduría, por lo visto, la tuya!...

—Favor que usted me hace, señorito.

Se alejó la Laberca, sin otra palabra, después de echar a Adelaida por delante y con el tullido de Gondar renqueando las muletas a su lado. Enrique no se movió del sitio, lleno de ira el corazón, inflamada en ideas de venganza la cabeza. A la puerta de la taberna, el señor Artemio, tan interesado siempre por la suerte de Adelaida y que nada del suceso con Enrique había advertido, dió salida a un pensamiento que estaba ocurriéndosele y que juzgaba de gran utilidad. Para aquello precisamente venía acompañándolas.

—¿No vos fijástedes? Una copla solamente que la moza del ciego cantó, y lo menos ocho rea-

les que el señorito Enrique dejó caer en su pandereta. Pues tanta gracia para las coplas como la criada del ciego de Anduiña siempre se me figuró a mí que la tendería esta Adelaida que me está escuchado. Yo a su madre, que de Dios goce, siempre le aconsejé de ponerla a criada de ciego. Pero ella, con tanto como el señorío le tira, quiso mejor ser criada de abade. Allá ella, entonces. Quiera Dios que haga su suerte. Mas, para mí, su suerte verdadera estaba en lo otro. Unos cuantos años a cantar por los caminos al lado de un buen ciego, de un ciego como el de Anduiña, que no deja de haberlos, y hasta podería retirarse con posibles para hacer su casa y llevar la vejez de una reina. Ser ama de abade en estas épocas no vos pensedes que es un gran acomodo, y Dios quiera aún que la rapaza acabe de criada de ciego.

Calló el tullido, y la Laberca lanzó al viento un suspiro trinado.

—Pues por ella, señor Artemio, no acabaría

en eso, no. Acabaría tan sólo en irrisión de todo el mundo y sin haber ya quien le diese los ocho reales por cosa ninguna. ¡Ay, si no tuviese una tía a quien su porvenir interesa tanto!

XV

Don Jesusito, después de haber dado licencia para aquella visita al santuario famoso, se sintió invadido de una extraña inquietud. No le inspiraba confianza alguna la tía de Adelaida y era demasiado sospechosa la fama de la romería. Después, encontrando, camino de la iglesia, a doña Cristina de Aranga con su habitual brazada de flores de los sábados, tuvo un motivo más concreto de alarma. Cortésmente le preguntó por Enrique, y Enrique había salido muy temprano, con la escopeta y el perro.

—No sé hacia dónde, pero me dijo que tal vez esta noche no viniese a casa.

Don Jesusito pensó en el acto que, con la dis-

culpa de la caza, a donde Enrique había ido era a Arealonga, en cita tal vez convenida con Adelaida, convenida al menos con la "laberca" de su tía.

No supo entonces qué pasó por él, y más tarde le fué imposible dormir la siesta. Un calor como nunca había sentido, un verdadero calor de brasas debajo de su cuerpo, le hacía creerse en la cama como sobre las parrillas del tormento. Al fin se levantó, y, vestido para la calle, quiso alejar zozobras echando un vistazo al templo, a las tierras del iglesiario. Imposible. La idea de Arealonga, de los escándalos de aquella noche en la playa del santuario, no se le iba del pensamiento.

Otra idea, por último, comenzó a enseñorearse de su ser.

—¿Y si yo impidiese ese escarnio?

Apenas concebida, ya la idea se alzaba impetuosa, dominadora.

—Realmente es una obligación que tengo. Aunque no se tratase de mi recogida, de esa pobre criatura confiada a mí. Ninguna de mis feligresas debiera yo dejar hundirse a sabiendas en el pecado...

¿Pero cómo podía un sacerdote profanar sus hábitos acudiendo a la playa pecadora? ¿Qué se pensaría de quien tal hiciese? ¿Cómo decirle a todo el mundo cuál era el verdadero motivo del viaje? Comenzaba a anochecer. Y don Jesusito pensó que, apenas alejado de Sigrás, ya habría oscurecido totalmente. Por lo tanto, dejando en casa los hábitos sacerdotales, nadie le reconocería en la noche todavía sin luna. Con impaciencia nerviosa se despojó de la sotana, y el recuerdo de las artes de Enrique le dió la disculpa, la inspiración.

—Me llevaré la escopeta.

Salió, diciendo ambiguamente al ama, no que iba a cazar patos, sino que los patos abundaban

aquellas noches en la laguna de Iñán. Añadió que tal vez tardase y apresuró el paso, con miedo a las posibles indiscreciones, a las preguntas de difícil respuesta. Atravesando el corral, la vaca que se recogía al establo vino a lamerle la diestra, y el cerdo, no obstante su obesidad y el ver que don Jesusito iba de caza, manifestó la decidida resolución de acompañarlo. Don Jesusito, ya en el camino, intentó disuadirlo de su propósito.

—Déjate de tonterías, hermanito, y anda para el corral. No debiera tal vez haberlas, pero aún hay clases, y ningún cazador que se estime puede dejarse acompañar de un cerdo.

Terco el animal, siguió un gran trecho detrás de don Jesusito. Afortunadamente, del muro de la huerta saltó desolado el *Capitán*, y lo ahuyentó a ladridos. Después, muy campante, se puso a par de su amo, quien le dirigió la palabra con cierta severidad:

—Supongo, barbarote, que no le habrás mordido. Ya sabes que eso no me gusta.

El perro miró a don Jesusito como diciéndole:

—¿Pero qué se cree usted de mí? ¿No sé yo entonces que, por no contrariarlo, sería capaz de llevárselo realmente consigo? ¿No sé, esto aparte, que para un cazador como usted, a quien por miedo de matar la pieza tanto tiembla la mano, es igual compañero un perro de perdices que un cerdo cebado? Tranquilícese, don Jesusito. Le he dado un susto, pero nada más. Y si no fuese tan cerdo, si tuviese un poquito de inteligencia, ni se iba ni siquiera se asustaba.

Lejos ya de Sigrás, don Jesusito, con miedo a llegar tarde, apresuró el paso. Pronto, en la pantalla obscura del cielo, comenzó a anunciarse la luna. ¿Qué hora sería? Cuando llegó a Ramilde, aún la luna apenas si asomaba un ojo por detrás de los montes. ¿Pasaría ya de la media noche? Sobre el camino las luces de la taberna proyectaban una gran claridad, y don Jesusito no pudo

dejar de detenerse con un temblor angustiado en el corazón. Entre aquella claridad descubría, fuertemente iluminada, la silueta inconfundible de Enrique.

¿Estaría esperando a la huérfana para acompañarla a la playa pecadora? ¿Terminado el rito satánico vendría de dejarla en la taberna no menos execrable? ¿Qué hora sería realmente? Y suspiró con un vago consuelo don Jesusito. No era más de la media noche y llegaba tal vez a tiempo. Acababa de recordar que, aún dos días antes, había visto salir la luna a las once.

Y ya daba un paso más tranquilo, más consolado hacia adelante, cuando Enrique, todavía desde lejos, le saludó irónico.

—¡También por estos sitios, don Jesús!

—También, no puedo negártelo.

—¡Y a estas horas!

—A estas horas.

—¡Curioso! Si no le molestase mucho una pregunta...

—¿Qué vas a preguntarme? ¿Por qué estoy aquí a estas horas?

—¡Exacto! ¡A estas horas en Arealonga y casi disfrazado un señor sacerdote! ¡Verdaderamente es para intrigarse, don Jesusito!

Seguía Enrique de Aranga sonriendo con torva sonrisa y como gozándose en el trastorno de aquel hombre. Don Jesusito explicó con su honrada franqueza y su dulzura habitual:

—Pues sencillamente porque soy un sacerdote estoy aquí y de esta manera.

—No lo entiendo.

—Es que no querrás entenderlo, Enrique. Pero yo tengo una cuenta muy estrecha que dar a Dios. Apacento uno de sus rebaños y estoy obligado a responder sobre todo de las ovejitas indefensas.

Se interrumpió para mirar con nobleza a Enrique y preguntarle si entonces le entendía. Enrique, por su parte, ya difícilmente lograba contenerse en los límites de la consideración y el respeto. Unos

celos terribles desde que vió a don Jesusito por las inmediaciones de Arealonga, estaban mordiéndole terriblemente el corazón. ¿Qué buscaba en tales lugares aquel hombre, sino a la moza contra su voluntad escapada de casa? ¿Cómo atreverse a tanto, de no estar también celoso y ciego por su pasión? ¿Y qué justificaría tales celos y el creerse con derecho tal sobre la moza, como no fuera el recuerdo de sus sabrosas complacencias y el temor de que a otro pudiese otorgárselas? Realmente, todo en su conceptó podía esperarse de Adelaida, todo. Que fuese en casa de don Jesusito sumisa a las torpes exigencias del amo y que, al mismo tiempo, no le desagradara hablar con otro, prometerle cosas...

Y sonrió más torvo, más avieso.

—¡Ovejas, don Jesús! ¡Ovejas las mujeres a quienes un cura, perdiendo el respeto a sus hábitos, tiene que recadar de este modo! ¡Cabras, si acaso!

Don Jesusito se sintió palidecer, pero aún pudo dominarse.

—De cualquier manera, seres todo inocencia y todo instintos. Seres desgraciados que no saben dónde está el peligro, y es necesario defender.

Y callado de nuevo y mudo ya Enrique, la dura palabra seguía ahincándosele en el alma dolorosamente. ¡Cabra aquella criatura que tantas veces había visto delante de él como avergonzada de su carácter vacilante y ligero! ¡Cabra aquella almita que se propuso no sólo salvar de la miseria sino de la perdición, y que, a pesar de la tiranía de la carne pecadora, hasta la llegada de Enrique había ido dejando moldearse entre sus manos toscas tal vez, pero guiadas por la más pura y santa de las intenciones! ¡Ah, si no fueran los enemigos de la gran obra de caridad! Si no existiesen espíritus protervos empeñados en perderla, ¡cómo tal vez hubiese acertado a conducirla hasta el puerto seguro!

Y, cual la tarde en que decidió darle asilo dentro de su misma casa, ya nada importaba a don Jesusito lo que las gentes pensasen de su buena acción. Tenía que sacar a Adelaida de aquel sitio. Criatura tan en riesgo de perderse, era casi un crimen la cobardía de dejarla expuesta a las tentaciones de la noche, a las de la fiesta, a las de la vuelta a Sigrás por tales y tan largos caminos, entregada únicamente a la vigilancia irrisoria de su tía. ¡Que Enrique le juzgase como quisiera! Y levantó hacia aquel hombre los ojos y su voz, tan humilde siempre, volvió a tener una energía grande.

—¿Dónde está Adelaida?

El señorito gritó furioso, perdida en absoluto la continencia y el respeto:

—Búsquela, ya que tanto le importa, don Jesusito...

—La buscaré, sí, que realmente me importa mucho. No creas ofenderme con esas palabras.

Entró resueltamente en la taberna, y Enrique le vió salir al poco tiempo y tomar la dirección de la playa. Allá iba, a encontrar a la moza, a increparla por su mal comportamiento, a arrastrarla hacia el lecho sacrílego de donde, por vez primera, faltaba la alegría de sus encantos. ¡Y aquél era el sacerdote tenido por tan candoroso y tan bueno en toda la comarca!

Le llamó cínico, le llamó hipócrita. ¡Hipócrita y cínico, que con su cara de santito engañaba tan arteramente a todo el mundo! ¡Ah, si la aventura de aquella noche llegase a conocimiento de la gente! ¡Si el obispo de la diócesis, tan recto y tan justiciero, supiese que el cura de Sigrás andaba por los caminos, sin sotana ni cosa alguna que recordase al sacerdote, preguntando descaradamente dónde estaba su coima!

XVI

La playa, tendida a los pies del santuario, era enorme, de arena finísima, tan fina y apretada por el paso del mar en la alta marea, que al pisarla parecía pisarse el duro suelo de un salón. Limitada por un acantilado ingente, tenía, aquí y allá, grutas hondas, de forma tan perfecta como el interior de un ábside; aquí y allá erguíanse de la arena peñascales altos y esbeltos, aisladas agujas de granito y foscas masas de piedra, hendidas a veces como por la espada de un titán. Iba a caer la media noche. No había luna; pero el ambiente estaba en calma y las estrellas reflejaban sus luces sobre el mar tranquilo, que sólo a ras de la playa parecía tener vida y rumores, arro-

llando sus grandes olas vítreas y verdes, extrañamente iluminadas por una fosforescencia vivísima, y extendiendo sobre la arena una larga lámina de agua festoneada de espuma.

Era casi la media noche y veíase en la playa mucha gente ya, mujeres sobre todo, acurrucadas, en espera de la hora, al amparo de las grutas y en los caminos de entre los peñascos. A lo lejos, cerca del mar, había otros grupos, de los cuales sólo la confusa masa podía percibirse. En todo el largo playal las devotas, aun cuando nunca se hubiesen visto, dábanse amistosa cuenta de sus afanes. Y las voces rimaban a maravilla con el carácter de la ceremonia pronta a celebrarse y la fiesta del día siguiente. Una de aquellas mujeres preguntó:

—¿Y dice usted que la rapaza ya vino el año pasado?

Otra voz, también de mujer y de anciana, respondió suspirante:

—Vino, sí, señora, vino. Cuatro hace que viene...

—¿Y no consiguió librarse de esa plaga que tan mirrada la trae y tan triste?

—Es mala plaga la de los demonios cuando entran en el cuerpo de una infeliz.

—¿Sabe siquiera quién se la ha echado?

—Si lo supiese puede que a estas horas no alentara. Pero el hechizo se lo dieron en vino, en una romería, y confío en que no sea cosa mortal y la moza pueda quedar libre. De nueve demonios que tenía, siete ya la dejaron en paz, ya los ha visto correr delante de ella en otra fiesta como la de mañana.

—Sólo le quedan dos, entonces.

—Dos, sí señora. Pero dos que son malísimos de salir. En el primer año, salieron los otros siete, y en tres años, no ha salido ninguno. Mas nosotras no descansamos, no perdemos fiesta, y, al fin han de marcharse.

—¿Y este tardar, a qué será debido?

—¡Ay, señora! Es que uno de los dos malditos demonios es sordo y no oye el conjuro, y el otro fué fraile y sabe tanto o más que quien lo exorcisa.

Hubo un silencio, no turbado por rumor alguno. Un viento de superstición recorría los ámbitos, metiéndose en todos los corazones y como dándoles a comulgar su esencia. La voz que acababa de hablar preguntó tras el silencio:

—¿Y su moza, viene también ofrecida? Ya lo comprendí al verla. Es de esas que, por garridas y lozanas, tanto atraen la ponzoña de los corazones envidiosos y acaban presas de este mal cativo.

—¡Ay, no señora, no! Hasta el presente, y en buen hora lo diga, ningún corazón envidioso ha pretendido hacerle mal.

—¡Qué consuelo para una madre!

—Y para una tía, que tal es mi parentesco con la moza.

—Lo que no atino, sabido esto, es a qué viene.

—Tan sólo de romería, por cumplir una promesa que hizo viendo a su madre en trance de muerte.

Suspiró, casi envidiosa, la voz de la anciana.

—Entonces, felices de ustedes, ni tomará las nueve ondas.

La otra voz se hizo sombría. No obstante la oscuridad de la noche, pareció salir de los ojos de aquella mujer así como un relámpago de miedo y de odio, que buscaba a alguien.

—Tomará, sí, señora. Por eso ha venido a la playa y ahí está esperando. Las tomará para que la preserven de todo maleficio. Porque no hay maleficio tan solo en las cosas de beber y de comer. Lo hay también, y acaso más dañino, en palabras y miradas...

—¡Qué razón tiene! ¡En miradas y palabras! ¡Palabras de bruja que sabe conjuros! ¡Miradas de mujer envidiosa! ¡No hay nada más malo!

—Hay. Para una moza hay algo todavía peor. Hay miradas y palabras de hombre...

Y añadió, reconcentrada, como si sólo hablase consigo misma:

—¡De ciertos hombres! ¡De hombres que, sean cuales sean las vueltas del mundo, no pueden ser para ellas otra cosa que su perdición.

Callaron las voces, presintiendo cerca la hora solemne. Ya las sombras por todas partes acurrucadas, inmóviles en los mantos que las envolvían, parecieron estremecerse. Y la hora sonó. No la anunciaron las campanas de la iglesia ni ningún cohete rasgando los aires. Fué tan sólo un tumulto súbito y violento por la playa entera. Inmediatamente todos los grupos estaban cerca del agua y algunas sombras dentro ya. Comenzaron a oírse luego gritos de las que se metían, alaridos de sus deudos obligándolas a no salirse, contando las ondas.

—¡Va una!

—¡Van dos!

Entre los grupos, una mujer destacó prodigiosamente. Blanca y fina, se había inmovilizado en actitud hierática. Conmovida por la solemnidad del rito, el rostro, al recoger la escasa luz de la luna, la de las estrellas lejanas, la de todas las claridades errantes en la noche, brillaba pálido como el de una muerta. Aún indecisa al borde del agua, oyó de pronto una voz acuciante.

—¡Qué se hace tarde, criatura! ¡Que se va a pasar la hora!

Lánguidamente dejó caer el manto a sus plantas y velada sólo por una tenue camisa, adelantó serena y leve. Poco después las ondas se apoderaron de ella y al levantarse brilló su cuerpo blanco y desnudo, cubierto apenas por los velos de la penumbra nocturnal. Entonces la voz de antes sonó pesarosa:

—¡Que no te viera ahora quien yo me sé!

Ya acababa la ceremonia, y comenzando la

blanca figura a vestirse, se sintió a lo lejos un rumor de risas, de gritos, de carreras... Los mozos de las aldeas vecinas habían dado, seguramente, con algún grupo de mozas aún desnudas, guardadas tan sólo por el genio arisco de algunas viejas, y aquel rincón de la playa debía ser teatro de escenas como las que hicieron acaso a la antigüedad pagana concebir el mito de los sátiros y las ninfas. Pero de pronto, más cerca, he aquí otro grito, angustiado y verdaderamente lastimero.

—¡Adelaida! ¡Adelaida!

La muchacha se levantó vivamente.

—¡Don Jesusito!

Tembló, disponiéndose a escuchar al sacerdote, que también temblaba.

—¡Qué disgusto, criatura, encontrarte de esta manera! ¡Qué disgusto el que me engañases y no haya sido una ofrenda piadosa la causa de tu peregrinación! Afortunadamente parece que he lle-

gado aún a tiempo de evitar los males mayores. Aún la turba de sátiros está lejos y el que más pudiera inquietarme tal vez no se atreva ya a venir... Pero de todos modos está mal, muy mal lo que has hecho, Adelaida.

Conforme hablaba, la voz, tan trémula al principio, se había ido afirmando, pero adquiriendo también la habitual dulzura. Y dulcemente ya, suplicó:

—Si algo me estimas, hazme ahora un favor muy grande. Dime la verdad sobre el ofrecimiento de que tu tía me ha hablado. No habiéndolo hecho, siendo tan sólo una disculpa, yo te perdono; pero no quisiera dejarte aquí. Quisiera llevarte a casa hoy mismo. Le temo a la noche de Arealonga, le temo a la fiesta de mañana

Y fué la Laberca quien respondió.

—No pase cuidados, don Jesusito. Aunque no se trate de una disculpa, la moza se va con usted, no faltaba otra cosa. Si de verdad se ha ofrecido, puede volver otro año.

Con mano alegre, le anudó el pañuelo, la ayudó a acabar de vestirse, lamentando otra vez que don Jesusito no hubiese llegado un poco antes, a tiempo de verla en el agua desnuda y magnífica. Y ya iniciado el retorno, llena de rencores hacia aquella criatura, al lado de la cual don Jesusito caminaba tan contento, iba rezongando un poco atrás y como al son de la marcha:

—¡Tola, tolainas, que no acabas de ver tu bien!

XVII

Cuando llegaron a Sigrás era tan tarde que ya algunos gallos madrugadores comenzaban a cantar anunciando el día. En la cocina de la rectoral, la Laberca de tal modo habló de su cansancio que al instante don Jesusito le ofreció albergue para el resto de la noche. Aceptó encantada.

—Se lo agradezco, sí, señor, que estoy tronzadita de tanto como anduve y además es mala hora para echarse por esos caminos. Ya que lo permite, aquí me quedo, a descansar un poco en este banco, que no es cosa de molestar ahora haciendo camas.

—Puede dormir en la mía—ofreció Adelaida.

—¡No faltaba más! ¡No faltaría otra cosa que

privarte del descanso con tantas ocupaciones como mañana seguramente te esperan!

—Es que podemos dormir juntas.

—Tampoco. Conozco la anchura de tus colchones y no da para dos. Me quedo aquí, y tan ricamente.

En aquel pugilato de generosidad no podía faltal la voz de don Jesusito.

—Usted donde duerme, señora Claudia, es en mi cama. Que Adelaida le mude la ropa. Yo, al fin, tan pronto el día despunte, tengo que irme a decir misa, y, para lo que falta, casi es mejor el banco.

Aunque protestó vivamente Adelaida y aunque con mansedumbre hipócrita se negaba la Laberca, no hubo modo de disuadirle. Subió al piso de arriba para dejar la escopeta y vestirse la sotana. Y ya de vuelta se acomodó junto al hogar apagado. La Laberca y Adelaida, entretanto, allá andaban por la habitación del sacerdote. Pero no fué

Adelaida la que durmió en el cuarto de Andrea. Su tía se había opuesto resueltamente.

—Quien se acuesta en la cama de don Jesusito eres tú, paloma. Yo no soy merecedora de tanto bien.

—¿Y si lo sabe?

—Espero que no nos riña muy fuerte. Tú duerme descuidada, cual si estuvieras en tu cama propia. ¡Sólo que no sé cómo vas a poder con tanta ropa que echaste y la noche calurosa que está!

—Puede quitarse la manta.

—La manta y la colcha. A lo menos yo me las quitaría, dejando sólo la sábana, y no soy moza como tú...

Así diciendo aligeró de ropa la cama, la mulló con mano placentera y se despidió suspirando.

—¡A ver si tampoco nota que ha tenido sobre sus colchones ese cuerpo de rosas y jazmines! ¡Ay qué curas los de esta época! ¡Ay qué hartadas de palos merecían!

Ignorante de todo esto, don Jesusito allá seguía en la cocina con sus rezos y con sus libros, con sus angustias y sus cavilaciones. No estaba muy satisfecho del acto de la noche. No lo estaba sobre todo por haberse quitado la sotana. Al darse cuenta del riesgo tan grave, debió realmente hacer lo que hizo, correr a la playa maldita, salvar a la huérfana una vez más. Pero debió haber ido de sacerdote. De otro modo, aunque con las grandes razones que para hacerlo tuvo, empequeñecía el acto sin duda, dándole tal vez un carácter de cosa equívoca.

Pero esto era apenas un peso leve, un vago frío en simas recónditas de la conciencia. De todas suertes, el viaje había sido una idea buena y una buena obra. No habiéndose movido de Sigrás, Adelaida, en vez de hallarse durmiendo casta y santamente bajo su techo, estaría en la playa satánica, perseguida de los faunos, dejándose acaso alcanzar por alguno de ellos. Y se estremeció don

Jesusito. Se estremeció al conjuro de la palabra evocadora que hacía surgir delante de sus ojos y casi con la fuerza de la realidad, la figura de Enrique de Aranga, no cubierto de sus elegantes ropas, sino de pelos: verdaderamente el monstruo de la leyenda, mitad animal erguido sobre los cascos de sus patas, mitad hombre, pero con la expresión lasciva y procaz del macho cabrío.

Afortunadamente llegaba ya el día. Al través de los vidrios de las ventanas comenzaba a iniciarse su claridad violeta por sobre la cresta de los lejanos montes. De la gran llanada del paisaje, aún envuelta en sombras, vino a poco un lejano rumor de campanas llamando a una misa, y pronto el campanario de Sigrás se alborotó también, como estremecido por el vago viento que, al través de los campos, andaba despertando los árboles rumorosos y las alondras parleras. Don Jesusito se levantó entonces. Distendió sus miembros entumecidos por el frío leve de la madrugada, y

disponiéndose a salir hacia su misa temprana de los domingos, pareció sorprenderse.

—¿No he bajado el cáliz cuando fuí a cambiarme de ropa?

Juraría que sí, y sin embargo no estaba sobre la mesa de la cocina. Pero tampoco le dió importancia al suceso. Alguien, tal vez Adelaida, creyéndolo allí por olvido, debió restituirlo a su sitio habitual. Dispuesto a ir a buscarlo, se descalzó para no despertar a la Laberca, tan cansada la pobre con la doble caminata de aquel día, y extendidos los brazos, palpando la sombra, subió cauteloso.

Con honda complacencia de su corazón caritativo, la puerta de la sala no hizo ruido alguno. Y ya se angustiaba a la idea de que, estando tan oscura la habitación, pudiese tropezar en alguna silla, cuando, abierta la puerta, vió salir luz de la alcoba, por los bastidores encristalados, al través de los leves y diáfanos visillos. De no tener la Laber-

ca costumbre de dormir con luz. había, al menos, olvidado el apagarla. De todos modos, era una contingencia providencial.

Marchó hacia la mesa donde acababa de distinguir la silueta del cáliz envuelto en su funda encarnada, y ya habiéndolo puesto bajo el brazo, volvía con idéntico sigilo, cuando, inevitablemente, la luz de la alcoba le hizo mirar hacia allí. Y sintió Don Jesusito una conmoción violenta y terrible, que le paralizó de espanto y debió cubrir su semblante de una gran palidez.

¿Qué era aquello? ¿Qué demonio maligno continuaba la evocación pagana de su soledad, transformándole el cuerpo de la pobre vieja que sobre su casto lecho se acostara, en cosa tal y tan deslumbradora? ¿Y por qué, para más perturbarle, daba al resplandeciente rostro dormido todas las apariencias del rostro dulce de Adelaida?

Dormía, dormía la satánica visión profundamente; dormía casi inmóvil en el blando alentar de

un sueño tranquilo. Pero ésta era la única tranquilidad. Con el calor las ropas se le habían revuelto, y por entre la abertura de la camisa los pechos asomaban eréctos y blancos. El pelo, tan abundante y largo que pudiera envolverla toda, desbordábase en tétrica cascada bajo su cabeza, haciendo resaltar la blancura alabastrina de un brazo que, erguido hacia la nuca, mostraba sobre la masa del cabello toda su morbidez, su bella forma inquietante, y al remate una sombra perturbadora de nido...

Don Jesusito sintió que se le ahogaba un grito en la garganta. Inmóvil un momento frente a la puerta encantada, se acordó de las tentaciones de los anacoretas, cuando los demonios hacían pasar, ante sus ojos, visiones como la que tenía delante. Y horrorizado, temblando todo, echó a correr, a correr verdaderamente, sin cuidarse ya de no hacer ruido, sin miedo de despertar a nadie...

XVIII

Volvió a pensar desde entonces en la conveniencia de llevar a Adelaida al convento de Serantes, cuya paz soñó un día que le fuese tan beneficiosa. Ni por asomos se le ocurrió dudar de sí mismo, de su fortaleza para resistir las tentaciones. La serenidad augusta de su alma no podía empañarla ni romperla cosa de tan escaso valor como una visión producida por el cansancio y el insomnio. Pero el porvenir de la huérfana le preocupaba más que nunca. La pobre criatura, perseguida tan tenazmente por tan peligroso enemigo, tenía necesidad de refugio más seguro, de más bien guardado redil que las paredes de su casa, donde él ni siquiera estaba siempre para defenderla.

Decidió, pues, marchar a Serantes, hablar con las buenas monjas, pedirles de rodillas que la tuviesen consigo y se ocupasen amorosamente en la obra de su salvación. Y ya resuelto recordó la brusquedad del señorito de Aranga diciéndole que la buscase si tanto le importaba, y luego algo que todavía quedaba rezongando: "Por lo visto la quiere únicamente para sí". ¡Ah, quién le diera! ¡Quién le garantizase el constante disfrute de su bondad, de su ternura, de las asiduas y delicadas atenciones con que Adelaida había sabido encantarle la vida!

No podía ser, sin embargo. La maldad seguía triunfando en el mundo y algo había que sacrificar a sus exigencias: la alegría de sentirse tan amorosamente cuidado, tan tiernamente atendido o la salvación de la infeliz criatura. Don Jesusito no vaciló. Aquella misma tarde se puso su mejor ropa y allá hizo la caminata de Serantes. Habló con la superiora del convento y no tuvo necesi-

dad de pedirle arrodillado que diese albergue a la huérfana. Apenas hubo comenzado a oírle, la piadosa Madre le atajó con afecto:

—Basta que usted lo desee, don Jesusito. Basta que lo considere buena obra. Traiga a la muchacha cuando guste.

Hasta anochecido no volvió el sacerdote a su casa. Al otro día era mercado en Serantes, y, de labios de la señora Andrea, Adelaida recibió sorprendida la orden de ir, como en otro tiempo, a hacer las compras de la semana. Don Jesusito, enrojeciendo al relámpago que vió animar aquellos ojos, añadió precipitadamente:

—No te vengas sin hablar conmigo. Yo voy a ir también y tengo que darte un encargo.

Cuando salió ya la muchacha debía hallarse lejos. Apenas si cruzaba un alma por los caminos. Avanzado el verano, la gente de las aldeas estaba toda entre sus maizales, sacando el agua de los anchos pozos, llevándola a golpes de canjilón

hasta las tierras secas por donde después corría en silenciosos regatos. Sólo de tiempo en tiempo oía una voz:

—¡Vaya muy dichoso, señor cura!

Quería encontrar a Adelaida antes del sitio del mercado; pero, a pesar de apresurarse cuanto pudo, le fué imposible. Tuvo que buscarla entre la multitud que llenaba el soto. Cuando casi desconfiaba de dar con ella, la divisó sentada a la sombra del convento, como si adivinase cuál iba a ser su destino. Aún lejos, ya le saludó alborozada:

—¿Ahora llega, don Jesús?

—Ahora mismo.

—¿Pero ha venido sin sombrilla bajo este sol tan fuerte?

Don Jesusito se encogió de hombros. Soles más ardientes, más terribles que el de los cielos, le escaldaban el corazón. La muchacha volvió a hablarle:

—¿Espero aquí por su encargo, don Jesús?

—No, no es un encargo precisamente. Ven conmigo.

Echó a andar delante de la muchacha y pronto los dos llegaron al portal del convento, donde ya se respiraba una frescura húmeda de capilla. Entonces don Jesusito indicó a Adelaida el gran banco de piedra adosado a una de las monásticas paredes. Por detrás de las lengüetas dcl torno la Madre Superiora, que hablaba con una aldeana, conoció la voz de aquel hombre y le saludó cariñosa:

—Ahora mismo le van a abrir.

Y añadió a poco, tras de un silencio:

—¿Viene solo, don Jesusito?

—No, vengo ya con la moza.

—Bien, pues ahora pasan.

Adelaida, hasta entonces tranquila, ajena a todo, se sobresaltó. ¿Por qué la traían hasta aquel sitio? ¿Por qué las monjas preguntaban a su amo si venía solo? ¿Por qué estaban en el convento como

esperándola? ¡Ah! Don Jesusito se daba al fin cuenta de toda su doblez, de toda su perfidia y no la quería en casa ni un instante más. No la quería en casa, pero siempre generoso y bueno, lejos de abandonarla a la inclemencia del mundo, aún la traía hasta aquel santo asilo.

—¡Qué se le ha de hacer!

Con su falta de voluntad, con aquella gran sumisión de espíritu a todas las imposiciones, no tuvo el más leve movimiento de rebelión. Cierto que cruzaron por su alma, en desolador tumulto, historias de secuestros cual el que con ella trataba de realizarse, de vidas para siempre truncadas como le parecía que de allí en adelante iba a serlo la suya. No obstante, todo estaba dispuesta a aceptarlo con humilde mansedumbre.

—¡Sea lo que Dios quiera!

Abrióse, al fin, la puerta del locutorio, pasó don Jesusito y volvióse a llamarla.

—Entra.

Entró, bajos al suelo los ojos, retorciéndo melancólicamente sobre un hombro el extremo de la gran trenza de sus cabellos. La Madre Superiora la recibió con gesto poco menos grave, poco menos escrutador que el de las amas de casa cuando examinan a la criada nueva. Después tuvo una frase que casi la repelía:

—No hay que equivocarse respecto a la vocación. No hay que dejarse seducir por las apariencias.

—Sí, señora...

—La vida del convento es vida de paz ciertamente, pero también de sacrificio.

—Sí, señora; ya lo comprendo.

Don Jesusito parecía conmovido por aquella sumisión a su voluntad, cuando ni siquiera había tenido la delicadeza de advertirle cosa alguna, y al mismo tiempo como contrariado por los gestos y durezas de la Madre Superiora. Al fin atrevióse a indicarle:

—No se trata, Sor Angeles, de que venga a profesar.

—Pero sí de prepararla para la profesión.

—Tampoco, Madre; de tenerla aquí únicamente. Es moza, está sola en el mundo y favorecida en exceso por el Señor con los dones de la hermosura y de la gracia, no creo ya que estos tesoros estén bien guardados por mí, tan poco sabedor de las artes del mundo, tan obligado a desampararla para atender a las obligaciones de mi ministerio. Y yo quisiera dejarla aquí, que se encariñase con esto, que ella misma no deseara salir nunca. ¡Sería la coronación de mi vida, la alegría más grande en la hora de mi muerte!

La Madre Superiora se dirigió a la muchacha:

—¿Tú estás conforme?

—Sí, señora.

—Pues perfectamente, don Jesusito.

Y llamó a una de las monjas.

—Enseñe, hermana, nuestra casa a nuestra

nueva pupila. Que vea dónde va a vivir...

Enternecida por las palabras del sacerdote, quería sin duda que aquella paz de la santa casa penetrara a la moza, que aquella vida tan quieta le echase como un lazo de flores en torno al corazón.

La monja llamó a Adelaida:

—Venga.

Desgraciadamente, recorriendo el convento, Adelaida no sentía emoción alguna. Aquellos corredores, desnudos de toda idealidad, eran exactamente los de una fonda, los de una venta...

Cuando pasó al huerto, el huerto entrevisto alguna vez desde la elevación del camino, y donde, con sus árboles tan viejos y sus prados tan bien regados y sus frutos y sus flores, creyó que la vida debería tener un sentido acendrado de plegaria y de nido, experimentó mayor desolación. Habían sido despiadadamente podados los árboles, y el huerto conventual quedaba reducido a un huerto

como otro cualquiera y tal vez menos eglógico, menos evocador que muchos huertos seglares de su país mimoso. Don monjas legas, vestidas casi como dos mujeres de fuera del convento, lavaban verduras en un triste regato. Otras dos tendían ropa en una cuerda estirada.

Tuvo miedo, un miedo impreciso y hondo a quedarse ya allí, a que don Jesusito se hubiese marchado y encontrar cerradas las pesadas puertas que daban a la libertad y a la vida. Afortunadamente, don Jesusito seguía hablando con la Madre Superiora, quien le preguntó sonriendo:

—¿Qué? ¿Te acostumbrarás con nosotras? ¿Vendrás contenta el día que te traigan?

Resplandecieron los ojos de la moza. No se trataba entonces de dejarla ya allí. Aún tendría, en sus campos queridos, unos días, al menos, por suyos. Suspiró dulcemente:

—Vendré, sí, señora; me acostumbraré.

—Así lo deseo.

—Y yo, sí, señora.

Pero las miradas de sus ojos y la dirección de su cuerpo tendían inconscientemente, con afán tiránico, hacia la calle y hacia el sol. Al fin se abrió la puerta para dejarle paso. Y conforme la trasponía y atravesaba el zaguán lóbrego y se convencía de que todo peligro quedaba atrás, sentía, más amplia y gozosa, una sensación de alivio, de liberación. Ya en la calle casi se arrodilló delante de don Jesusito.

—Mi amo, por lo que más quiera...

—¿Qué, criatura?

—¡Por lo que más quiera, no me encierre aquí!

El sacerdote habló emocionado:

—Encerrarte, no. Contra tu voluntad, nunca. Yo lo hacía tan sólo mirando por tu bien...

—Pues si a eso únicamente mira, le prometo ser buena, no darle en la vida del mundo un disgusto más. ¡Pero no me encierre en el convento; déjeme seguir en su casa!...

Don Jesusito, al responderle, no pareció muy contrariado. Creyérase que, lejos de ello, algo cantaba alegremente en su voz.

—Lo que tú digas, criatura.

Y marchando sola hacia la aldea, ¡con qué ansia de resucitada respiró la moza el aroma de la menta y las madreselvas floridas! Cerca ya de Sigrás reparó, acaso por vez primera, en la belleza del paisaje. Como si en su alma hubiese nacido un sentido nuevo, quedóse contemplando el camino que a la rectoral conducía, aquel camino empedrado, todo verde de musgo y entre unos árboles cuyo verdor entremezclaban de oro los frutos a madurar.

XIX

No había acabado la semana cuando don Jesusito, que casi nunca tenía correspondencia, recibió un pliego con el sello del obispado. Lo abrió impaciente y se quedó lívido: el señor obispo le llamaba a Caldas de Rendoy, donde estaba tomando los baños de aquellas aguas benéficas. ¿Qué podía quererle cuando no esperaba, para llamarle, el regreso a Bayón? Tranquila la conciencia, pronto tuvo una preocupación únicamente: la de abandonar, por los largos días de aquel viaje, el más dulce y arduo cuidado de su vida, dejando a Adelaida indefensa, entregada a los enemigos que, no obstante las protestas ante el pórtico del convento, difícilmente estarían acallados dentro de

su ser, y a los otros, los más temibles, que, sintiéndola débil, acechaban en la sombra contra su pureza.

No había más remedio, sin embargo, y por la noche Adelaida metió en la excelente maleta de cuero que Angel de Iñán prestaba a don Jesusito para sus raros viajes, algunas mudas de ropa fresca oliendo a manzanas. Don Jesusito marchó temprano a acostarse, pues tenía que madrugar. Pero apenas si cerró ojo en toda la noche. La inquietud del día se había convertido en un tormento lancinante. Por bien que las cosas viniesen, por fácil que le fuera la presentación al obispo y por pronto que éste le despachase, eran lo menos cinco días. ¡Cinco días lejos de Sigrás! ¡Cinco días Adelaida confiada a sí propia!

Cierto que la pobrecilla, dándose cuenta de la preocupación que significaba en su existencia de hombre tan poco hecho para tales cuidados, había prometido, con aquello de no darle más dis-

gustos, no pensar seguramente en mozos, y sobre todo en mozos incapaces de querer otra cosa que su perdición. Y en los días transcurridos desde la mañana de Serantes, don Jesusito sería injusto si no reconociese que, a la verdad, estaba portándose de modo perfecto. Ni salía de casa al alejarse él, según le contaba la señora Andrea, ni siquiera se asomaba después a la puerta. Alguna noche, despertándole, a horas en que Adelaida solía trajinar en la cocina, el silencio extraño de la casa, se había acercado a las ventanas sin encender dentro la luz. Llegó incluso a abrirlas lenta y silenciosamente. Y nada. No había nadie en el banco, no hablaba la huérfana con persona alguna.

Todo esto, sin embargo, sentía bien que no era triunfo de una voluntad fuerte, decidida a imponerse sobre las blanduras de la carne, sino sumisión de una voluntad temerosa y débil. Adelaida temía disgustarlo, temía que la riñese y que aca-

bara por encerrarla entre las monjas de Serante. Con el respeto que le tenía, mientras sintiese sobre ella su vigilante desconfianza estaba seguro de que ciertamente no repetiría las salidas al camino, de noche, para hablar con Enrique... ¿Pero y ahora, alejado él de allí y entregada la muchacha a otra voluntad dominadora, y, sobre todo, a las voces seguramente invencibles de su instinto? ¡Cinco días! Cinco días al solo cuidado de sí misma eran una eternidad. ¡Cinco días tenían muchas horas para que el seductor rondase su casa y desde el camino, al través de la ventana abierta, le pidiese que saliera a abrirle!

En su tristeza, en su desolación, en el presagio angustioso de lo que, durante aquellos cinco días pudiese ocurrir, un momento estuvo tentado a renunciar al viaje, enviando al obispo una carta en la cual se lo contara todo: la obra de misericordia que estaba haciendo y el temor de que lo ya conseguido se perdiese con la ausencia inoportuna, y

rogándole que aplazase su obligación de ir a besarle el anillo para dentro de un mes, cuando Enrique de Aranga hubiese dejado aquella tierra.

La idea salvadora llegó a incorporarlo sin darse cuenta de lo que hacía, y casi lo lanzó del lecho. Pero al cabo reconoció que no sería capaz de escribir la carta convenientemente, la suficientemente elocuente, la que convencería al señor obispo y pudiera perdonar la desobediencia. Nunca lamentó tanto su escasez de luces, su falta de ciencia, la absoluta carencia de gracia para escribir que noblemente se reconocía.

Levantóse al alba, y ya vestido bajó a la cocina para tomar el desayuno. Por la cocina andaba Adelaida, tan modosita como en los primeros tiempos, cuando apenas se atrevía a levantar hasta él los ojos. Fuera, en el corral, relinchaba y pateaba el caballo que iba a llevarle; el perro vino a recibir las caricias y casi la bendición de don Jesusito. Y llegada la hora de la despedida

y viendo a Adelaida mirarle como en otro tiempo, clavarle los ojos cual dándoles la misión de expresar las gracias, que acaso la lengua no supiera cumplir, sintió derramarse sobre ella, más abundante que nunca, todo el zumo de amor que le hacía tratar a los seres más infelices y hasta a los más inconscientes como a hermanos verdaderos de su corazón. Y algo, allá en lo íntimo, se le rebelaba contra el absurdo de las humanas preocupaciones. El, cuyas manos tantas veces se extendían hacia todos los animalitos que encontraba en los caminos, ¿por qué estaba privado de acariciar a aquella criatura, más de Dios todavía por tener un alma hecha a su divina semejanza y más merecedora, en consecuencia, del amor de un sacerdote?

Se alejó de Sigrás, recomendándole a Andrea que vigilase como nunca, y a Adelaida que fuese obediente con el ama. Una vaga emoción de lágrimas parecía empañarle la voz al hacer estas re-

comendaciones, y las dos mujeres lloraron luego la soledad del caserón.

—¡Pobre—decía la señora Andrea—; va como a un entierro y no a cantar! Parece que no recela buena cosa de este viaje, de esta llamada del señor obispo.

XX

Antes de la noche recibió Adelaida, de manos de Generosa, una carta que secó inmediatamente sus ojos. Se la mandaba Enrique, el señorito Enrique, que por lo visto seguía deseando hablar con ella y hasta, según afirmaba, todas las noches, desde el suceso de Arealonga, había rondado la rectoral, esperando la dicha de que le abriese, de verla, de estar a su lado un instante... Ausente al fin don Jesusito, esto ya no sería tan difícil. Y encarecidamente le pedía que no dejase de salir a la hora que pudiese...

¡Al fin! Tales palabras, imprudentemente escurridas de la pluma de Enrique, no dejaron de preocupar a la moza. Con un vago temor de mal-

andanzas para su amo, pensó en si aquella llamada del obispo no sería obra del señorito de Aranga, celoso tal vez de don Jesusito, tal vez deseoso de burlarlo viéndose a solas con ella. Pero este pensamiento, el pensamiento de la entrevista próxima, de pasar un rato junto a aquel hombre, oyendo sus palabras bonitas y respirando los perfumes de que se encharcaba los cabellos, pronto le llenó enteramente el alma, aventando todo temor por don Jesusito, toda zozobra por su suerte.

La tarde caía y la noche llegó. De nada de cuanto estaba ocurriendo se había dado cuenta la señora Andrea, nada de las inquietudes de Adelaida había advertido. No obstante, dispuso la cena más temprano que de costumbre, y después de atrancar bien las puertas, hizo marchar a la moza delante de ella hasta la alcoba de las dos.

Pasó una hora. Bajo la noche clara se adivinaban, como en todas las noches de aquel verano que acababa ya, rumores de vida y de fiesta. Ade-

laida esperó a convencerse de que su guardiana estaba bien amarrada por las férreas cadenas del primer sueño. Entonces se incorporó en el colchón de hojas de maíz que, alborotándose, produjeron un ruido estridente. Quedó un momento inmóvil la moza, ante la cama, esperando. Por fortuna, continuaba la respiración rítmica, tranquilizadora, de la señora Andrea. A tientas se puso una falda, echó un mantón sobre su busto casi desnudo, cubierto apenas por la camisa, y, llevando los zapatos en la mano, salió. La puerta del cuarto, previamente suavizada con aceite, no hizo rumor alguno.

El corredor tardó mucho tiempo en atravesarlo. A cada instante se detenía, asustada de aquellas maderas rumorosas. Al llegar a la escalera se sintió a salvo. Estaba muy lejos ya. Además, los peldaños de granito no cantaban, no deseaban descubrirla. Pudo llegar sin ruido a la cocina, calzarse, desatrancar la puerta, descorrer el cerrojo... Una sombra se acercó hacia ella.

—¿Eres tú?

—Sí, señorito. Entre.

Cuando Enrique hubo entrado, volvió a cerrar; tenía miedo a que la señora Andrea despertara, a que alguien cruzase por el camino y viendo la puerta mal segura la descubriese. Quedaron de pie, en la cocina anchurosa, vagamente iluminada por la claridad de las estrellas a que daban paso las rendijas de la ventana. Enrique tornó a decirle como en un día ya casi remoto:

—¡Por fin!

Pero lo decía con otra inflexión de voz, ya sin odio hacia el pobre don Jesusito y matizada únicamente de una vaga emoción triunfal.

—¡Cuántas ganas tenía de que llegase esto! ¡Cuánto he suspirado por este instante!

—¡Y yo!

—¿De verdad? ¿Tenías también ganas de verme?

—Muchas.

Esto tan sólo, pero de tal manera, con voz tan quebrada, tan perturbada al paso de la fiebre interna, que Enrique se estremeció como si le oyese una insinuación atrevida, irresistible. La tenía sujeta de los hombros, y de repente la atrajo toda hacia sí, estremeciéndose más, al sentir, pegado a su cuerpo, aquel cuerpo sin justillo, desnudo bajo el mantón y que palpitaba.

—Mira, vamos a sentarnos...

—¿Pero es verdad que me tiene algún cariño? ¡Mire que si esto se sabe!

—¡Que si te tengo algún cariño! No he querido nunca a nadie como a ti te quiero. ¿Y tú?

—¡Ay, yo!

Le pasó por el cuello un brazo, cuya suavidad fué como un latigazo en la médula de Enrique. Juntas las caras, ella misma le dió un beso y se quedó un instante como traspuesta, como embriagada por la intensa delicia. El susurró temblando:

—¡Ven!...

La invitaba hacia el refugio de la leñera, llena de retama blanda, de jaras, de musgo, sepultando, acolchando los troncos de roble y haciendo de aquel lugar un especie de nido propicio y amoroso... La invitaba dulcemente, y la muchacha sólo se defendía apretándose más contra él, como para ampararse en su fuerza no sabía de qué peligros extraños y misteriosos. Hasta la cocina no llegaban rumores. Apenas alguno, muy remoto, casi imperceptible, de un carro chirriante, de un perro que ladraba. Muerta la luz del candil, no entraba allí otra claridad que la vaga de la noche a que daban paso las rendijas. El ambiente era tibio, pero de pronto Enrique volvió a estremecerse con frío, con verdadero frío. Sus dientes llegaron a castañear.

—Ven...

Adelaida intentó defenderse también de sí misma.

—No... Déjeme. Estamos bien en este sitio.

Siguió un silencio anhelante y luego un suspiro.

—¡Adelaida!

—Diga.

La contestación fué un abrazo trémulo y un beso febril que interrumpió el señorito para suplicarle sin separar los labios:

—¡Tú también! ¡Tú a mí! ¡Con toda tu alma!

Se lo dió con el alma entera, y al soltarse, doblándose sobre él, susurró desfallecida, sin aliento, con voz cálida y rota:

—¡Es muy malo, señorito! Hace mal en darme ilusiones y en decirme que me quiere. ¡Usted, un señorito, quererme a mí, casi una pobre de las puertas!

Pero cada palabra y cada actitud de Adelaida eran para Enrique soplos que más removían y avivaban la llamarada ardiente de su deseo. Volvió a decirle que la quería, que la querría siempre. Habló poéticamente del amor que ciega distancias y a todas las personas hace iguales. Y pro-

testó luego de que quien no era buena era ella. ¡Ella, que le hablaba de tales cosas, de tales temores, angustiándolo con la idea de verla desconfiar de su cariño! Y abrazada como la tenía, se apretó más contra la muchacha, temblándole las manos al contacto de las turgencias vivas y palpitantes del seno, de la carne suave, como de seda tibia... Volvió a suspirar con impaciencia ardiente:

—¡Ven!...

Y ya ella, sin conciencia de sus actos, vencida, pegado el cuerpo al de Enrique, comenzaba a dejarse ir, cuando se apartó aterrada, arrecida de miedo.

Acababa de oír, allá arriba, un ruido; un ruido sordo, el vago ruido de un lecho que cruje.

—¡Es la señora Andrea que se ha despertado!

El se había también detenido y escuchaba.

—No será...

—El ruido volvió a oírse, más claro. Se oyó in-

mediatamente el de una puerta que se abre, el de un piso que rechina bajo unos pasos. Adelaida ahogó un grito.

—¡Es, y está bajando! ¡Nos ha sentido! ¡Váyase!

Aturdida, paralizada de espanto, repetía como en una obsesión:

—¡Váyase! ¡Váyase!

No tadó en comprender que aquello era imposible. ¿Cómo desatrancar y cerrar de nuevo antes de que la señora Andrea, no obstante su andar trabajoso, llegase a la cocina? Ya la sentía en el último tramo de la escalera, pronto habría atravesado el largo zaguán... En tal angustia, la idea de la leñera, a donde Enrique la invitaba, acudió de pronto como una revelación salvadora.

—Escóndase ahí, al fondo, detrás de la leña.

Le empujó brusca. Quedó sola, anhelante. A tientas, vertiginosamente, buscó en una de las columnas de la chimenea la caja de los fósforos, y

cuando la señora Andrea llegó estaba encendida la luz del candil.

—¿Qué haces?

—Bajé a beber un poco de agua. Tenía una sed que me moría.

La bebió, con sed verdadera, en la misma herrada. El ama del cura, no del todo convencida, escudriñaba en torno. La luz del candil, los cerrojos corridos, la tranca echada, parecieron tranquilizarla.

—¿Bebiste?

—Sí, señora.

—Pues anda, y no vuelvas a darme estos sustos.

XXI

Adelaida no pudo levantarse en el resto de la noche. Tan pronto se revolvía en la cama, allá se acallaba la respiración de la señora Andrea, allá sentía a la señora Andrea despierta, escuchando. Oyó cantar las horas en el reloj de la sala, cantaba el gallo ya, pronto vendría el alba, ¿y qué sería del señorito? ¿Qué pensaría de ella? ¡Ay si se incomodaba y le diese por salir desatrancando la puerta, haciendo ruido! No le importaba mucho el escándalo. ¡Pero que don Jesusito se enterase al venir! ¡Que volviese a mirarla con los ojos tan duros de Arealonga!

Ya el día se insinuaba por las rendijas de las ventanas y ya la señora Andrea estaba totalmen-

te despierta. Como de costumbre, se levantaron a la vez. Juntas bajaron hasta la cocina.

Nada se había alterado en la estancia aquella, todo seguía como cuando Adelaida subió a acostarse. Febril y nerviosa encendió el fuego, preparó los desayunos y con corazón agitado esperó a que la señora Andrea saliese al corral para atender a las vacas. Recelosa aún, la estuvo viendo dejar la cocina, perderse detrás de las paredes, pasar al través de los vidrios de la ventana. Entonces entró precipitadamente en la leñera

—Perdóneme. No pude levantarme a abrirle. Me hubiera sentido...

Llegaba pálida, fría.

—¿Me perdona? ¿Comprende que no fué mía la culpa? ¡Pues escápese, escápese ahora mismo por la puerta de la huerta!

Enrique lo comprendía todo, lo perdonaba todo. Sólo preguntó sujetándole las manos:

—Y a la noche ¿vas a abrirme otra vez?

Adelaida contestó muy triste, derritiéndose en dulzura:

—¿No ve que no puedo? ¿No ve lo vigilada que estoy? Tendremos que esperar otras ocasiones. Váyase. Y tome para que espere tranquilo. Tome de recuerdo y de prenda.

Le dió un beso oprimiéndose contra él, ahincándole en la carne los pechos palpitantes y erectos. Enrique entonces afirmó que no se iba.

—¡Señorito, por Dios! ¡No quiera perderme!

—No me voy, no.

Meditaba, sin preocuparse de su trastorno, y volvió a decir que se quedaba. Le gustaba demasiado, la quería demasiado para resignarse a una separación indefinida y angustiosa.

—Ya que estoy aquí, me quedo. En mi casa no es la primera vez que falto sin mandar aviso, y tú ya encontrarás el modo de darme algo de comer.

—¿Qué dice, señorito?

—Que me quedo, ya lo oíste. Me quedo de huésped, hasta mañana siquiera.

—¡Ay, Dios mío!

Pero pronto, en medio de su angustia, Adelaida pareció regocijarse con la proposición. Realmente, el peligro era el de abrirle, el de hablar con él de noche. Ocultarlo en la casa, no. Sus labios tuvieron una sonrisa.

—¿No le importa de veras estar preso un día más y otra noche? Porque hasta mañana, de estas horas, no podrá salir.

—Contigo a mi lado, y aceptaba la cárcel para toda la vida.

—Pues entonces, salga de aquí, que puede entrar la señora Andrea. Váyase a la habitación de don Jesusito, donde no se la ve nunca. Tan pronto pueda, yo iré a buscarle.

Pensó que podría a la hora de la siesta y la mañana le pareció que no acababa nunca. Tan pronto recorría la casa cantando con una alegría

geórgica, de ave feliz, tan pronto se detenía pálida, anhelante, ensimismada. ¡Preso en la casa un hombre como el señorito, y preso a gusto por ella, por verla un instante más! ¿Cómo podía ser merecedora de tanto? Sentía hacia Enrique una gran ternura, una gratitud infinita, ansias de correr a su lado, a pagarle la inmensa ofrenda de bondad con todos los sacrificios.

A la hora del yantar, la señora Andrea protestó débilmente:

—No está bien que nos regalemos en ausencia del señor cura.

Adelaida había hecho una comida mejor, más abundante que para ellas solas. Echó incluso jamón al caldo.

—Coma, señora, coma, que para lo que come él, ha de encontrar de sobra a su vuelta.

Comió la señora Andrea, comió bien, bebió el buen vino del iglesario que Adelaida le servía abundantemente. Al final se le cerraban ya los ojos y se levantó casi dormida.

—Voy a echarme un rato. ¿Tú que piensas hacer?

—Ahora arreglaré estas cosas y daré luego una vuelta por arriba. Quiero arreglar también aquello un poco.

—Bueno. Hasta después.

—Que descanse.

Tan pronto sintió los pasos perderse por la escalera hacia la parte de atrás de la casa, donde estaba su habitación, dispuso alegremente una bandeja y en ella dos platos con jamón cocido uno, con pescado el otro, y un vaso de vino y una rebanada de pan.

—¡Pobre, que estará desfallecido!

No se le había ocurrido acto de bondad más grande para con el prisionero que llevarle algo de comer. Enrique, sin embargo, ni caso hizo de las viandas. Dejándolas sobre la mesa, la invitó a sentarse en el borde de la cama, donde hasta entonces distrajo la espera leyendo un libro que encontró en la pobre librería del cura.

—¿Y esa mujer?

—Acostada.

—¿Para mucho tiempo?

—Mucho recelo que no. Una hora...

—Entonces excusas de tener miedo.

—Ahora a quien se lo tengo es a usted.

Y le abrazó ella misma, suspirante.

—¡Le quiero tanto!

Pero cuando se dió cuenta de que Enrique le había soltado el pañuelo, poniendo a la luz los tesoros de la carne escondida, y que el abrazo adquiría un aspecto más peligroso, encontró extrañas fuerzas en su flaqueza para defenderse, para protestar:

—¡Ay, no, eso no!...

—Le amenazó con irse, con gritar, y como Enrique parecía ni oírla, acabó por hacer un violento esfuerzo y desasirse. Ya en pie, arreglándose la ropa, jadeante aún, le decía con voz grave:

—Todo menos eso, señorito.

Enrique se distendió hacia ella, prendiéndole la falda, atrayéndola suavemente.

—Pero va a ser bueno, ¿verdad?

Imposible. El señorito, un instante mirándola como en éxtasis, volvió a soltarle el pañuelo y desceñirle la blusa, temblando todo en la violencia de su ansia. Adelaida pudo nuevamente huirle.

—Ya veo que no se hace bueno de usted...

Erguida en medio de la estancia, se arreglaba la ropa con dedos temblorosos, ocultando toda la nieve tibia de aquel seno cuya vista y cuyo contacto tanto perturbaban al señorito. El le rogaba que se quedase, que esperase otro poco. Adelaida insistió en que le tenía miedo. Después, viendo su gesto brusco, de descontento, casi de ira, murmuró mimosa:

—Además es tarde. Tengo que bajar. No tardará en despertar la señora Andrea.

Ya arreglada, tranquila ya del todo, fué ha-

cia la bandeja y se la acercó. Y se reía ahora. Al verse a salvo, convencida de su belleza, del efecto de vino fuerte que su carne un instante vista y los perfumes de su cuerpo hacían en aquel hombre, se burlaba, perversa.

—Coma, tranquilícese.

Aquellas risas, aquello de incitar deseos para no satisfacerlos después, irritaron a Enrique terriblemente.

—Bueno, está bien. Eres lo que yo me figuraba. ¿Para qué me has abierto? ¿Para qué me has traido hasta aquí? ¿Para luego reírte de la burla que de mí has hecho, en esta misma cama, con tu don Jesusito? ¡Tan pronto puedas, me abres!

Adelaida quedó un instante aturdida por la brusca e inesperada violencia. Despúes le clavó severamente los ojos.

—Como quiera.

Y salió.

XXII

Volvió pronto, apenas una hora pasada, ya sin ceño, sonriente otra vez.

—No lo merece, pero la señora Andrea está entretenida allá abajo, tiene conversación para tiempo, y he venido a verle. ¿Aún está incomodado conmigo? Pues no quiero que se incomode.

Le dió un beso, y sentada en la cama le dejó acariciar los tesoros de su carne, refugiándose contra él como una gatita mimosa. Enrique miraba aquellos ojos, dentro de cuyo iris relampagueaban fulguraciones azules y doradas de fuegos en una noche, y la muchacha se incorporó de pronto, como renunciando penosamente a las dulzuras de un sueño quimérico.

—Ya estuve aquí mucho. Puede recelar la señora Andrea.

—¿Y cuándo vuelves? ¿A la noche?

A la noche es más peligroso. Gracias que me sea posible traerle la cena. A la mañana.

Le trajo la cena con prisa, contemplándole sonriente, feliz y agradecida.

—¡Pero otra noche! ¡Preso por mí!

A la mañana, en efecto, la hora más tranquila, cuando la señora Andrea se entretenía tanto con el arreglo de los animales, subió puesta apenas una saya sobre su camisa, y un pañuelo pendiente de los hombros.

—¿Cómo voy a pagarle esto a que por mí se aviene?

—Siendo buena conmigo, ya lo sabes.

—¡Si le parece que lo soy poco!

Venía como dispuesta a todo ya. No opuso apenas resistencia cuando él trató de sacarle el pañuelo ni cuando, con manos trémulas, rompió

la cintura de la falda para hacerla caer. Se dejó arrastrar hacia el lecho, besar, acariciar toda. Y sólo al cabo protestó débilmente:

—¡Téngame lástima, don Enrique! ¡Mire que soy una inocente, honrada a pesar de cuanto se dice de mí y todo lo que usted piensa. Téngame lástima.

—Ténmela tú a mí también.

—Usted no pierde nada, señorito. Déjeme.

No obstante su languidez, aún se defendía, y Enrique temió verla escapársele de nuevo, de nuevo amenazarle con gritar, como el día antes. La oprimió más contra él, le echó al rostro un aliento de fuego.

—No, no puedo dejarte. Cumpliré, me casaré contigo, pero no te dejo.

Y clavándole los ojos como empañados de lágrimas, añadió ardiente e impetuosamente:

—Te lo juro, te lo juro por todas mis obligaciones, por todos mis muertos...

De sobra sabía Adelaida que aquello no podía ser; que tales palabras, dictadas por el vértigo de la pasión, no le obligarían a nada nunca. Pero sólo el oírselas ya la enterneció. Toda su bondad y toda su dulzura palpitaron como por derretirse sobre ellas y de este modo premiarlas.

Hasta la víspera del día en que se esperaba a don Jesusito, no salió Enrique de la rectoral. Tranquila la señora Andrea, convencida de que Adelaida no le abría a nadie por la noche, y viendo que ningún sospechoso se acercaba luego, la dejaba perderse por la casa adelante, estar horas en el piso de arriba con su costura y sus labores. Y aquella última tarde pareció aconsejada por la muchacha.

—Ahora que no hay nada que hacer aquí, yo tendría gusto en ir a Brantoa, a ver a mi curmana. Pero no voy si te parece mal una cosa.

—¿Qué cosa?

—Tendría que cerrar y llevarme las llaves.

Adelaida se encogió de hombros, sin ofenderse.

—¡Para lo que quiero yo las puertas abiertas!

—Sólo si te da un dolor.

—No es de esperarlo; y, con la puerta franca, mientras acudían los vecinos, también me moría. Vaya, vaya descuidada...

—Bueno, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Resplandeciente, subió a contar a Enrique lo que ocurría. ¡Toda la tarde por suya, encerrados en el caserón, sin prisas, sin miedos! ¡Y la señora Andrea, que se iba tan tranquila, tan contenta por llevarse las llaves! En las entrevistas anteriores, apenas habían podido hablar, angustiados con la prisa, con el temor de ver entrar al ama del cura a cada instante. Ahora, pasada la hora de delicias, gozaban dulcemente, como dos recién casados, su gloriosa luna de miel.

Y una cosa que Adelaida siempre había querido decirle cantaba triunfalmente en sus palabras.

—¡Ya ve si le mentía! ¡Y usted pensándose que don Jesusito!

El se disculpó:

—¿Y no era para pensarlo?

¡Aquel interés del cura por ella, aquello de encerrarla en la casa y hasta el echarse a buscarla desesperadamente por los caminos!

—Pues ya ve. Todo eso no lo hacía con otra idea que la de defenderme. ¡Es un santo! ¡No quería el pobre que me viese con usted, temía que me pasase esto!...¡Y ya ve si tenía razón!

Sin apenarse mucho, sin gran pena de lo ocurrido, contó cómo, poco después de Arealonga, quiso meterla en un convento.

—¡Pero yo tenía tantas ganas de verle a usted! ¡Le pedí tanto que no me encerrase! ¡Pobre don Jesusito!

Y de repente una piedad le vino hacia aquel hombre.

—Esto del viaje, de la llamada del obispo, lo hizo usted, ¿verdad?

Enrique no tuvo más remedio que confesarlo. ¡Eran tantas sus ganas de verla! ¡Estaba tan furioso contra don Jesusito! ¡Tenía de él tales celos!

—¿Y le pasará mal?

—Lo sentiría... ¡Y qué sé yo! Realmente, los celos son malos consejeros. No sé si no me habré excedido.

Adelaida tembló por la paz, por la tranquilidad de aquel sacerdote tan santo y tan bueno, y el temor de ser la causa de algún mal muy grande que le ocurriese oscureció un instante sus ojos. Pero ya Enrique volvía a contemplarla en la semidesnudez de su abandono, sintiendo otra vez la atracción de aquella carne ardiente, palpitante y viva. Y todo, inquietudes y recelos, piedades y te-

mores, comenzaba a olvidarlo Adelaida en la embriaguez divina de su amor, cuando de pronto oyóse un ruido, el ruido inconfundible de la puerta abriéndose.

Saltó del lecho, y sin decir a Enrique palabra alguna, corrió vertiginosa hasta la cocina. Era la señora Andrea.

—¿Cómo viene tan pronto?

La prima había salido y, ¿qué iba a hacer ella en Brantoa? ¿Qué iba a hacer por ahí aboyada? Volvió pues a la aldea, a la rectoral, y ninguna extrañeza le produjo el no sentir a Adelaida, que estaría cosiendo arriba, como de costumbre. Pero la muchacha bajaba con tal precipitación, con tales huellas de susto en el rostro, que la miró alarmada, recelosa. Adelaida entonces pareció reparar en el desorden de sus ropas. Con bruscos golpes de mano se arregló la falda, el pañolillo derribado sobre el seno.

—¿Qué hacías?

Me había echado a dormir. ¡Me sentía tan cansada, tan cansadita!...

La señora Andrea se lo creyó. Si un momento después la intrigaron los restos de una fritada de jamón y huevos, con lo poco que la muchacha comía, no le dió importancia al hallazgo. Sólo al entrar en su alcoba y ver las dos camas intactas, enrojeció como ante la sospecha de una profanación.

—¿Pero fuiste capaz de acostarte en la cama del señor cura?

—No sería la primera vez.

—Ya lo sé, ya. Pero aquella noche él mismo cedió a tu tía la cama, y ahora seria un atrevimiento en que yo no quiero ni pensar.

Se dispuso a subir, para cerciorarse, y el aturdimiento de Adelaida al decirle que se había tumbado en el sofá de la sala, la animó más. No hubo modo de evitar àquella requisa, y viéndola ascender las escaleras, la moza se derribó en un es-

cabel de la cocina. Desesperada, retorciéndose las manos, oyó unos gritos terribles, de mujer escandalizada, que llenaba a alguien de insultos. Baja la cabeza, sin mirar a donde ella estaba, pasó Enrique hacia el camino, y pronto la señora Andrea asomó lívida, furiosa.

—¡Hoy mismo sales de esta casa donde no debiste haber entrado nunca, perra, maldita!...

Adelaida callaba, inclinado el rostro, mirando al suelo.

—¿Me oyes? Hoy mismo dejas esta casa honrada...

—Bien está, sí, señora.

—Y si no hoy, porque es de noche, mañana. mañana muy tempranito, antes de que se muera de vergüenza el infeliz que va a llegar.

—Bien está, sí, señora.

XXIII

Don Jesusito llegó más temprano que se presumía. Poco después del alba ya se presentó en la rectoral, y tan triste de aspecto, que Adelaida, olvidada casi de la intervención de Enrique en la ausencia de aquel hombre, se dijo con miedo si sabría ya algo de su culpa. Pero no. Habiéndole preguntado la señora Andrea si misaba, respondió negativamente, y luego se dirigió a ella con la habitual dulzura:

—Hazme el chocolate, Adelaida.

Se lo preparó como siempre, con manos amorosas, y amorosamente fué a servírselo. Don Jesusito no lo terminó, y la señora Andrea volvió a acercarse.

—¿Le llamaba para algo malo el señor obispo?

—Para echarme de aquí.

Se santiguó la buena señora. Luego, a espaldas del cura, levantó las manos sobre Adelaida, como para pegarle, mientras decía, mordiéndose las palabras:

—¡Por ti, seguramente! ¡Por haberte acogido! ¡Y así le pagas, perra!...

Don Jesusito de nada se enteró. Había quedado a distancia, como abismado en sus pensamientos, viendo aún al obispo erguirse ante él, amenazador y terrible, en el jardín del balneario, casi delante de la gente. ¡Lo que hubo de oír don Jesusito! ¡Qué cosas le dijeron! Por su sencillez de corazón, por creerlo uno de aquellos varones del Santoral a quienes el Altísimo acaso negaba el don de la ciencia, pero concedía, en cambio, abundantemente, la gracia de la bondad, el obispo lo había mandado a regir uno de los curatos mejores de la diócesis, un curato donde siem-

pre había habido sacerdotes ejemplares no sólo por sus virtudes, sino por su saber. ¡Y cómo le pagaba don Jesús! ¡Engañándole, metiendo en casa, con hipocresías que más agravaban su culpa, a una mozuela que ya antes había dado a la parroquia no pocos motivos de escándalo!

Don Jesusito se atrevió a balbucir que había sido por esos motivos de escándalo precisamente, por verla en peligro y creer que no había caridad tan grande como llevarla, a costa de todos los sacrificios, a puerto de salvación. Y era tan sincero, brillaban sus ojos azules, de cielo sereno, reflejando tal pureza de alma, que la cólera del obispo pareció ceder un poco.

—¿Pero cómo ha olvidado que a un sacerdote no le basta la intención? ¿Cómo que el amparar a una criatura de tales antecedentes pudiera, por el mal ejemplo, causar más y mayores daños?

Y ante el abatimiento de don Jesusito, el obispo, que desde los tiempos del seminario venía tra-

tándolo con verdadero cariño, endulzó casi la voz, hasta entonces adusta, y prometió esperar. Aún confiaba en verlo el buen sacerdote de siempre, que no sólo viviese bien, sino dejando de ofrecer a sus feligreses ejemplos tan lamentables. Mas, para darle ocasión de penitencia y arrepentimiento, lo sacaba, no tenía más remedio, del curato placentero, demasiado placentero, de Sigrás, trasladándolo a Gistral del Páramo, a la montaña.

Don Jesusito salió de allí como si la tierra diese vueltas en torno suyo. Y ahora, en su casa, en la casa que pronto había de dejar, sentía más cuánto amaba todo aquello y el dolor infinito de perder tanta dulzura. Lejos del sacerdote, Adelaida buscó al ama.

—¡Señora Andrea!...

Esperó un instante, y como no le respondieran, insistió:

—¡Señora Andrea!...

—¿Qué quieres?

—Ya que, al fin, no puedo seguir en su casa, quería no darle tan gran disgusto. ¡Por todos sus difuntos, señora Andrea; por la gloria de su alma, no le diga nada!

La parroquia no tardó en enterarse de la desgracia de don Jesusito, y hubo en toda ella un movimiento de protesta y de indignación. El propio señor de Rilo, volviendo del paseo con su mujer, entró una tarde por la rectoral tranquilizando al cura, ofreciéndole su gran influencia.

—No se disguste, don Jesús, que no le echan de aquí. Yo mismo iré a Bayón a hablar con el obispo, y, si es necesario, me llevo a la parroquia entera.

Se encogió de hombros don Jesusito, como indiferente a todo, y la señora de don Miguel le miró asombrada. ¿Podía realmente ir contento a aquel yermo, a aquel destierro? Y se indignó sinceramente contra tanta mansedumbre.

—Es que no conoce el Gistral, don Jesusito.

Yo, sí; yo fuí una vez, ofrecida a Santa Comba. Es una tierra adusta, donde no sé siquiera cómo puede vivirse. Aquí una casa, otra a media legua... En invierno, la nieve la cubre enteramente, y los lobos entran hambrientos por los casales. ¡Ay, don Jesusito, no se vaya allá, que se muere! Defienda esta regalía de tierra mimosa, donde hay corderos en vez de lobos, y las únicas nevadas que caen son de flores de frutal, anuncio de paz y hartura...

Mucho, ciertamente, le dolía a don Jesusito dejar aquella parroquia donde tantos años llevaba ya y en la cual tanto se le estimaba; mucho la injusticia que con él se cometía juzgando tan malévolamente el acto de mayor caridad que había hecho. Pero esto no era nada ante la pena que le producía el abandono forzoso de su obra. No podía llevar a la muchacha consigo; ya ni siquiera allí le era dable tenerla muchos días, y volvía a ver el camino de la pobre criatura sembrado de

asechanzas y de riesgos. Equivocándose en la interpretación de su pena, los feligreses influyentes, la parroquia toda, le animaban:

—Esté tranquilo, don Jesús, que usted no se va. Todos juramos por usted.

El señor de Rilo y don Angel de Iñán recogieron firmas, y por último una comisión allá fué a disculpar al párroco y defender su conducta. Don Jesusito la vió pasar desde la solana, pero sin alegría ni consuelo. ¿Qué le importaba ya el triunfo de aquellas gentes? ¿Conseguirían que Adelaida siguiese viviendo bajo su amparo? ¿Podía pedírsele al obispo semejante cosa? Apenas había hablado hasta entonces con la señora Andrea y se le acercó tristísimo.

—¿Ha habido novedades durante mi ausencia?

La noble señora, antes de mentir, enrojeció profundamente, echando lumbre por todas sus arrugas, pero mintió sin vacilaciones.

—No, señor, ninguna.

Luego, al atardecer, don Jesusito, triste todo el día como si estuviese pensando en su muerte, llamó a Adelaida.

—Ya ves que tengo que abandonarte, hija mía. Eres joven, eres una inocente corderilla digna de los cuidados más tiernos, pero la gente no me deja proseguirlos. Tengo que alejarme de ti, y yo no quisiera dejarte como una flor caída en un camino, a merced de todo el que pase y de todos los vientos de las pasiones. ¿Y qué va a ser de ti, criaturita, abandonada a ti misma, tan débil, tan sin fuerzas y tan codiciada y tan perseguida? ¿Qué va a ser de ti, entrando a servir en una de esas casas donde los amos no se creen con obligación alguna respecto a las infelices a quienes recogen?

Adelaida levantaba hacia don Jesusito los ojos, donde latía una vaga emoción prometedora. El sacerdote prosiguió:

—Yo me iría más tranquilo, yo lo daría todo

por bien empleado, Adelaida, yo consideraría el destierro como la suprema felicidad, si tú me complacieses en una cosa.

—¿En qué cosa, don Jesús?

—En aceptar el refugio que un día te he ofrecido, en resignarte a la paz del convento y allí esperar a que la gracia de Dios, llamándote a la verdadera vida, ya que otra es para ti imposible, descendiese sobre tu corazón.

Adelaida, con ansias de pagarle, de desagraviarle, convencida del placer que así le daba, prometió impetuosamente:

—Pues cuando usted guste. Hable con las monjas, y cuando a usted le parezca.

¡Y qué feliz fué don Jesusito aquella noche! ¡Se realizaba su sueño! ¿Qué le importaba ya el destierro de aquellos parajes ni la injusticia con la cual se comentaba su acción? Adelaida no se perdía. Su sacrificio no había sido estéril, y lejos de verla convertida en un motivo de ludibrio y escar-

nio, tenía el gozo inefable de ofrecérsela a Dios. El milagro que un día le llenaba el alma de inefable dulzura iba a realizarse. ¡Y qué triunfo, qué gloria la suya!

XXIV

Gozando su triunfo y su gloria, retornaba con pasos lentos una de aquellas tardes hacia la rectoral, cuando, puesto el pie en las gradas del patín, oyó voces agresivas y violentas que parecían venir de la cocina. Sin quererlo, hubo de escuchar. Eran la Laberca afeando a la señora Andrea el no haber tenido más cuidado de su sobrina y la señora Andrea defendiéndose, diciendo que el agua en la cesta no había quien la guardase.

—Pues el mozo no podía ir gabándose, como por ahí va, de que pasó aquí cinco días, los cinco días de ausencia del señor cura, sin estar usted anuente. ¡Es que la untó el riñón, es que a usted le estorbaba la rapaza y quería perderla!...

Don Jesusito quedó paralizado de espanto. Como envejecido de pronto, tuvo que apoyarse fuertemente en la baranda del patín para no caer al suelo. ¿Quién era aquel mozo? ¿Quién había pasado cinco días en su casa? Las voces odiosas, que hubiera dado su vida entera por no oírlas, seguían refiriendo horrores. Volvió atrás, para no seguir oyéndolas, para acallarlas. Cuando entró en la cocina iba tan pálido que las dos mujeres retrocedieron.

—¿Quién estuvo aquí cinco días? ¿Qué ha ocurrido en esta casa durante mi ausencia?

Adelaida, en un rincón, oculta la cara entre las manos, lloraba a mares. La Laberca adelantó, todavía trémula, hacia el sacerdote.

—Estuvo el señorito de la casa de Aranga. Estuvo desde el día que usted se fué hasta la víspera de su llegada, aquí escondido, aquí comiendo, durmiendo en su misma cama. Y la señora Andrea quiere hacerme creer que esto lo hizo sola mi sobrina y ella vivió ignorante de todo.

El cura se volvió al ama.

—¿Qué dice usted, señora Andrea? ¿No me había asegurado que ninguna novedad había habido?

La señora Andrea se limpió las lágrimas con la punta del delantal. Lo aseguró, sí, para no aumentarle los disgustos. Pero ¿qué podía decirle ahora? ¡Qué bien le aconsejó cuando quiso meter a aquella gente en su casa! Y explicó, sorbiéndose los sollozos, todo lo ocurrido: el ruido que sintió una noche, y cómo la tranquilizó Adelaida mientras escondía al galán, sin que ella, ¡infeliz!, ignorante de las artes de ciertas pécoras, pudiese sospechar cosa alguna. Sospechó tan sólo al volver a casa una tarde en que había salido llevándose las llaves, y fué a ver, y encontró al señorito, todavía en paños menores, ante la cama donde con ella estuviera.

El cura pareció horrorizarse.

—¡Calle! ¡Calle, por la Virgen Santísima!...

Y quedó contemplando a Adelaida, que se había sentado y seguía llorando, abatida, tronchada, en un rincón del banco. Quedó contemplándola como si fuera el más sagrado objeto del culto y hubiese ido a encontrarlo en un lugar de vejamen. Aquella congoja que la sacudía, aquella pena que la anegaba, le inundaron también el corazón. Mandó salir a la Laberca, a la señora Andrea, y luego incorporó a Adelaida dulcemente.

—No llores. Cuéntame, desahógate conmigo. ¿Cómo fué eso?

La muchacha cruzó las manos ante don Jesusito.

—¡Perdóneme!

—Yo no tengo que perdonarte nada, hija de mi alma. Tú a mí, si acaso. ¡Tú a mí, que no supe comprender las necesidades de tu corazón, tan blando, de arcilla tan quebradiza!... No supe comprenderlas, y creí que bastaba encerrarte. Cuéntame, cuéntame. ¿Cómo fué?

La muchacha, más animada por aquellos acentos dulces, por aquella bondad dulcísima, perdió poco a poco el miedo. Se animó.

—Fué que me dijo que me quería, que me pidió mi cariño con los ojos llenos de lágrimas, hablando de un modo que ablandaría a las piedras. Y me dijo más, señor cura. ¡Me juró por todos sus difuntos que había de casarse conmigo!...

Con la cabeza baja, rompió de nuevo a llorar en un llanto silencioso, sin congojas, sin ayes, todo de lágrimas. Hubo un instante en que el cura alargó hasta la infeliz las manos, como para derretirse entero en una caricia de perdón infinito. Pero se aterró de lo que aquellas manos intentaban, y las detuvo, trémulas, extendidas sobre la cabeza abatida, como en un acto de bendición. Mientras tanto, el anhelo de su alma salía a sus labios en una palabra sola:

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!

Ya en su cuarto, contempló el lecho, aquel le-

cho donde se le apareció un día y en el cual luego había ocurrido la profanación horrible. ¡Había sido allí! Allí, un miserable, contaminado con los aires de lugares más impuros, había abusado de aquella inocencia, labrando para siempre la desgracia de una pobre criatura. Y recordando cuantas manifestaciones de cariño estaba recibiendo de la parroquia entera, pensó que alguien hubo de enterar al obispo, y tuvo la sospecha de si no habrían sido todo maquinaciones del malvado para alejarle y consumar su crimen.

—¡Oh, esto clama al cielo!

Se dispuso a salir. Quería hablar con él aquella misma tarde, obligarle por todos los medios, amenazándole de muerte que fuese, a reparar el daño, a cumplir la promesa que hizo en un momento de arrebato, a casarse. Ya que no había sabido defender la inocencia de su recogida, defendería como una fiera, con dientes y uñas, la felicidad de la desventurada... Con mano trémula se apoderó

de la escopeta. Pero, al comenzar a cargarla, comprendió que de nada había de servirle. Aquellas no eran sus armas.

Y cuando estuvo delante de Enrique, no supo amenazar, supo rogar tan sólo. El se marchaba, a él le echaban de allí, ¿y qué iba a ser de la pobre criatura, divulgada por la parroquia la noticia de su deshonra? ¿Quién le tendería una mano, aumentada la desconfianza que inspiró siempre? Una cosa únicamente podía hacerse, y él esperaba que Enrique la haría. Adelaida era buena, se lo aseguraba. Era débil, era inocente, era una corderilla, y, como las corderillas de Dios, no había creído pecar cediendo a las exigencias del cariño... Pero nada más. ¡Que Enrique no fuese a juzgarla mal por haberse abandonado a sus súplicas, que el recuerdo de cuán fácilmente cedió no le llevase a negarle las reparaciones debidas!...

Con manos heladas y temblorosas, había sujetado las manos del muchacho; llegó a echarse a sus plantas. Enrique lo levantó con brío.

—¿Qué hace, don Jesús?

Dió luego por la estancia unos paseos nerviosos, y, al fin, se detuvo delante del cura, grave y sereno. No quería disculparse; tal vez no hubiese disculpas para el abuso de su casa. Pero era lo único que lamentaba en cuanto había hecho. Lo demás, no.

—Usted es un santo, don Jesusito, y aplica a todas las almas la medida de la suya. Usted está ciego con la apariencia de paloma inocente de su protegida; pero si aquella noche no soy yo, sino otro, quien entra en su casa y después se encuentra a solas con ella, tenga la seguridad de que ocurre lo mismo. Y, francamente, ¿cree usted que un hombre como yo, de mi clase, de mis obligaciones, por mucho que haya prometido en un instante de locura, puede casarse con semejante mujer?

—Yo lo que creo es que no puede abandonársela. Si hubiera sido otro el que entrase, no sé lo que ocurriría; pero sé que entraste tú. Sé, desgraciadamente, lo que ocurrió contigo...

—Y yo sé, don Jesús, lo que estuvo a punto de ocurrirle con Goros, el criado nuestro.

—A punto, tú mismo lo dices...

—A punto y nada más, porque pasó gente. Pero ella bien se dejaba... Pídame lo que quiera, don Jesús; pídame un sacrificio, pero no un imposible...

Enrique que había vuelto a pasear silencioso, se acercó de nuevo al cura, compadecdo de su tristeza, de su abatimiento.

—Se me ocurre una idea que no sé cómo va a tomarla, pero que todo lo arreglaría: el que la rapaza no ande en lenguas, la tranquilidad de usted, sus escrúpulos...

—¿Y qué es?

—Casarla con Goros.

Don Jesusito sintió la conmoción, violenta y súbita, que lleva a ciertos hombres al crimen. Pero tratando de dominarla, oía, aun no queriendo, la defensa que el otro hacía de su idea. Imposible so-

lución mejor. El les daba unos bienes, los colocaba de caseros en cualquiera de sus fincas, y la moza podía ser, de este modo, mucho más feliz que con él. Goros era bueno, era honrado, y Enrique estaba también seguro de que, perdonada la primera falta, no tendría que perdonar otra. Adelaida, ya casada, ya con hijos y con deberes, había de ser sin duda una esposa irreprochable.

Y don Jesusito levantó entonces la cabeza, como deslumbrado por los luminosos horizontes que, para la pobre muchacha, estaban abriéndose ante sus ojos. Casada con Goros, se le aseguraba igualmente la tranquilidad, la vida honrada. Y vió de pronto que, realmente, entre Goros y Enrique, además, mucho más que el señorito, convenía a Adelaida aquel mozo de su igual, trabajador y humilde, que, sin los escrúpulos de los hombres criados en otro ambiente, lejos de sentirse acreedor de la muchacha, hasta había de agradecerle el cambio de su fortuna. Y ya sólo un reparo pudo oponer:

—¿Pero querrá Goros?

Enrique de Aranga, por toda respuesta, volvió a mirarle con ojos compasivos.

—¡Realmente, qué santo es usted, don Jesusito!

Don Jesusito salió de allí tranquilo, consolado.

Alegre, feliz como nunca, comenzó desde entonces a disponer las cosas para la boda. Y no habían pasado cuatro días después de dichas las segundas amonestaciones, cuando, desde su cuarto, oyó un ruido de muchedumbre alborotadora. Al asomarse a la puerta, casi tropezó con el ama.

—¡Don Jesusito, no nos vamos! ¡Lo dejan aquí!...

Los feligreses invadieron los salones de la rectoral, y eran tantos que las escaleras estaban llenas y aún había gente en la calle. El señor de Rilo explicó el suceso. Aunque el obispo estaba duro, las firmas, las comisiones que fueron a visitarle, no habían podido dejar de hacer su efec-

to. Al principio, aún se negó. Después, prometió vagamente, pero no acababa de decidirse. Sólo cedió al enterarse de que la moza se casaba y don Jesusito había arreglado aquella boda. Don Jesusito era quien realmente consiguió el triunfo.

—¡Albricias!

La muchedumbre rompió en vivas, mientras don Miguel abrazaba al sacerdote. Angel de Iñán prometió costear una fiesta de gracias que dejase recuerdos. Y en la calle, como si ya fuesen las vísperas, estallaron de pronto unos cohetes festivos y rompió a tocar, ardientemente, una charanga.

XXV

En uno de los más hermosos días de aquel fin de verano, don Jesusito casó a Adelaida y a Goros. Aunque boda de pobres, la iglesia estaba adornada como por la fiesta del Patrón. Los cortinajes de damasco rojo, restos del esplendor de Sigrás cuando la iglesia era colegiata, cubrían, desde el arranque de la bóveda, las venerables paredes de granito, y el altar, con sus luces y sus dorados, parecía, desde lejos, una inmensa ascua de oro... Lo que no había era música; pero aquel silencio, tan respetuoso y tan grave, acaso diese al acto una solemnidad mayor.

Los novios entraron en la iglesia acompañados de sus padrinos, doña Cristina de Aranga y don

Angel de Iñán. Aunque de luto, vestida de seda, Adelaida estaba más hermosa que nunca. Nadie, al verla, hubiera presumido que jamás soñó con la idea de aquella boda. Su continente recatado y tímido, era el de las muchachas que acuden a realizar el gran sueño de su vida, algo temerosas por tanta felicidad, asustadas, acaso, de mostrarla. Goros, incómodo en el traje nuevo, la miraba respetuoso y como asustado también de su suerte.

Ya de rodillas entre los padrinos, ante las gradas del altar, el sacerdote se les acercó, revestido de pelliz, con la estola sobre los hombros y un libro en la mano. Había llegado el momento supremo, y, al dirigirles las preguntas de ritual, la voz de don Jesusito temblaba un poco.

A expensas del cura se dió en la rectoral el festín de la boda. Hubo una comida tan abundante como el día del Patrón, y pipa abierta de vino, que despegó las lenguas, haciendo a los invitados perder toda noción de dónde estaban y extremar

las alusiones picarescas. Don Jesusito ni lo advirtió. Libre de riesgos la muchacha, tranquilo respecto a su porvenir, viniendo de casarla cristianamente, creyó que sería aquel el día más dichoso de su existencia. Y no. Se sentía, por el contrario, invadido de una extraña tristeza, de una rara angustia...

Mediada la tarde, salieron todos a acompañar a los novios, a dejarlos en la casa donde iban a vivir. Ya allí, se repitieron las bromas, las insinuaciones. Mozas y mozos allá se alejaron después, en un grupo grande, que se fué fraccionando por parejas. Angel de Iñán encaróse con don Jesusito.

—Me parece que, si seguimos aquí, vamos a estorbar.

El sacerdote le miró sorprendido, azorado.

—¿Usted cree?

—¡Pero don Jesusito de mi alma! ¿Para qué se casaron éstos entonces? ¿Para pasarse toda la

vida delante de nosotros? ¿Para mirarse y nada más? ¿De veras no se da cuenta de que estorbamos?

—Como usted guste...

Y de pronto, comenzando acaso a comprender, enrojeció de tal modo que Angel le abrazó encantado.

—Parece usted la novia, don Jesusito.

Después, golpeándole dulcemente en los hombros, añadió:

—Dejémoslos, ande, que, créame a mí, ninguna otra cosa nos agradecerán tanto. Véngase conmigo a Iñán, donde seguramente no faltará el tercero para un tresillo.

Don Jesusito fué, con pasos de autómata. Faltó el tercero en Iñán, y se despidió de Angel sin aceptar siquiera el acostumbrado vasito de vino rancio. Al pasar por delante de la casa de Goros, le pareció oír, allá dentro, como un gorjeo de pájaros. Recordando recientes palabras de don An-

gel, enrojeció en la sombra. Pero no. Aunque era Adelaida sin duda, lo era tan sólo alegrando, animando ya su nueva vivienda. Cuando llegó a Sigrás, anochecía. Al abrir la puerta del viejo caserón, un soplo frío, precursor del invierno, pareció darle en el rostro. Y atravesando los vastos salones, donde no sonaba el más leve rumor, experimentó una sensación dolorosa, casi material por su molestia, de soledad, de abandono, de desamparo.

No cenó. Anduvo errante por las habitaciones enormes. Los largos corredores abovedados de piedra, esclarecidos apenas por la luz lejana de su cuarto, se le antojaron galerías de una tumba. Alguien, realmente, parecía haber muerto en la casa. Volvió a las habitaciones más amplias, más claras, no tan temerosas. Pero, como ante una verdadera muerte, todo tenía para él recuerdos. "Desde aquí la he sentido la noche de su llegada". "Aquí se sentaba a coser para mí". "Aquí he visto aquella madrugada su aparición milagrosa".

"Aquí fué donde aquel día se me acercó como pidiéndome lo que, desgraciadamente, tan pronto había de encontrar en brazos de otro".

Volvió a verla entonces. Volvió a verla como la noche de la aparición y cuando, con el pretexto de repasar un olvido de sus quehaceres, le acercaba el rostro a los labios. Vió, vió la escena tan nítidamente cual si estuviese aún desarrollándose delante de sus ojos y sintió la palidez que lo cubría al darse cuenta de que la recordaba sin protestas, sin escándalo, con un sentimiento nuevo en él, y que era así como una tristísima nostalgia de un inmenso bien perdido. Hasta entonces no supo advertir lo que por su corazón pasaba, y de repente lo veía inflamarse, como el del peor de los pecadores, en un fuego maldito. Hubiera dado no sabía qué, la vida, tal vez cosas aún más amadas, por la repetición de un momento análogo.

Aterrado, cayó de rodillas al suelo. Cuando se incorporó, el alba venía a sonreírle, con su luz

inocente, desde las abiertas ventanas. Don Jesusito miró al nuevo día extrañado de que estuviese allí. Acaso creyó que no habría ya días nuevos, que la noche entre la cual se debatía iba a ser eterna. Aquellas horas de oración no le habían traído sosiego alguno. Tal vez ni rezó. Las pasó hundido en un sueño del que despertaba más agitado y más desconocido. Su corazón siempre tan dulce, estaba como lleno de hiel. El amor que hasta entonces sintió por todas las cosas y todos los seres parecía transformarse en odio...

Triunfante el día, la casa se le antojó más sola, más abandonada, más desamparada. La señora Andrea acudió a poco, para hablarle del suceso de la víspera.

—¡Por eso, cuánto tiene la rapaza que agradecerle!

—Déjeme ahora.

Intentó seguir hablando el ama, sin darle, como otras veces, importancia a la súplica. Entonces don Jesusito gritó, furioso:

—¡Déjeme!

Salió aterrada la señora Andrea, y don Jesusito la siguió con ojos fijos, agitado su cuerpo. Abierta la puerta del pasillo, el *Capitán* corrió saltando hacia él y se puso a lamerle las manos, también temblando todo con la alegría de verle. El cura le dió una patada terrible, y el animal se apartó sorprendido, aullando melancólicamente, como llorando. Aquellas voces llegaron al alma de don Jesusito; aquellos lamentos parecieron taladrársela, llamarla, despertarla nuevamente a su vida. Y al instante, pálido, con gestos de loco, corrió hacia el perro y, arrodillado para abrazarle, comenzó a pedirle perdón en voz delirante y alta.

—¡No me conozco, hermanito! ¡Estoy en pecado, estoy condenado...! ¡Perdóname, hermanito querido, hermanito dulce...!

Se sintió más tranquilo, más consolado con su confesión y con sus lágrimas. Pensó que Dios era bueno y no había de abandonarle. Aquella locura

pasaría, y su amor por Adelaida volvería a ser el dulce amor de siempre, el santo amor que todas las criaturas del mundo le inspiraban. Y este amor tendría entonces un goce inefable, superior, acaso, a cualquiera otra clase de delicias: el de saberla feliz por obra suya, y, por bendita disposición de lo Alto, poder continuar allí para ser testigo constante de su felicidad.

Pero se aterró de nuevo, al paso de un idea atarazadora, lacinante. ¿Merecía él tanta ventura? ¿Merecía tales favores quien, durante la noche, tanto había ofendido al Señor? Y aún otra idea vino a conturbarle. Tuvo miedo de aquella violencia que un instante sintió germinar en el fondo de su carácter. ¿Qué iba a ser de él si la flor venenosa enraizaba y crecía? ¿Qué, si llegaba a encontrarse con Adelaida después de haber puesto sobre ella tan malditos pensamientos? ¿Podría volver a mirarla con ojos puros? ¿Obtendría, quien tan a gusto continuaba hundiéndose en la

culpa, esta gracia y este consuelo? Porque no podía negárselo a sí mismo. Abiertos los ojos, sintiendo un frío de muerte en la piel de la cabeza y en la médula de los huesos, reconoció que no odiaba, que no execraba su pecado. Lo veía, por el contrario, con amor; se complacía en él con un deleite infinito...

Aquella misma mañana corrió a la capital, y, arrojándose a los pies del obispo, le pidió el favor de nombrarlo nuevamente para la parroquia expiatoria. Y, pasados apenas unos días, sus feligreses de Gistral del Páramo pudieron comentar al verle:

—¡Qué viejecito es!

FIN



INDICE

Páginas